



TESIS DE MAESTRÍA

**NO-CUALQUIERA.
EL PAPEL DEL SUSTENTO EN LA FUNCIÓN ANALÍTICA**

Juan S. Sist

Directora de la tesis: Graciela Brodsky

MAESTRÍA EN CLÍNICA PSICOANALÍTICA
INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS SOCIALES (IDAES)
UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN MARTIN (UNSAM)

2022

Índice	pág. 2
Introducción	pág. 5
0.1. Presentación	pág. 5
0.2. El recorrido	pág. 6
0.3. El debate en el que se inscribe la investigación	pág. 9
Capítulo 1: El sustento de la función: deseo de analista	pág. 11
1.1. Introducción al capítulo	pág. 11
1.2.1. Una cicatriz en el eros del analista (1960-1961)	pág. 12
1.2.2. El punto de amarre del amor es el deseo	pág. 15
1.2.3. El deseo del analista: un lugar vacante	pág. 17
1.2.4. El enigmático papel de la cicatriz de la castración.....	pág. 19
1.3.1. El deseo del analista: el resorte de la transferencia (1964)	pág. 20
1.4.1. La función: deseo del analista (1964)	pág. 22
1.4.2. La autorización del analista y su certeza	pág. 23
1.4.3. Un punto de empalme	pág. 26
1.5. El asidero del deseo: un desierto (1967)	pág. 27
1.6. Una marca en el deseo del analista (1974)	pág. 30
1.7. Conclusiones del capítulo	pág. 33
Capítulo 2: El sustento de la función paterna	pág. 37
2.1. Introducción al capítulo	pág. 37
2.2. Una articulación posible	pág. 38
2.3. El impulso de la sublimación (1938)	pág. 40
2.4. El plano real de la función: las pruebas de un padre (1957)	pág. 43
2.5. Un nombre que se encarna en el deseo (1969)	pág. 46
2.6. El impacto traumático de la función paterna (1971)	pág. 49
2.7. La garantía de la función paterna (1975)	pág. 50
2.8. Conclusiones del capítulo	pág. 53
Capítulo 3: La singularidad del analista, su sinthome	pág. 57
3.1. Introducción al capítulo	pág. 57

3.2. No es la identificación con el analista	pág. 58
3.3. La identificación y el cuerpo	pág. 61
3.4. El síntoma: el partenaire sexual de la identificación en un final de análisis	pág. 62
3.5. La identificación del síntoma	pág. 67
3.6. El reverso de la identificación histérica	pág. 69
3.7. El sinthome del fin de un análisis	pág. 71
3.8. La identificación con el sinthome	pág. 74
3.9. Conclusiones del capítulo	pág. 76

Capítulo 4: Los testimonios de pase: una recopilación de aberraciones **pág. 79**

4.1. Introducción al capítulo	pág. 79
4.2. Lo que enseña un testimonio de pase	pág. 79
4.3. El sinthome en el corazón del deseo del analista	pág. 82
4.4. Un modo de presencia inaudita del deseo del analista	pág. 86
4.5. Una dimensión erótica del deseo del analista	pág. 89
4.6. Un modo de nombrar el deseo del analista	pág. 92
4.7. Un instrumento para el deseo del analista	pág. 95
4.8. Conclusiones del capítulo	pág. 98

Capítulo 5: El sustento sinthomático del deseo del analista **pág. 101**

5.1. Introducción al capítulo	pág. 101
5.2. Una constante en las conceptualizaciones del deseo del analista	pág. 102
5.2.1. Un sustento extraído del propio análisis	pág. 103
5.2.2. Un sustento singular.....	pág. 109
5.3. El sustento en la función paterna	pág. 112
5.4. La paradoja o el eslabón lógico de la tesis.....	pág. 115
5.5. La singularidad del analista: su sinthome	pág. 118
5.6. El papel del sinthome en la función analítica	pág. 121

Capítulo 6: Conclusiones finales **pág. 125**

6.1. El interrogante	pág. 125
----------------------------	----------

6.2. La tesis	pág. 126
6.3. Un sustento que no sea un Ideal	pág. 127
6.4. Implicancias clínicas del sustento sinthomático en la función analítica	pág. 129
6.5. Futuras líneas de investigación	pág. 130
7. Bibliografía	pág. 132

0. Introducción

0.1. Presentación

“Yo intento determinar con qué un analista puede sustentarse a sí mismo, (...), indicar de qué barandilla hay que sostenerse para no sobrepasar su función.” (Lacan, 2010a, pág. 99)

El trabajo de tesis, que aquí comienza, se inscribe en el marco de la *Maestría en Clínica psicoanalítica de la Universidad Nacional de San Martín* (UNSAM). Tal como lo indica su título: “No-cualquiera. El papel del sustento en la función analítica”, la tesis está organizada en torno a un interrogante específico:

¿Qué cumple el papel de *sustento* en el ejercicio de la función analítica?

Se trata de una fórmula que fue extraída de una conferencia de prensa que realiza el 29 de octubre de 1974 en el Centro Cultural Francés en Roma. Titulada: *El triunfo de la religión* (Lacan, 2010a), en ella Lacan se refiere al papel del sustento en la función analítica:

“Yo intento determinar con qué un analista puede sustentarse a sí mismo, delinear lo que implica de aparato mental riguroso la función de analista, indicar de qué barandilla hay que sostenerse para no sobrepasar su función. Cuando se es analista, siempre estamos tentados de patinar, deslizarnos, dejarnos deslizar en la escalera sobre el trasero, y esto es, sin embargo, muy poco digno de la función de analista. Es preciso saber permanecer riguroso, de manera de no intervenir más que de forma sobria y preferentemente eficaz. Intento dar las condiciones para que el análisis sea serio y eficaz. Parecería que lo que digo repercute sobre cuerdas filosóficas, pero no es así en lo más mínimo.” (Lacan, 2010a, pág. 99)

En esta cita, que cobró un valor fundamental para la investigación, se aprecia la importancia de revisar en forma rigurosa el esquema conceptual que sostiene la función analítica. Es decir, además de la forma en que la comunidad analítica conceptualiza la función del analista en el lazo transferencial, se destaca la tarea de delimitar aquello que cumple el papel de sustento a nivel de su realización.

Un sustento que le permite, al analista, no patinar en el ejercicio que realiza; brindándole las condiciones para que su intervención sea seria y eficaz. Una barandilla que de ningún modo debería confundirse con un Ideal en tanto que, a pesar de sostener al analista al momento de ejercer su función, no repercute en cuerdas filosóficas.

El abordaje de las referencias etimológicas de la palabra *sustento* fue sumamente enriquecedor, en tanto le permitió a esta investigación distinguir dos vertientes de lo que puede considerarse como su papel en el ejercicio de una función:

Por un lado, el verbo *sustentar* proviene del latín: *sustentare*. Es una palabra que está compuesta por el prefijo *subs* –sus- (por debajo) y la raíz *tenere* (soportar, sostener, sustentar) (Corominas, J. y Pascual, J. A., 2001, pág. 463). Al seguir esta vía, se puede decir que el sustento de una función refiere a lo que la operativiza por debajo. Algo de lo cual se agarra, algo que posee, algo de lo cual se soporta aquel que la ejerce al momento de realizarla.

A su vez, *tenere* tiene una raíz indoeuropea (*ten*) de la cual deriva, en latín, el verbo *tendere* (tender, dirigirse a) (SPES, 1944, pág. 232). Si se sigue esta segunda vertiente de su etimología, el sustento podría tener el valor de brindarle a la función una orientación. Es decir, el sustento, además de ofrecer un soporte para la realización, es responsable de dirigir a la función hacia lo cual tiende.

La delimitación de estas dos vertientes del papel del sustento en el ejercicio de una función permitió advertir que, en efecto, se trata de un tema de suma importancia en lo que refiere a la formación de un analista. Si para Lacan, dicha formación no compete ni a la adquisición de un saber, ni a la experiencia profesional que pueda aportar la práctica; se desprende lo necesario de determinar conceptualmente aquello que puede cumplir el papel de sustento en el ejercicio que un analista realiza de su función.

Un sustento que, por un lado, opera como soporte en la realización que cada analista lleva a cabo de su función; y que, por el otro, le brinda a dicho ejercicio una orientación hacia lo cual tiende.

0.2. El recorrido de la tesis

En cuanto a su organización, la tesis comenzará con un primer capítulo dedicado al estudio de una serie de referencias, presentes en la enseñanza de Jacques Lacan, en las que se puede apreciar el interés que le dedica al papel del sustento de la función analítica. La selección de los textos que formarán parte de este primer desarrollo responde a una primera demarcación que la investigación requirió realizar y que surgió del siguiente interrogante:

¿A qué se refiere Lacan cuando dice: “función analítica”?

Frente a esta pregunta, la referencia que se decidió seguir como orientación pertenece al año 1964. Se trata del *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (Lacan, 2010b), en donde Lacan conceptualiza al deseo del analista en los términos de una “función esencial” (Lacan, 2010b, pág. 243). El deseo del analista es definido, allí, como una función cuyo ejercicio deviene el “punto axial” (Lacan, 2010b, pág. 239) de los movimientos de una cura.

Siguiendo esta vía, que será profundamente desarrollada en el primer capítulo, se escogieron una serie de textos en los que Lacan no solo plantea una conceptualización del deseo del analista; sino en los que, también, se refiere a lo que puede operativizarse como el sustento de su realización.

Una elaboración que permitirá advertir dos orientaciones que devinieron fundamentales para la tesis: el sustento de la función analítica es algo que el analista extrajo de su propio análisis (de allí lo necesario del análisis del analista a nivel de su formación) y en él está implicada su singularidad.

En estas coordenadas, se decidió que el abordaje del segundo capítulo estaría centrado en obtener algún esclarecimiento respecto a la articulación entre el ejercicio de una función y una singularidad que es operativizada como su sustento.

Para ello, la tesis se sirvió de una función que es solidarizada en diversas ocasiones por el propio Lacan con la función analítica: la función paterna. Apoyada en referencias que trazan una solidaridad lógica entre ambas funciones, la tesis abordará algunos desarrollos en los que se refiere a lo que cumple el papel de sustento en el ejercicio de la función paterna.

Se servirá, de esta manera, de diversas referencias que permiten cernir no solo de qué forma es operativizado el sustento a nivel de la función paterna; sino las

consecuencias que introduce en la función su operativización a partir de un punto de apoyo Ideal, diferenciándolas de aquellas que introduce su operativización a partir de un sustento singular.

Una vez planteada la posibilidad de dicha articulación, en el tercer capítulo, se avanzará sobre lo que esta tesis considera como el sustento en el que se apoya el ejercicio de la función analítica: el *sinthome* del analista.

Se realizará, así, un abordaje en profundidad de una de las últimas conceptualizaciones del fin de un análisis en la enseñanza de Lacan: la identificación con el *sinthome*. Una fórmula que se encuentra en su Seminario 24: *L'insu que sait de l'ône-bévue s'aile à mourre* (Lacan, 2021a), donde define al final de un análisis como: "Saber darse maña con el propio síntoma" (Lacan, 2021a, pág. 11).

Allí, luego de situar que la identificación es lo que se cristaliza en una identidad (Lacan, 2021a, pág. 10), plantea que la identidad al final de un análisis está soportada en la identificación con el *sinthome*. Una identidad que no estará referida a una esencia, que responda el enigma del ser; sino a un desenvolvimiento singular frente al *partenaire* sexual que la experiencia de un análisis permitió demarcar: el síntoma.

A su vez, además de dar soporte de una identidad singular, la solución *sinthomática* da cuenta de un desenvolvimiento ético respecto a las dos modalidades lógicas de lo real que el síntoma presentifica: lo imposible y lo contingente. Un saber-hacer-ahí frente a la alteridad sexual, que será diferenciado del desenvolvimiento estereotipado que soporta la solución neurótica del fantasma.

A partir de estas premisas, la tesis propondrá que el *sinthome* del analista es el desenvolvimiento singular y ético a partir del cual se sustenta el ejercicio que realiza de la función analítica. Una hipótesis de trabajo que se corroborará en el cuarto capítulo de la tesis a través de un recorrido por los testimonios de pase de diversos AE, miembros de diferentes Escuelas del Campo freudiano.

El desarrollo de dicho capítulo permitirá cernir no solo la presencia del *sinthome* en la función que realizan como analistas; sino también delimitar los efectos que dicha presencia introduce en el ejercicio de su deseo a partir de las dos vertientes delimitadas: un soporte para su ejercicio y lo que le brinda, a dicho ejercicio, una orientación hacia lo cual tiende.

En el quinto capítulo se realizará una articulación en torno a las conclusiones arribadas en los capítulos anteriores. Se situará, allí, una lógica que la investigación extrajo en el desarrollo realizado, poniendo en relieve una suerte de paradoja que esta tesis demarca en el ejercicio de la función analítica:

Frente a la imposibilidad de un Ideal que comande el ejercicio de la función en forma universal, lo que se ofrece como garantía de la función es que la versión que se realice de ella sea propia de aquel que la ejerce. Es decir, cualquiera que se haya analizado podría ejercer la función, pero solo en la medida en que no lo haga como un cualquiera. Se destacará, así, la presencia de un estilo en el ejercicio de la función que da cuenta de su imposible estandarización y universalización.

Finalmente, el sexto capítulo de la tesis estará dedicado a exponer las conclusiones finales de la elaboración realizada; así como los interrogantes que el desarrollo escrito no alcanzó a responder y que se constituyeron en posibles líneas de trabajo para una investigación futura.

0.3. El debate en el que se inscribe la investigación

Es pertinente situar, en esta introducción, que el tema que la tesis se propone abordar se inscribe en un debate que se sostiene actualmente en la comunidad analítica, centrado en las mutaciones que introduce el *sinthome* en el corpus de los conceptos lacanianos.

Se trata de una orientación de trabajo que plantea Jacques-Alain Miller en su curso: *Sutilezas analíticas* (Miller, 2012a); donde invita a los psicoanalistas a producir una elaboración que permita captar las mutaciones que introduce la tesis de la positividad del goce en los conceptos que pertenecen a la enseñanza de Lacan.

“Como resultado, ya no se trata de levantar el síntoma, porque el *sinthome* aparece como una positividad, que hace perder al desciframiento freudiano su privilegio. Y esta es la dificultad, porque tenemos como fondo este desciframiento y es evidente que nuestros esquemas implican siempre un menos, una falta, mientras que la tesis del goce por todas partes exhibe una positividad a la que le es inmanente el goce.

Se trata de elaborar los conceptos que permiten captar que sin embargo ocurren transformaciones, aun cuando no tengan aspecto de franqueamiento o de revelación. No las llamaremos empero *transformaciones*, lo que supone el termino *forma*, sino *mutaciones*. Se trata de mutaciones de goce que ocurren en la positividad del *sinthome*.” (Miller, 2012a, pág. 178)

Se desprende, así, una propuesta crítica que invita a repensar los conceptos, a reelaborarlos de una manera que sea sensible a los movimientos del goce en la enseñanza de Lacan. En la medida en que el final de un análisis es conceptualizado a partir de un desenvolvimiento frente a la irreductible alteridad del cuerpo sexuado, deviene necesario abordar las mutaciones que introduce esta concepción del síntoma en los esquemas conceptuales.

En este sentido, la tesis llevará a cabo un abordaje que estará centrado en las mutaciones que introduce el *sinthome* en el deseo del analista. Frente al posible camino de descartar esta función y reemplazarla por otra (Miller, 2011a), esta tesis propone como alternativa la exploración de las mutaciones que introduce el *sinthome* del analista en la función que realiza. Una elaboración que pueda comenzar a delinear conceptualmente el papel que cumple el *sinthome* en el deseo del analista: su sustento.

Capítulo 1. El sustento de la función: deseo del analista

“(…) para el psicoanalista no hay ningún más allá, ningún más allá sustancial, al que pueda remitir aquello por lo cual se siente autorizado a ejercer su función” (Lacan, 2010b, pág. 238).

1.1. Introducción al capítulo

Tal como fue adelantado en la introducción, la tesis está organizada a partir de un eje de trabajo: la delimitación conceptual de aquello que cumple el papel de sustento en el ejercicio de la función analítica.

Esta clave de lectura fue extraída de una conferencia de prensa que Lacan brindó el 29 de octubre de 1974 en el Centro Cultural Francés en Roma. Realizada pocos meses después de la *Nota italiana* (el último escrito que se abordará en este capítulo) y publicada bajo el título: *El triunfo de la religión* (Lacan, 2010a); en ella se destaca el pensamiento de Lacan respecto al papel del sustento en el ejercicio de la función analítica:

“Yo intento determinar con qué un analista puede sustentarse a sí mismo, delinear lo que implica de aparato mental riguroso la función de analista, indicar de qué barandilla hay que sostenerse para no sobrepasar su función. Cuando se es analista, siempre estamos tentados de patinar, deslizarnos, dejarnos deslizar en la escalera sobre el trasero, y esto es, sin embargo, muy poco digno de la función de analista. Es preciso saber permanecer riguroso, de manera de no intervenir más que de forma sobria y preferentemente eficaz. Intento dar las condiciones para que el análisis sea serio y eficaz. Parecería que lo que digo repercute sobre cuerdas filosóficas, pero no es así en lo más mínimo.” (Lacan, 2010a, pág. 99)

Se aprecia, así, el interés de Lacan en cernir aquello que puede cumplir el papel de sustento a nivel del ejercicio de la función analítica. Es decir, el sustento en el que se autoriza un analista al momento de ejercer su función, en tanto le brinda eficacia y seriedad a su intervención. Una barandilla, que no repercute en cuerdas filosóficas, de la cual un analista puede agarrarse para no patinar en el ejercicio que lleva a cabo.

Si se sigue la deriva etimológica de la palabra sustento, se distinguen dos vertientes de lo que puede considerarse como su papel a nivel de una función:

Por un lado, el verbo sustentar proviene del latín: sustentare, el cual significa soportar. Es una palabra que está compuesta por el prefijo *subs* –sus- (por debajo) y la raíz *tenere* (sujetar, agarrar o poseer). De esta primera coordenada se desprende que el sustento de la función refiere a lo que la operativiza por debajo; algo de lo cual se agarra, algo que posee aquel que la ejerce, al momento de realizarla.

Por otro lado, *tenere* tiene una raíz indoeuropea (*ten*) de la cual deriva, en latín, el verbo *tendere* (tender, dirigirse a). Si se sigue esta segunda vertiente de su etimología, el sustento podría tener, además, el valor de brindarle a la función una orientación. Es decir, sería lo que dirige a la función hacia lo cual tiende.

Respecto a lo que se considera, aquí, como “función analítica”, la orientación que encontró esta tesis se sitúa a la altura de su *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (Lacan, 2010b). En el año 1964, Lacan comienza a conceptualizar al deseo del analista en los términos de una “función esencial” (Lacan, 2010b, pág. 243). La función deseo del analista es presentada, allí, como el “punto axial” (Lacan, 2010b, pág. 239) en torno al cual gravitan los movimientos de una cura.

Si bien será desarrollada más adelante en este mismo capítulo, esta primera delimitación que solidariza al deseo del analista con la función analítica fue fundamental, en tanto permitió organizar la búsqueda de referencias sobre el sustento de la función analítica. Permitted situar que podría ser en los desarrollos realizados por Lacan respecto al deseo del analista en donde esta investigación podría encontrar referencias sobre el papel del sustento de la función analítica.

Finalmente, antes de comenzar este primer capítulo, es pertinente aclarar que no se realizará una revisión exhaustiva de la historia conceptual del deseo del analista en la enseñanza de Lacan. No es el objetivo de esta investigación hacer un relevamiento de todas las referencias que haya realizado sobre dicho concepto. En su lugar, la clave que organizará el abordaje será delimitar pistas y orientaciones que permitan cernir aquello que puede considerarse como el sustento de la función: deseo del analista.

1.2.1. Una cicatriz en el eros del analista (1960-1961)

El primer texto que se abordará será el *Seminario 8: La transferencia* (Lacan, 2017). Si bien se trata de un Seminario que dicta entre los años 1960-1961, es decir, en forma previa a la conceptualización del deseo del analista en los términos de “función analítica”, se trata de un texto que permitió situar un primer antecedente del tema que la investigación se propuso abordar.

En este Seminario, Lacan aborda diversas producciones de psicoanalistas post freudianos referidas al fenómeno de la transferencia, ubicando no solo la manera en que esta ha sido formalizada teóricamente; sino las condiciones propuestas al analista para ocupar su papel en él. Para ello, los aportes de la teoría de la contratransferencia de los cuales se servirá serán los de sus colegas: Paula Heinmann (psicoanalista y psiquiatra alemana) y Money-Kyrle (psicoanalista miembro de la Sociedad Británica de Psicoanálisis).

En su artículo *Acerca de la contratransferencia* (Heinmann, 1950), Paula Heinmann afirma que la transferencia “es una relación entre dos personas” (Heinmann, 1950, pág. 131) en la que una de las personas involucradas no sería lo que es en la realidad.

La transferencia le impone al analista un papel ficticio, una desviación respecto a la realidad. Y los sentimientos que dicha ficción suscita en el analista, lejos de considerarse algo que hay que excluir por entorpecer su intervención, son considerados como una “herramienta” (Heinmann, 1950, 130) fundamental para su trabajo de investigación del inconsciente.

El análisis personal del analista, plantea Heinmann, es la condición que le permite disponer de sus sentimientos inconscientes de una manera instrumental: “(...) hacerlo capaz de aguantar los sentimientos que son suscitados dentro de él en vez descargarlos (lo que hace el paciente), con el fin de subordinarlos a la tarea analítica, en la cual funciona como el reflejo del paciente en un espejo.” (Heinmann, 1950, pág. 131).

De esta manera, el análisis didáctico tendría por fin afirmar la relación del analista con la realidad, consolidar su adaptación a una realidad común, y promover su aptitud para desempeñar en forma pura su papel como reflejo de la desviación del paciente. El análisis didáctico deviene una práctica de características higiénicas, que le permitiría al analista estar limpio de las “sombras” (Lacan, 2017, pág. 218) de su inconsciente. La purificación del agente de la cura, respecto a sus propias desviaciones,

se vuelve la condición que lo vuelve capaz de comprender en forma exhaustiva aquello que sucede en el inconsciente del paciente y operar como un reflejo de la desviación transferencial.

Es esta misma orientación la que Lacan destaca en el texto: *Contratransferencia normal y algunas de sus desviaciones* (Money-Kyrle, 1961). En dicho artículo, la contratransferencia es definida como un movimiento con ritmo de vaivén (Lacan, 2017, pág. 220): En primer lugar, el analista introyecta el discurso de aquel que escucha y luego proyecta sobre el analizado la respuesta a la introyección primera. La introyección será operativa cuando la comprensión se realice en forma pura. En contrapartida, si la comprensión es deficiente, por la opacidad que introducen las sombras del inconsciente del analista, la intervención será desviada.

En ambos autores post freudianos se destaca que la comprensión por parte del analista respecto a los sentimientos involucrados en la experiencia adquiere un valor primordial. Su papel en la transferencia, el reflejo que debe lograr ser respecto a las desviaciones inconscientes del paciente, es determinado por la eficacia de su comprensión sobre los sentimientos involucrados en ambas partes de la relación analítica.

De esta manera, la higiene del analista, su grado de adaptación a una supuesta realidad común, se vuelve la condición que le permite evitar los puntos ciegos que obstaculizan su comprensión exhaustiva de lo que sucede en la experiencia analítica.

La tesis de Lacan, en cambio, deniega que la comprensión purificada del analista pueda ser lo que oriente su posición en la transferencia. Para dar cuenta de ello, en la clase del 15 de marzo de 1961, se refiere a la demanda oral (Lacan, 2017, pág. 227). Una demanda en la que “(...) se insinúa de una forma normal la discordancia, el fracaso preformado del encuentro (...)” (Lacan, 2017, pág. 232)

A diferencia de la demanda anal, que se origina en el campo del Otro de los cuidados y se dirige al sujeto, la demanda oral es dirigida desde el sujeto hacia el Otro que oye (Lacan, 2017, pág. 231). Es pertinente recalcar que, si se tratara del encuentro de una necesidad instintiva de alimentarse con la tendencia instintiva del Otro a alimentarlo, la complementariedad entre las partes podría ser posible. Lo que sucede de un lado encajaría a la perfección con lo que pasa en el otro y la necesidad, así comprendida, podría obtener una satisfacción que sería exhaustiva. Sin embargo, a nivel de la demanda, la satisfacción complementaria no es posible. En la relación entre el

sujeto y el Otro que lo determina, el margen diferencial entre lo que sucede de un lado y del otro tiene un valor fundamental.

Lacan llama deseo al “margen” (Lacan, 2017, pág. 239) de lo incomprensible, que da cuenta de lo que hace juego entre las piezas del sujeto y el Otro. El deseo, aquí, es lo que no encaja en la complementación y permite un movimiento auténtico.

Sí en el campo del Otro la comprensión de la demanda fuera total, si existiera la complementación a nivel del significante, el deseo quedaría anulado. La necesidad y el significante se volverían equivalentes y desaparecería la “ambivalencia primordial, propia de toda demanda” (Lacan, 2017, pág. 233): que, para que el lugar del deseo quede a resguardo, en toda demanda está presente la pretensión del sujeto de que no sea satisfecha.

Así, a través de la demanda oral, Lacan sitúa las consecuencias de una posición que pretenda alcanzar una comprensión purificada de la demanda que se le dirige: Cuando la comprensión se supone pura, se desconoce el punto de imposibilidad que está en juego en toda acción del significante y se anula el margen diferencial de incompreensión que el deseo requiere para subsistir.

1.2.2. El punto de amarre del amor es el deseo.

En la teoría post freudiana, la transferencia y la contratransferencia se convierten en fenómenos de una misma naturaleza (Lacan, 2017, pág. 218). El primero, da cuenta de los sentimientos desviados del paciente respecto al analista; el segundo, de los sentimientos que se suscitan en el analista a partir de los primeros.

Por estos motivos, la salida que propone Lacan en este Seminario, respecto a lo que constituye el nudo del asunto, es la siguiente:

“La cuestión que se plantea es, pues, la de nuestra participación en la transferencia. No es la de la contratransferencia.” (Lacan, 2017, pág. 352).

La cuestión es la de la participación del analista en la transferencia, es decir, cómo participa en la demanda de amor que le dirige el paciente. Y lo que se señala es que, para estar a la altura de su lugar en el corazón del fenómeno transferencial (Lacan, 2017, pág. 352), la comprensión del analista no es esencial. Más bien, le recomienda que ponga en duda todo aquello que cree comprender, que no se apresure en entender cuál es el objeto en juego en la demanda y que recuerde que, cuando lo hace, anula el margen que el deseo requiere para subsistir.

Lo que le propone, en cambio, es que solo sepa una cosa: qué es el deseo.

“Ciertamente, solo en la medida en que sabe qué es el deseo, pero no sabe lo que desea ese sujeto – con el cual está embarcado en la aventura analítica – está en posición de contener en él, el objeto de dicho deseo.” (Lacan, 2017, pág. 223).

El deseo, tal como fue conceptualizado por Freud, está implicado en una dialéctica (Lacan, 2017, pág. 115). Cuando en el campo del Otro no hay equivocación posible entre la necesidad y el deseo, la diferencia que el segundo requiere para conservarse queda aplastada. Por ello, un analista tiene que saber que el deseo es lo imposible de aprehender entre el sujeto y el Otro, el imposible en juego en la representación que el significante le ofrece al sujeto.

A su vez, además de dar cuenta del sometimiento del sujeto al desarrollo indefinido de los significantes con los que fallará al intentar representarse; la fragmentación que acciona el significante aporta un elemento que detiene la metonimia: “un objeto privilegiado” (Lacan, 2017, pág. 198).

Es decir, a nivel del deseo, no solo se debe situar lo imposible de ser representado por el significante, sino, también, el objeto privilegiado que tiene la función de detener la metonimia a la que el sujeto se ve sometido.

Un objeto que está atravesado por una lógica diferente a la de los objetos del mercado, en tanto no tiene un valor que permita su equiparación. En cuanto al objeto del deseo se refiere, aquel que tiene la suficiencia de detener la metonimia significativa que afecta a un sujeto, la equiparación es imposible (Lacan, 2017, pág. 172). Es un objeto que se caracteriza, más bien, por su inconmensurabilidad: es “insólito” (Lacan, 2017, pág. 169). El valor del objeto ágalma no reside en su valor de cambio, sino en la dignidad que le brinda a aquel que lo posee. Vale sólo para aquel que lo porta.

En estas coordenadas, el fantasma es conceptualizado como el soporte en el que ambas vertientes del deseo se articulan. El soporte en el que se sostiene la identificación del sujeto -sumiso a una articulación significativa que solo puede representarlo en forma fallida- con un objeto que detiene la metonimia que lo afecta. Una identificación que le brinda al deseo su fijeza y consistencia (Lacan, 2017, pág. 198) y que, por ello, no debería descontarse de ningún abordaje de las relaciones intersubjetivas (Lacan, 2017, pág. 173).

En definitiva, si la cuestión que se destaca es la participación del analista en la demanda de amor, lo que se vuelve imprescindible situar es la concepción del amor que está en juego en un análisis.

La propuesta de Lacan es que el “mandato espantoso del dios del amor” (Lacan, 2017, pág. 199), en primer lugar, designa un objeto y, luego, lo degrada al objeto que interesa a cada sujeto (Lacan, 2017, pág. 198). Por ello, en la relación con el objeto de amor no se puede descontar el papel del objeto que tiene la suficiencia de detener la metonimia que somete al sujeto: el objeto del deseo. Por no haber forma de dar con el blanco a nivel del significante, la “consistencia” (Lacan, 2017, pág. 223) que el sujeto adquiere en su deseo se realiza a través de su relación fantasmática con un objeto privilegiado: el objeto *ágalma*.

En esta medida, el objeto del deseo es conceptualizado como el punto de “amarre” (Lacan, 2017, pág. 172) de la relación con el objeto de amor. El objeto del deseo es el enganche, el centro sobre el cual gravita el lazo que se establece con el objeto de amor. En este sentido, advierte Lacan, cualquier abordaje que desconozca las coordenadas que enlazan el amor al deseo no puede decir nada de ella que no la falsee (Lacan, 2017, pág. 172).

1.2.3. El deseo del analista: un lugar vacante

Una vez situadas estas consideraciones, el interrogante que surge y que acerca este desarrollo al tema que la tesis se propuso abordar es: ¿Cómo entender, a partir de esta concepción del amor, la participación del analista en la transferencia?

Para dar cuenta de ello, la referencia de la cual se sirve Lacan es el texto de Platón: *El banquete* (Platón, 1949); en tanto supone en Sócrates cierto saber respecto a algo que el analista al menos debería entrever (Lacan, 2017, pág. 440). A través de su lectura, intenta definir las coordenadas “intrapersonales” (Lacan, 2017, pág. 125) que un analista tiene que alcanzar para ocupar el lugar que le corresponde en la transferencia: “(...) definido como aquel que le debe ofrecer, vacante, al deseo del paciente para que se realice como deseo del Otro” (Lacan, 2017, pág. 125).

La trama del escrito de Platón es la siguiente: Agatón organiza un banquete para algunos invitados que tiene como eje central al amor. Entre comida y copas de vino, se espera que cada uno declare sus reflexiones frente a los demás comensales. Sobre el final de las exposiciones, hace su entrada en escena un personaje que nadie esperaba, que no contaba con ninguna invitación: Alcibíades. A diferencia de los demás, quienes emiten palabras que toman al amor como objeto de un discurso, Alcibíades es el único

que lo pone en acto. Él ama y se declara a su amado delante de todos con la pretensión de “desenmascararlo” (Lacan, 2017, pág. 163).

“Empiezo diciendo que Sócrates se asemeja a esos silenos que vemos expuestos en los estudios de los escultores, a los que los artistas representan con una flauta o con pitos en la mano; si separáis las dos piezas de que se componen esas estatuas, encontraréis en su interior la imagen de alguna divinidad.” (Platón, 1949, pág. 149)

La confesión de Alcibíades pone en relieve que, a nivel del amor, lo fundamental no se halla en la relación de un sujeto con otro sujeto. Más bien, enseña que lo verdaderamente importante se encuentra en la relación del sujeto con su objeto del deseo: la divinidad que se encuentra en su interior.

“Frente a Sócrates, cara a cara, ha hecho una tentativa de seducción, ha querido hacer de él, y de la forma más manifiesta, alguien instrumental, subordinado ¿a qué? Al objeto de su deseo – el de él, Alcibíades – que es *ágalma*, el buen objeto.” (Lacan, 2017, pág. 204).

Si Sócrates es para Lacan un sabio en las materias del amor (Lacan, 2017, pág. 206), es por lo que hace frente a la demanda de amor que se le dirige. Si bien no se asume como su destinatario, tampoco la considera falsa. Él sabe que dentro de sus “envolturas” (Lacan, 2017, pág. 205) se esconde el objeto por el cual se encuentra sometido al deseo de Alcibíades. Por ello, tras la confesión, Sócrates procede a elogiar a Agatón, señalando el objeto al que está amarrada la demanda de amor que se le dirige.

La posición que es puesta en relieve es una “complicidad” (Lacan, 2017, pág. 207) a nivel del deseo, en tanto Sócrates se presta al juego del deseo de Alcibíades por “procuración” (Lacan, 2017, pág. 206).

“Lo que Sócrates sabe y el analista debe al menos entrever, es que en el plano de *a* minúscula la cuestión es muy distinta de la del acceso a ningún ideal. El amor solo puede rodear esta isla, este campo del ser. Y el analista, por su parte, solo puede pensar que cualquier objeto puede rellenarlo. He aquí adonde nosotros, analistas, nos vemos conducidos a oscilar, en ese límite en el que, con cualquier objeto, una vez que ha entrado en el campo del deseo, se plantea la cuestión - *¿qué eres tú?* No hay objeto que valga más que otro –este es el duelo a cuyo alrededor se centra el deseo del analista (Lacan, 2017, pág. 440).

Finalmente, Lacan se sirve del deseo del analista para dar cuenta de la participación del analista en la transferencia. Si el lazo al objeto de amor tiene su punto de amarre en el objeto del deseo, para ser cómplice de este último, el deseo del analista

debe estar centrado alrededor de un duelo por lo imposible de un Ideal que permita la equiparación de los objetos del deseo.

Es respecto a una imposibilidad que se delimita el duelo en torno al cual se organiza el deseo que le compete al analista. Un duelo que introduce en su deseo una “mutación económica” (Lacan, 2017, pág. 215), que le permite ofrecerlo como un lugar vacante de Ideales para el objeto del deseo que le compete a cada sujeto.

De esta manera, Lacan subvierte el papel que la teoría post freudiana le ofrecía al analista en la transferencia. El desconocimiento del punto de amarre que el objeto del deseo le ofrece al amor, degrada la intervención del analista post freudiano a nivel de un Ideal que organiza una supuesta realidad compartida; limitando su operación a frustrar o gratificar el objeto al que se dirige la demanda de amor.

La vía que toma Lacan, en cambio, es pensar el lugar que ofrece un analista a nivel del deseo. Para poder contener el insólito objeto del deseo de cada quien, para ser su cómplice, el analista debe haber realizado un duelo respecto a su imposible conmensurabilidad. Tiene que saber que el objeto del deseo es un objeto insólito, en tanto su valor es el de detener, a través del marco identificatorio que el fantasma le ofrece, la metonimia que somete al sujeto por estar determinado por el significante.

A esta altura de su enseñanza, la aceptación de la castración, el duelo que tuvo que haber realizado el analista en su propio análisis respecto a la inconmensurabilidad del objeto del deseo, es lo que le permite al deseo del analista ofrecerse como un “lugar vacante” (Lacan, 2017, pág. 125). Un deseo cómplice del insólito objeto del deseo que compete a cada sujeto.

1.2.4. El enigmático papel de la cicatriz de la castración

Ahora bien, a pesar de la claridad lógica del desarrollo que realiza Lacan, al momento de referirse a la formación de un analista, se encuentra con un interrogante que le resulta más fácil de plantear que de responder (Lacan, 2017, pág. 125). Un interrogante, que esta investigación sitúa como un primer antecedente respecto al tema que la organiza, relativo a lo que debe conseguirse en alguien para que pueda ser un analista:

“No basta con hablar ahora de *kátharsis* didáctica, por así decir, de la purificación de lo más grosero del inconsciente en el analista. Todo esto sigue siendo muy vago. (...) Hay que darse cuenta de que no estamos siquiera en los balbuceos de lo que, sin embargo,

se podría articular tan fácilmente, en forma de pregunta, sobre qué debe conseguirse en alguien para que pueda ser un analista. Dicen – Ahora debería saber un poquito más de la dialéctica de su inconsciente. Pero ¿qué sabe de ello, a fin de cuentas? Y sobre todo, ¿hasta dónde ha tenido que llegar lo que sabe en lo referente a los efectos mismo del saber? Y les planteo sencillamente esta pregunta -¿qué debe quedar de sus fantasmas? Ustedes saben que soy capaz de ir más lejos y decir *su* fantasma, si es que hay un fantasma fundamental. Si la castración es lo que ha de ser aceptado en el término último del análisis, *¿cuál tiene que ser el papel de la cicatriz de la castración en el eros del analista?* (el subrayado es nuestro)” (Lacan, 2017, pág. 125)

Hasta aquí, el desarrollo realizado en torno al Seminario 8 permitió situar una primera conceptualización del deseo del analista. Para devenir cómplice del insólito objeto del deseo, el deseo de analista debe ofrecerse como un lugar vacante de Ideales. Para ello, el deseo debe estar organizado alrededor de un duelo referido a la imposible conmensurabilidad del objeto del deseo. Haber aceptado la imposibilidad de un Ideal que equipare los objetos del deseo, que introduzca una medida que permita su conmensurabilidad, es lo que introduce en el deseo del analista una mutación económica que le permite ofrecer un lugar vacante para el insólito objeto del deseo de cada sujeto.

Ahora bien, el nudo de esta cita, considerado como una primera indicación respecto al sustento del deseo del analista, radica en que, al final de un análisis, no solo se produce una aceptación de la castración. Sino que, también, habría que pensar el papel de algo que le queda al analista de su propio análisis, una presencia en el eros del analista, que llama “cicatriz de la castración”.

Si bien el papel de dicha “cicatriz” permanezca enigmático y no alcance a esclarecerse en este Seminario, considera que se trata de una cuestión que podría responderse a través de un “rodeo” (Lacan, 2017, pág. 125).

1.3.1. El deseo del analista: el resorte de la transferencia (1964)

La investigación situó en el año 1964 los primeros movimientos del rodeo con el que finalizó el abordaje del apartado anterior. En este año, junto a la delimitación de una nueva definición del deseo del analista bajo los términos de función, se aprecia el

surgimiento de un interrogante respecto a lo que constituye el punto de apoyo a partir del cual un analista se autoriza al ejercicio de su deseo.

En el mes de enero de 1964, Lacan participa de un coloquio en Roma, organizado por el profesor Enrico Castelli. Realiza, allí, una intervención que llevó por título: *Del Trieb de Freud y del deseo del psicoanalista* (Lacan, 2011b).

Principalmente, se trata de una intervención que está organizada en torno al concepto freudiano de pulsión. Un concepto que, aclara Lacan desde el comienzo, no debería ser confundido con el instinto; el cual, más bien, da cuenta de un saber que define el comportamiento universal de sus miembros frente a sus objetos específicos.

A diferencia del instinto, la pulsión tiene “color-de-vacío” (Lacan, 2011b, pág. 809). La pulsión es una satisfacción que se realiza en un recorrido en torno a una imposibilidad que introduce el lenguaje en el ser humano. Da cuenta, así, de un borde surgido frente a un agujero: la imposible existencia de un objeto de la necesidad que nos identificaría universalmente como especie.

Por estos motivos, afirma Lacan, la pulsión distingue al sujeto y al deseo (Lacan, 2011b, pág. 811). Mientras la pulsión bordea en su recorrido una imposibilidad; el deseo es responsable de velarla. En tanto el deseo encuentra su soporte en el fantasma (Lacan, 2011b, pág. 811), la condición de causa del objeto *a*, la pérdida irreductible que afecta al viviente, se desconoce mediante una identificación. Una identificación que, a partir de su lazo a un objeto que le sirve de señuelo, fija al sujeto en un no-saber respecto a la falla irreductible que lo afecta.

En la medida en que se tienen en cuenta estos argumentos, el concepto de pulsión también tendría el valor de distinguir la práctica que realiza un psicoanalista de la que lleva a cabo un psicólogo:

“La pulsión, tal como es construida por Freud, a partir de la experiencia del inconsciente, prohíbe al pensamiento psicologizante ese recurso al instinto en el que enmascara su ignorancia por la suposición de una moral en la naturaleza.” (Lacan, 2011b, pág. 809)

A esta altura de su enseñanza, Lacan es contundente respecto a la experiencia del inconsciente: no puede ser concebida sin la pulsión. Cuando esta vertiente de la experiencia del inconsciente se desconoce, el psicoanálisis es degradado a una práctica

terapéutica. Sin la pulsión, la experiencia del inconsciente es reducida a los efectos de la palabra sobre un sujeto. Es decir, a una práctica de naturaleza sugestiva, sostenida a partir de una posición moral del propio analista respecto a los objetos del mundo.

Una posición que Lacan no duda en solidarizar con la “dirección abusiva” (Lacan, 2011b, pág. 811) de un sacerdote; en tanto desconoce, a partir de una posición moral respecto a los objetos, la imposibilidad bordeados en los fundamentos pulsionales de la experiencia del inconsciente.

En cuanto al tema que nuclea esta investigación, el sustento de la función analítica, la intervención de enero de 1964 permitió situar un movimiento en la conceptualización del deseo del analista. En la medida en que la experiencia del inconsciente no puede concebirse sin la pulsión, se desprende lo necesario de visitar un concepto cuya conceptualización, hasta entonces, había tomado como referencia al objeto del deseo.

Tal como se vio en el apartado dedicado al Seminario 8, para ser cómplice del insólito objeto del deseo que detiene la metonimia que afecta a un sujeto y amarra la relación con el objeto de amor; el deseo del analista debía estar organizado en torno a un duelo por su inconmensurabilidad.

Sin embargo, cuando Lacan introduce el lazo del deseo del analista con la pulsión, su definición en los términos de un “lugar vacante” se desplaza hacia la cuestión de su operatoria: “(...) el que en último término opera en el psicoanálisis” (Lacan, 2011b, pág. 811). Es decir, su definición comienza a poner en relieve, en lugar de la vacancia que ofrece, la operatividad del deseo del analista en la transferencia.

En este sentido, el deseo del analista es definido como el “resorte de la transferencia” (Lacan, 2011b, pág. 811). Su lazo a la pulsión impide que la transferencia se estanque en lo que Lacan llama: el “embuste del amor” (Lacan, 2011b, pág. 811), impidiendo que la pulsión no permanezca desconocida por el Ideal.

1.4.1. La función: deseo de analista (1964)

Durante este mismo año, 1964, Lacan dicta su *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (Lacan, 2010b). En él realiza un abordaje

crítico que desmenuza la religiosidad que anima el uso de los conceptos freudianos en la comunidad analítica. Cuestionando, a través de dicha lectura, los fundamentos que rigen la formación del analista en las sociedades analíticas.

Para Lacan, la propuesta vigente está impedida de despejar los principios de la formación analítica debido al enfoque desde el cual parten sus avances (Lacan, 2010b, pág. 238). Las Sociedades analíticas sustituyeron los fundamentos de la formación analítica por rituales que encuadraron en forma rígida y universal las diferentes aristas del dispositivo analítico, estandarizando: la duración de la sesión, las sesiones de control de un analista, su relación higiénica con el inconsciente, la adecuación de los candidatos, etc.

Una situación que Lacan calificó de simulación, en la medida en que: “(...) para el psicoanalista no hay ningún más allá, ningún más allá sustancial, al que pueda remitir aquello por lo cual se siente autorizado a ejercer su función” (Lacan, 2010b, pág. 238).

En este apartado se pondrán en relieve dos aspectos que esta investigación consideró fundamentales para la tesis que la organiza. Por un lado, la conceptualización del deseo del analista como función esencial de un análisis. Por el otro, un interrogante que surge de dicha conceptualización: si el deseo del analista es una función, ¿en qué se autoriza un analista a ejercerla? ¿Cuál es el punto de apoyo en el que se sostiene su realización?

Cuando el ejercicio de la función se autoriza en un Ideal (los ritos y ceremoniales que la doctrina analítica le ofrece como garantías) lo que queda velado es la pregunta por aquello que le permite, al analista, ganarse la “confianza” (Lacan, 2010b, pág. 238) de un paciente. Una pregunta que puede ser eludida por el paciente, quien no tiene por qué preguntarse sobre la razón de su confianza en un psicoanalista. Pero que, advierte Lacan, no puede quedar excluida en aquel que es responsable de la dirección de la cura:

“El psicoanalista tiene que conocer, a él debe serle transmitido, y en una experiencia en torno a qué gira el asunto. Este punto axial lo designo con el nombre *deseo del psicoanalista...*” (Lacan, 2010b, pág. 239).

1.4.2. La autorización del analista y su certeza.

Nuevamente, para dar cuenta de su conceptualización del deseo del analista, Lacan se servirá de un artículo de un psicoanalista post freudiano. Se trata de un texto

de Thomas Szasz, en el que propone entender a la transferencia como un fenómeno espontáneo que es un peligro para el dispositivo analítico (Lacan, 2010b, pág. 138).

La lectura que hace Lacan es que la transferencia es un fenómeno que inspira desconfianza en el analista post freudiano, en tanto no solo pone a su persona más allá de la realidad de la cual es representante, sino que pone en peligro al diálogo analítico, volviéndolo “(...) un campo de puro riesgo, sin control” (Lacan, 2010b, pág. 138).

Para encarrilarlo en las vías de una realidad garantizada por la integridad del analista, es decir, acorde a sus Ideales, se propone una “alianza” (Lacan, 2010b, pág. 136) del yo del analista con la parte sana del yo del paciente. Una alianza con la parte autónoma del yo que, al no estar implicada en el fenómeno transferencial, brinda el margen necesario para reflexionar respecto a su desviación de la realidad.

Se aprecia, así, que cuando el punto de apoyo de la función analítica es un Ideal, el psicoanálisis queda degradado a un trabajo de readaptación del paciente en las vías de la realidad que el analista demarca a través sus propios ideales.

Ahora bien, este trabajo de interroga: si no es en un Ideal, ¿en qué se autoriza un analista al ejercicio de su función?

La idea que se ha puesto en relieve en este Seminario es que hay una certeza por parte del analista que incide en la idea que se hace de la transferencia y que, por lo tanto, no puede estar ausente de la función que realiza en ella:

“(...) la certeza del propio analista en lo concerniente al inconsciente no puede ser extraída del concepto de transferencia.” (Lacan, 2010b, pág. 135).

En una vía solidaria a la del Seminario 8, donde se ubicó una “cicatriz de la castración” (Lacan, 2017, pág. 125) que cumple algún papel en el eros del analista; en el Seminario 11, Lacan plantea que hay una certeza por parte del analista respecto a la experiencia del inconsciente que no puede ser extraída de la idea que se hace de la transferencia. Y que, por lo tanto, entiende esta tesis, tampoco podría ser extraída de la función que realiza en ella.

En cuanto a la experiencia del inconsciente, si bien a esta altura de su enseñanza Lacan insiste en que el significante es constitutivo de la función radical del inconsciente (Lacan, 2010b, pág. 144), plantea que entenderlo solamente como la suma de los efectos de la palabra sobre el sujeto ya no es exhaustivo (Lacan, 2010b, pág. 134).

Es decir, la determinación del sujeto por el significante no dice todo sobre la experiencia del inconsciente. Tal como situó en la intervención de enero de 1964: para

un psicoanalista, esta experiencia no podría ser concebida sin la pulsión (Lacan, 2011b, pág. 809).

En estas coordenadas, plantea que los efectos de la palabra funcionan como una especie de “ronda cerrada” (Lacan, 2010b, pág. 134), en la que sus componentes se agarran de tal manera que lo que queda por fuera no pueda entrar. Un funcionamiento que es solidario al del principio de realidad: desexualizante (Lacan, 2010, pág. 161). Sirve al desconocimiento de la causa sexual que “imanta” (Lacan, 2010, pág. 140) las articulaciones que componen la ronda cerrada de efectos de la palabra.

De esta manera, se asiste en el Seminario 11 a una redefinición de la experiencia del inconsciente en los términos de una pulsación temporal entre el doble entrecruzamiento del rasgo unario: “el primer significante” (Lacan, 2010b, pág. 147).

El primer entrecruzamiento, caracterizado por la articulación del rasgo unario con el campo del Otro, es el de la “identificación narcisista” (Lacan, 2010b, pág. 264). Se trata de la identificación del sujeto bajo las coordenadas que traza el Ideal del yo (Lacan, 2010b, pág. 264) respecto a los objetos con los cuales el yo extrae, a través de un reflejo, una satisfacción de raíz imaginaria (Lacan, 2010b, pág. 248).

Ahora bien, las coordenadas simbólicas que traza el Ideal y referencian a los objetos con los que el yo se identifica, ya no son exhaustivas en lo que respecta a la experiencia del inconsciente. También existen los objetos *a*: los objetos que “no sirven para nada” (Lacan, 2010b, pág. 250).

Se trata, aquí, del segundo entrecruzamiento del rasgo unario en la experiencia del inconsciente: aquel por el cual el significante se enlaza al “Unlust” freudiano. El objeto *a* no sólo no se inscribe en la dialéctica de los objetos con los que se refleja el yo; sino que hace mella en la ronda cerrada de los efectos del Ideal a través de la presentificación de un imposible a nivel de la identificación: la causa sexual.

Es decir, la función de lo imposible que irrumpe en el primer entrecruzamiento del rasgo unario, encuentra su “soporte” (Lacan, 2010b, pág. 264) en el objeto *a*: el segundo entrecruzamiento del rasgo unario en la experiencia del inconsciente. Una certeza que se funda sobre la función de lo imposible (Lacan, 2010b, pág. 135).

A partir de esta lógica, la tesis destacó una certeza por parte del analista que soporta su concepción de la transferencia. Una certeza que concierne a los dos entrecruzamientos del significante en la experiencia del inconsciente que incide en la concepción que se hace de la transferencia:

Por un lado, el analista es llamado a encarnar el Ideal a partir del cual se satisface el yo en la relación de amor. Pero, por el otro, el analista tiene como función presentificar el objeto que hace mella en la identificación primaria narcisista: el objeto *a*, la pérdida en torno a la cual la pulsión traza su recorrido y realiza su satisfacción.

1.4.3. Un punto de empalme

Tal como se anticipó al comienzo del apartado, el deseo del analista es definido, a esta altura de su enseñanza, en los términos de una “función esencial” (Lacan, 2010b, pág. 243). Una función que da cuenta del “vínculo” (Lacan, 2010b, pág. 262) del deseo del analista con el deseo del paciente.

La “función del deseo” (Lacan, 2010b, pág. 160), dice en la clase titulada: *La sexualidad en los desfiladeros del significante*, es responsable de instaurar lo esencial del proceso primario: el vínculo a una causa sexual que el principio de realidad desconoce (Lacan, 2010b, pág. 161). En este sentido, la función del deseo opera sobre la pulsación de los dos entrecruzamientos del rasgo unario en el inconsciente, siendo la función responsable de inscribir “(...) el peso de esa realidad sexual en la transferencia” (Lacan, 2010b, pág. 161).

En estas coordenadas, en tanto función, el deseo del analista da cuenta del “empalme” (Lacan, 2010b, pág. 163) de la demanda de amor que se le dirige con la realidad sexual en torno a la cual se organiza. Su función es la de presentificar, en la experiencia del inconsciente, el entrecruzamiento por el cual el significante da cuenta de su “incidencia sexual” (Lacan, 2010b, pág. 163).

“(…) si la transferencia es aquello que de la pulsión aparta la demanda, el deseo del analista es aquello que la vuelve a llevar a la pulsión. Y por esta vía, aísla el objeto *a*, lo sitúa a la mayor distancia posible de *I*, que el analista es llamado por el sujeto a encarnar. El analista debe abandonar esa idealización para servir de soporte al objeto *a* separador, en la medida en que su deseo le permite, mediante una hipnosis a la inversa, encarnar al hipnotizado.” (Lacan, 2010b, pág. 281).

Si la teoría post freudiana redujo la función del analista a la gratificación o frustración del objeto al que se dirige la demanda; la función del deseo, en cambio, vuelve al analista responsable de presentificar el objeto que la demanda de amor desconoce y en torno al cual gravita su articulación. Es el punto de empalme que pone

en acto, en el discurso que se le dirige, la causa sexual que la demanda obtura: el objeto *a*, la inercia en torno a la cual gravita su articulación:

“(…) el deseo es el eje, el pivote, el mango, el martillo, gracias al cual se aplica el elemento-fuerza, la inercia, que hay tras lo que se formula primero, en el discurso del paciente, como demanda, o sea, la transferencia” (Lacan, 2010b, pág. 243).

La formalización conceptual del deseo del analista en los términos de función, le permitió a esta tesis resignificar lo resaltado en el abordaje anterior respecto al papel de la “cicatriz de la castración” en el eros del analista:

Cuando el deseo del analista era entendido como un lugar vacante, organizado en torno al duelo por la inconmensurabilidad del objeto del deseo, el papel de la cicatriz de la castración permanecía enigmático. Sin embargo, cuando el deseo del analista es definido como función y surge el interrogante respecto al punto de apoyo de su ejercicio, Lacan señala que hay una certeza del propio analista que no podría descontarse de su abordaje de la transferencia. Una certeza respecto a la experiencia del inconsciente que podría ser solidarizada con la cicatriz de la castración, en tanto se trata de algo que al analista queda de su propio análisis y cumple un papel en lo que refiere a su función.

Se trataría, así, de un punto de apoyo de la función que no es un Ideal al que debe adaptarse forzosamente; sino que es una certeza que le fue transmitida a través de una experiencia (Lacan, 2010b, pág. 239). Una “impureza (Lacan, 2010b, pág. 284) que afecta al punto axial de los movimientos de una cura y lo orienta en sentido exactamente contrario a la identificación (Lacan, 2010b, pág. 282).

Una certeza respecto al inconsciente a partir de la cual el deseo del analista se orienta hacia la presentificación de la causa sexual, la inercia, que imanta los efectos del significante: “la diferencia absoluta” (Lacan, 2010b, pág. 284).

1.5. El asidero del deseo: un deser (1967)

El trabajo de investigación siguió con un escrito que lleva por título: *Proposición del 9 de octubre de 1967 acerca del psicoanalista en la Escuela* (Lacan, 2012a). En él, Lacan no solo vuelve a abordar la operación del deseo del analista en la transferencia, sino que retoma la cuestión del punto de apoyo del deseo: su “asidero” (Lacan, 2012a, pág. 272).

En este escrito, arremete contra lo que considera el “problema de la Sociedad psicoanalítica” (Lacan, 2012a, pág. 261): un funcionamiento centrado en una estandarización que “ensombrece” (Lacan, 2012a, pág. 264) la revolución del descubrimiento freudiano. Impactando no solo en la pobreza de las producciones teóricas, sino también en la formación de analistas.

La “solución” (Lacan, 2012a, pág. 261) que propone es la conformación de una Escuela cuyo funcionamiento no esté organizado a partir del discurso del amo, sino a partir del discurso psicoanalítico mismo. Es decir, propone al psicoanalista como el “responsable” (Lacan, 2012a, pág. 261) del progreso de la Escuela. Como aquel que puede realizar un aporte al psicoanálisis en extensión, los fundamentos de la presencia del psicoanálisis en el mundo; como en intensidad, la formación del analista.

En el contexto de esta propuesta política sobre la función del analista en la Escuela, Lacan procede a ocuparse de su función en la transferencia: el “escollo” (Lacan, 2012a, pág. 265) que objeta cualquier concepción intersubjetiva de un análisis.

Propone, así, que la vía para recuperar la originalidad del descubrimiento freudiano es limpiar del “barro de lo subjetivo” (Lacan, 2012a, pág. 266) al concepto “sujeto” y reducirlo a ser un efecto de la articulación entre un significante y otro. Por eso, señala, un psicoanalista tiene que estar advertido que la relación transferencial “(...) no puede desarrollarse sino al precio del constituyente ternario que es el significante introducido en el discurso que en él se instaura” (Lacan, 2012a, pág. 267)”.

Para ello, lo que ubica Lacan es que aquello que debe conseguirse en alguien para que se vuelva un analista se efectúa al fin de su propio análisis. El pasaje de psicoanalizante a psicoanalista es algo que incumbe a la terminación de un análisis (Lacan, 2012a, pág. 270). Más específicamente, la bisagra de dicho pasaje, su “*gozne*” (Lacan, 2012a, pág. 272), es situado a nivel de una transmutación en la relación de saber que tiene el sujeto con la causa de su deseo.

En primer lugar, para que se constituya un sujeto supuesto a un saber inconsciente que lo determina, la condición que el texto ubica por parte del analista es que el analista opere destituido de su propia condición de sujeto. De manera similar a la que lo había hecho en el Seminario 8, cuando definió el deseo del analista en los términos de “lugar vacante”, en 1967 plantea que un analista debe dejar vacante su lugar

de sujeto. Es decir, que para que se efectúe la sujeción a un saber inconsciente por parte del paciente, se requiere que el analista se haya destituido de su propia sujeción.

La “destitución subjetiva” (Lacan, 2012a, pág. 270) es la condición que le permite al analista prestarse a encarnar, en la transferencia, los dos resultados que componen la solución del fantasma: tanto el significante cualquiera con el que un sujeto se representa en forma fallida frente a un primer significante; como el objeto *a* con el que soporta su identificación.

Si la opción del fantasma soporta la identificación del sujeto con un objeto con el que desconoce la verdad de su “ser del deseo” (Lacan, 2012a, pág. 272); un fin de análisis se produce cuando el analizante se destituye de la división a la que queda sometido por su desconocimiento. Es decir, cuando el analizante rechaza la opción de desconocimiento que soporta su propio fantasma respecto a la causa que lo fragmenta (Lacan. 2012a, pág. 272).

“En este viraje en que el sujeto ve zozobrar la seguridad que obtenía de ese fantasma donde se constituye para cada uno su ventana sobre lo real, lo que se vislumbra es que el asidero [prise] del deseo no es otro que el de un deser. (Lacan, 2012a, pág. 272).

Ahora bien, así como destaca el papel de la destitución subjetiva del analista en el lazo transferencia; en esta última cita Lacan indica que, al final del análisis, el deseo cuenta con un asidero. Que cuando la seguridad que se obtenía del fantasma tambalea, es el deser lo que se constituye como un posible asidero de su deseo.

Si se busca su definición en el diccionario de la RAE, se encuentra que la palabra asidero refiere a una parte por donde algo puede asirse, el punto de apoyo con el cual se sostiene algo que se afirma. Es decir, en forma solidaria a la primera vertiente de la etimología del sustento, la palabra asidero refiere a algo de lo cual el deseo podría afirmarse, agarrarse.

En estas coordenadas, la investigación extrae de este escrito de 1967, que si bien un analista opera en la transferencia destituido de su propia sujeción, condición que le permite encarnar los resultados que componen el fantasma; el deseo del analista cuenta, a su vez, con algo que opera como su asidero.

El deseo se afirma en el resto que causa la fragmentación, un deseo que se ha podido cernir a partir del rechazo al desconocimiento fantasmático que soportaba la división del sujeto respecto a su causa. Un punto de apoyo que le permite al deseo del analista operar en forma enigmática, dirigiendo su función hacia la presentificación del “enigma intrínseco a toda articulación significativa” (Lacan, 2012a, pág. 272).

1.6. Una marca en el deseo del analista (1974)

El último texto que se abordará en este capítulo fue escrito en el mes de abril de 1974 y se titula: *Nota italiana* (Lacan, 2012b).

En esta carta, dirigida a tres analizantes que conformaban el “grupo italiano” (Lacan, 2012b, pág. 327), Lacan vuelve a abordar al deseo del analista. Esta vez, bajo una luz que le permite vislumbrar algo diferente a lo planteado en 1967: aquí, el análisis del analista es necesario, pero no es suficiente en lo que respecta a su existencia (Lacan, 2012b, pág. 328).

El relieve político de la carta lo brinda su contexto: la posibilidad de armar una Escuela de psicoanálisis en Italia. Apoyándose en la experiencia de la Escuela Freudiana de París (EFP), Lacan vuelve a afirmar su deseo de instaurar al discurso analítico como principio de su funcionamiento. Su proposición es que la Escuela nombre como AE, Analista de Escuela, a aquel que postule su entrada según el principio del pase (Lacan, 2012b, pág. 327); reservando el título de AME, Analista Miembro de Escuela, para aquellos que no se ofrezcan a ello.

Ahora bien, la posición de Lacan no varía respecto a lo que había dicho anteriormente en su enseñanza: no hay ningún más allá sustancial al que un analista pueda remitirse para autorizarse para el ejercicio de su función (Lacan, 2010b, pág. 238). Por ello, si el ejercicio de la función del deseo no podría autorizarse a partir de ningún Ideal, aclara que tampoco podría hacerlo en la nominación que una Escuela de psicoanálisis le ofrece bajo la sigla AME.

“No es con eso con lo que él opera” (Lacan, 2012b, pág. 327).

Nuevamente, a partir de la clave de lectura que organiza esta tesis, la cuestión que se pone en el centro de la escena es aquello con lo que operativiza un analista su función. Es decir, ¿con qué opera un analista? ¿A qué conecta el truco que un análisis le permitió discernir?

“Encuéntreme un analista de este calibre, que conectaría el truco a algo que no sea un *organon* esbozado.” (Lacan, 2012b, pág. 331).

Pues bien, en línea con lo propuesto hasta aquí, cuando se autoriza al ejercicio de su función a partir de un Ideal, cuando conecta el truco al soporte que le ofrece un *organon* esbozado, la autorización del analista se ve degradada a una “auto-ri(tua)lización” (Lacan, 2012b, pág. 328) que conduce a una estereotipia en su ejercicio.

En su lugar, la propuesta que el texto permite advertir sitúa que, respecto a la operatoria de su deseo, el analista se autoriza por sí mismo. Es decir, que aquello a lo que podría conectar el truco, que no sería del orden de un Ideal, sería algo que le compete a él mismo. En palabras de Lacan:

“Sólo el analista, es decir no cualquiera, se autoriza únicamente por sí mismo” (Lacan, 2012b, pág. 328).

Esta frase impactó de tal manera en la investigación que pasó a formar parte del título de la tesis. En ella, a partir de un conector re-formulativo que indica que lo que continúa reproduce de otra forma el enunciado anterior, es posible leer que Lacan define al analista como un “no-cualquiera”.

Tras realizar varias lecturas, se consideró que el texto despliega al menos dos posibles interpretaciones de esta propuesta que son sensibles de ser ubicadas a lo largo de su desarrollo.

La primera, quizás la interpretación más directa, se apoya en algo que señala pocas líneas adelante: “No-todo ser que habla podría autorizarse a hacerse analista” (Lacan, 2012b, pág. 328). Es decir, no cualquiera se vuelve analista, el deseo de saber es un deseo que adviene (Lacan, 2012b, pág. 329) a partir de la experiencia de un análisis.

Un analista representa la caída, el desecho, de un modelo cuya felicidad se sostiene en que no desea saber (Lacan, 2012b, pág. 329), un modelo que es feliz en su ignorancia. En este sentido, un análisis permite vislumbrar que una relación feliz con el saber tiene como contrapartida un horror; que la felicidad de la humanidad se soporta en

su desconocimiento de lo imposible, la irreductible disyunción entre lo real y el saber: “...no hay relación sexual” (Lacan, 2012b, pág. 330).

Debido a ello, en esta primera lectura, si no cualquiera podría autorizarse a hacerse analista, es porque el deseo que le compete al analista es un deseo que “surge del no-todo” (Lacan, 2012b, pág. 328). Un deseo de saber que advino a partir de una experiencia que le permitió cernir la causa de su propio horror de saber.

Sin embargo, y de manera no excluyente, el texto desprende una segunda interpretación de la cita resaltada, que permitió delimitar una orientación central para el tema que esta tesis aborda. El acento de esta lectura privilegia que, a nivel del ejercicio de su deseo, la autorización del analista está soportada en algo que lo hace un no-cualquiera.

Es decir, no solo no-cualquiera deviene analista, “(...) que las posibilidades sean grandes para cada uno las deja para todos insuficientes” (Lacan, 2012b, pág. 328); sino que en el ejercicio de su función tiene que estar presente algo que refiere a su singularidad. Si las posibilidades son grandes para todos, en tanto no hay un Ideal en el que pueda soportarse el ejercicio de la función, lo que se operativiza como su sustento debe ser situado a nivel del “cada uno”.

Para que el deseo de saber advenga, el analista debió haber cernido la causa de su horror de saber, “(...) del propio, el suyo, separado del de todos, horror de saber” (Lacan, 2012b, pág. 329). Por eso, si el analista representa un desecho, Lacan advierte que no se trataría de un desecho cualquiera (Lacan, 2012b, pág. 329). No-cualquiera en la medida en que, en la causa del horror que tuvo que cernir en su propio análisis, está en juego lo singular: lo suyo, lo que lo separa del de todos.

Si se sigue este argumento, se desprende otra particularidad que el texto demarca respecto a la condición de desecho no-cualquiera:

“Digo ya: está ahí la condición de la que, por algún lado de sus aventuras, el analista debe llevar la marca. A sus congéneres les toca “saber” hallarla.” (Lacan, 2012b, pág. 329)

Es decir, en el análisis que dirige, por algún lado debe estar presente una marca singular que compete a su condición no-cualquiera de desecho. Una marca, de la cual se

hizo cargo en su propio análisis y que no puede estar ausente en la operatoria de su deseo, en tanto tiene el valor de entusiasmarlo:

“Desde entonces, él sabrá ser un desecho. Es lo que el analista ha debido al menos hacerle sentir. Si él no lo ha llevado al entusiasmo, bien puede haber habido análisis, pero analista, ninguna probabilidad” (Lacan, 2012b, pág. 329).

En cuanto a la investigación, esta nota de 1974 tiene el valor de enseñar una cuestión central respecto a la formación de un analista. El propio análisis del analista continúa siendo necesario, en tanto el deseo de saber adviene en una experiencia que le permite cernir la causa del propio horror de saber. Sin embargo, a esta altura de su enseñanza, la emergencia del deseo de saber no es una condición suficiente. Más bien, lo que interroga a Lacan es respecto a qué se conecta el truco que un analista discierne en su propio análisis. Es decir, si esa condición singular de desecho, no-cualquiera, que el análisis le permitió cernir, puede cumplir el papel de entusiasmar al deseo de saber que le compete.

La *Nota italiana* enseña así que, si el deseo que transmite el analista es un “deseo inédito” (Lacan, 2012b, pág. 329), es porque el truco está conectado a un soporte *no-cualquiera*. Una marca singular, que por algún lado en las aventuras del analista tiene que estar presente (Lacan, 2012b, pág. 329); en tanto que, al entusiasmarlo, tiene el valor de volver a su deseo inédito.

A sus congéneres, “saber” hallarla.

1.7. Conclusiones del capítulo

Tal como fue situado en la introducción de este primer capítulo, el desarrollo realizado estuvo centrado en el abordaje de una serie de referencias en torno al sustento de la función analítica: deseo del analista. Es decir, tal como lo indica su etimología, aquello que no solo brinda un soporte del cual se agarra aquel que la ejerce; sino, también, una orientación que dirige la función hacia lo cual tiende.

En primer lugar, el desarrollo permitió situar que ningún Ideal puede ocupar el papel de sustento de la función analítica. Más bien, cuando un Ideal se operativiza como

punto de apoyo de la realización, los efectos que introduce en la función son los de una ritualización que degrada y limita la intervención del analista al plano de la identificación.

Respecto a lo que sí se puede considerar como sustento del deseo del analista, a lo largo de este capítulo se pudieron delimitar las siguientes orientaciones:

En el *Seminario 8: La transferencia*, se demarcó un interrogante respecto al papel de una “cicatriz que la castración” (Lacan, 2017, pág. 125) en el eros del analista. Al fin de un análisis, plantea Lacan, un analista debió aceptar la castración, es decir, la imposible conmensurabilidad del objeto del deseo. Sin embargo, hay una cicatriz, un resto que al analista le queda de su propia experiencia de análisis, que cumple un enigmático papel a nivel de su eros.

En el *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales*, se situó, junto a la conceptualización del deseo del analista como función, el surgimiento de un interrogante respecto al punto de apoyo a partir del cual un analista se autoriza al ejercicio de su función.

Se demarcó, en dicho desarrollo, una “certeza del propio analista” (Lacan, 2010b, pág. 135) respecto a la experiencia del inconsciente que incide en la idea que se hace de la transferencia. Una certeza respecto a la causa sexual en torno a la cual gravita la experiencia del inconsciente, que puede cumplir el papel de punto de apoyo de su función. Una impureza en el deseo del analista que lo orienta hacia la presentificación de la causa sexual que se esconde tras todo lo que se formule como demanda. Una certeza, que el analista extrajo en la experiencia de su propio análisis, a partir de la cual se autoriza al momento de ejercer su función en la transferencia, dirigiéndola hacia la diferencia absoluta.

En el escrito *Proposición...*, Lacan vuelve a referirse a esta cuestión en los términos de un “asidero” (Lacan, 2012a, pág. 272) del deseo. Por un lado, sitúa que el analista no opera como sujeto en la transferencia, su lugar de sujeto queda vacante. La destitución subjetiva del analista es lo que le permite prestarse a encarnar tanto al significante con el cual el sujeto es representado frente a otro significante, como al objeto *a* con el que obtura su fragmentación.

Por otro lado, se ha puesto en relieve la insistencia de Lacan respecto al punto de apoyo del deseo: su asidero. A esta altura de su enseñanza, define al deseo del analista como una enunciación que solo puede operar de manera enigmática, en tanto su función es presentificar el enigma en torno al cual gravita la articulación significativa.

Una vez que zozobra la seguridad que se obtenía con el fantasma, cuando la opción del desconocimiento fantasmático respecto a la causa ya no es confirmada; lo que un análisis permite vislumbrar es que lo que opera como punto de apoyo del deseo es un *deser*. Un resto cernido al final de un análisis, que le permite al deseo del analista operativizarse en forma enigmática, por fuera del soporte que ofrece su sujeción fantasmática.

Hasta aquí, los textos abordados por la investigación permitieron delimitar que lo que puede hacer las veces de sustento de la función analítica es una consecuencia que el analista extrajo de su propio análisis: una cicatriz de la castración que cumple algún papel en el *eros* del analista; una certeza del propio analista en lo concerniente al inconsciente que incide en la idea que se hace de la transferencia; un *deser* que se ofrece como asidero para el deseo.

Todas estas referencias ubican que se trata de algo que un analista debió extraer de su propia experiencia de análisis, que está presente en los análisis que dirige y que cumple un papel a nivel de la función que realiza. Dando cuenta de lo necesario del análisis del analista a nivel de su formación.

Por otro lado, fue en el último texto abordado en donde se halló una clave que se volvió fundamental para lo que continuó de la investigación. En la *Nota italiana*, una carta escrita pocos meses antes de *El triunfo de la religión*, Lacan vuelve a referirse a la autorización del analista en su deseo, diferenciándola de su ritualización. El truco, plantea al final de la *Nota*, debería poder ser conectado por el analista a algo que no sea un Ideal que conduzca a una ritualización de su función.

En este escrito se vuelve a situar que, en cuanto a la formación de un analista, el análisis es necesario. El deseo saber adviene allí, surge del no-todo. Sin embargo, el análisis del analista no es una condición suficiente, en tanto su deseo requiere entusiasmo. Lo que plantea Lacan, aquí, es que hay una marca, que escribe la condición de desecho no-cualquiera de aquel que ejerce la función, que tiene que estar presente en

las aventuras del analista. Una marca no-cualquiera, cernida en el propio análisis, que en tanto entusiasmo al deseo, lo vuelve inédito.

En este sentido, la *Nota italiana* tuvo el valor de indicar un nuevo rasgo respecto a lo que puede cumplir el papel de sustento en la función analítica. Así como se delimitó, en los textos anteriores, que dicho sustento es algo que el analista extrae de su propio análisis; el escrito de 1974 enseña que en él está implicada la singularidad de aquel que ejerce la función. Hay una marca, que escribe la condición de desecho no-cualquiera del analista, que por algún lado tiene que estar presente en su realización de la función. Una marca singular que, al entusiasmarlo, le brinda a su deseo el estatuto de inédito.

A partir de estas aproximaciones, este trabajo avanzará hacia el segundo capítulo, el cual estará dedicado al abordaje de una función solidarizada en múltiples ocasiones por Lacan con la analítica: la función paterna.

La clave que organizará dicho recorrido será el papel de la singularidad en el ejercicio de una función. Será un abordaje que tendrá por objetivo la búsqueda de referencias que permitan situar, en primer lugar, si dicha articulación fue plasmada en algún momento por Lacan; y, en segundo lugar, los efectos que un sustento singular introduce en la realización de una función.

Capítulo 2. El sustento de la función paterna

“(…) la versión que le es propia por su perversión, única garantía de su función de padre.” (Lacan, 1974a, pág. 39)

2.1. Introducción al capítulo

El primer capítulo de la tesis estuvo dedicado al abordaje de una serie de referencias que permitieran cernir coordenadas respecto a lo que puede considerarse como el sustento del ejercicio de la función analítica.

El recorrido que se llevó a cabo, organizado en torno a diversas conceptualizaciones del deseo del analista en la enseñanza de Lacan, permitió dar cuenta que cuando un analista se autoriza al ejercicio del deseo a partir de un Ideal, las consecuencias en la función son ritualizantes. El Ideal, cuando opera como sustento, degrada la intervención del analista al plano de la identificación narcisista.

Por otro lado, el abordaje realizado permitió extraer dos delimitaciones que se convirtieron en coordenadas fundamentales respecto a lo que se puede considerar como sustento a nivel de la función analítica:

En primer lugar, fue posible situar que aquello que cumple el papel de sustento, en el ejercicio de la función analítica, es algo que el analista extrajo de su propio análisis. Una demarcación que es solidaria al hecho de que el análisis del analista sea una condición necesaria para su formación. Tal como lo propone en el Seminario 11, el deseo del analista, el punto axial de los movimientos, debe serle transmitido en una experiencia (Lacan, 2010b, pág. 329)

En segundo lugar, el último texto permitió afinar aún más la orientación: la marca, que por algún lado de sus aventuras como analista tiene que estar presente, refiere a una condición de desecho no-cualquiera que su propio análisis le permitió cernir. Una marca singular que tiene que estar presente en el ejercicio de su función en tanto que, si no entusiasma al deseo, puede haber análisis, pero no hay probabilidad de que haya un analista (Lacan, 2012b, pág. 329).

A partir de estas coordenadas, se consideró que el sustento de la función analítica no solo sería algo que su propio análisis le permitió cernir; sino que, también, sería algo que atañe a la singularidad del analista. Una “cicatriz” (Lacan, 2017, pág. 125); una “certeza” (Lacan, 2010b, pág. 135); un “deser” (Lacan, 2012a, pág. 272); una

“marca” (Lacan, 2012b, pág. 329), que le es propia al analista y que, en tanto entusiasmo su deseo, tiene el valor de volverlo inédito.

Siguiendo estas coordenadas, el capítulo que comienza tendrá por objeto situar antecedentes en la enseñanza de Lacan respecto a la articulación entre una función y un sustento singular. Para ello, la vía que esta investigación escogió fue la de tomar como referencia a la función paterna.

A través del estudio de diversas conceptualizaciones, el segundo capítulo de la tesis abordará referencias que den cuenta: por un lado, de la posible operatividad de una singularidad como sustento de una función; y, por el otro, los efectos que introduce dicho sustento singular en la realización que se hace de la misma.

2.2. Una articulación posible

Antes de comenzar el desarrollo de este capítulo, se consideró pertinente dar cuenta de los fundamentos que sostienen la articulación propuesta entre la función analítica y la función paterna.

Es importante aclarar, en primer lugar, que de ningún modo esta tesis propone una equivalencia entre ambas funciones. El abordaje que se realizará no será un estudio comparativo entre la función analítica y la paterna, sino que estará organizado en torno a un objetivo específico: encontrar referencias en la enseñanza de Lacan que permitan situar una posible articulación entre el ejercicio de una función y un sustento singular.

Por otro lado, vale señalar que se trata de una articulación que es posible encontrar en distintas ocasiones a lo largo de la enseñanza de Lacan. Hay diversos Seminarios y escritos en los que es posible situar que la función paterna y la función analítica son solidarias.

Una de estas referencias se encuentra en las últimas páginas del *Seminario 10: La angustia* (Lacan, 2008). En este Seminario, en el que formaliza conceptualmente al objeto a como el objeto causa del deseo, Lacan plantea que un padre es un sujeto que en su realización del deseo fue lo suficientemente lejos como para reintegrarlo a su causa (Lacan, 2008, pág. 364). Sitúa así que solo en la medida en que aquel que ejerce la función sabe a qué a se refiere su deseo, es decir, que lo ha reintegrado a su lugar de causa, es capaz de brindar una “realización auténtica” (Lacan, 2008, pág. 364).

A partir de esta demarcación, propone respecto al analista:

“Conviene, sin duda, que el analista sea alguien que, por poco que sea, por algún lado, algún borde, haya hecho volver a entrar su deseo en este *a* irreductible, lo suficiente como para ofrecer a la cuestión del concepto de la angustia una garantía real.” (Lacan, 2008, pág. 365)

En principio, es posible deducir de esta cita una orientación que es totalmente solidaria a la conclusión arribada en el primer capítulo. Lacan plantea una articulación lógica entre ambas funciones: aquel que la ejerce debe haber reintegrado el deseo a su causa. Para llevar a cabo una realización auténtica de la función, el deseo que se pone en juego en ambas funciones no tiene que estar soportado en el fantasma, sino en el objeto causa que aquel que la ejerce debió reintegrar.

Tanto a nivel de la función analítica, como de la función paterna, aquel que la ejerce debe contar con un borde que enlaza el deseo a su causa, en tanto es a partir de dicho lazo que puede brindar una realización auténtica de la función. Es decir, ofrecerla a la función una garantía real.

Otra referencia respecto a dicha articulación pertenece al *Seminario 19: ...o peor* (Lacan, 2012f). Si bien se trata de una referencia que tendrá su propio apartado en este capítulo, en la clase del 4 de mayo de 1972, Lacan vuelve a referirse a la solidaridad que envuelve a la función analítica con la paterna.

“Todo padre [parent] traumático está en suma en la misma posición que el psicoanalista. La diferencia es que el psicoanalista, por su posición, reproduce la neurosis, mientras que el padre [parent] traumático la produce inocentemente.” (Lacan, 2012f, pág. 150)

Es decir, en la medida en que un psicoanálisis reproduce la producción de una neurosis, Lacan ubica que la acción de los padres es articulable a la posición del psicoanalista:

“Esa neurosis, que no sin razón atribuimos a la acción de los padres, solo es alcanzable en la medida en que la acción de los padres se articula justamente por la posición del psicoanalista.” (Lacan, 2012f, pág. 149).

Nuevamente, a pesar de no ser equivalentes, hay una solidaridad que compete a la posición del analista y la de un padre que es referida a una orientación de ambas funciones respecto al trauma. Un psicoanálisis, señala en este Seminario, se trata de la

localización del punto oscuro a la comprensión en el que un significante marca el cuerpo (Lacan, 2012f, pág. 149). En este sentido, ambas funciones convergen en la acción traumática del significante en el cuerpo, a partir de la cual emerge la neurosis.

Pues bien, a partir de aquí, la tesis se servirá de diversos desarrollos, pertenecientes a diferentes momentos en la enseñanza de Lacan, centrados en la función paterna. A partir de la solidaridad trazada entre ambas funciones, la selección de textos estuvo organizada a partir de una clave de lectura: referencias que den cuenta de la articulación que enlaza la realización de una función con la singularidad de aquel que la ejerce.

2.3. El impulso de la sublimación (1938).

El primer escrito que se abordará en este capítulo pertenece al año 1938 y lleva por título: *Los complejos familiares en la formación del individuo* (Lacan, 2012c). A pesar de que aquí todavía no se encuentran referencias al orden simbólico, ni a los efectos constituyentes de la palabra sobre el sujeto; Lacan se sirve del concepto freudiano: “complejo” (Lacan, 2012c, pág. 56), para realizar un abordaje de las relaciones psíquicas que constituyen a la familia humana.

En el tercer apartado del escrito, titulado: “El complejo de Edipo”, lo define como “...un orden de determinación positiva” (Lacan, 2012c, pág. 57) que incide en la relación de un sujeto con el mundo. Se trata del descubrimiento freudiano de remitir las anomalías que se producen en las relaciones sociales a una etiología que no es de orden orgánico, tal como lo formula la medicina; sino a accidentes que se producen en el desarrollo del Complejo.

La operación que realiza Lacan en este texto es la de desglosar la elaboración freudiana del Complejo de Edipo, separándola en dos tiempos a través de los cuales la satisfacción pulsional se enlaza a sus objetos más cercanos. A través de él, el deseo sexual encuentra un obstáculo para su satisfacción, usualmente figurado en el progenitor del mismo sexo.

Si el objeto es situado como algo a lo que el deseo sexual se enlaza, lo primero que enseña el texto es que el obstáculo hace su aparición en un tiempo secundario respecto a la insatisfacción primaria de la pulsión: “(...) inherente a la prematuración esencial de estas pulsiones” (Lacan, 2012c, pág. 56). Es posible apreciar, así, que la

trama edípica sustituye el obstáculo interno -la prematuración inherente a la pulsión- por un obstáculo externo -el progenitor interdictor del acceso al objeto del deseo sexual-.

Se trata de un planteo que difiere de aquel que sostiene la teoría post freudiana, la cual entiende al complejo de Edipo como una dinámica dramática organizada alrededor de la personalidad del padre. Una teoría en la cual la imago del padre es reducida al papel prototípico de la “dominación del macho” (Lacan, 2012c, pág. 62).

La lectura de Lacan, en cambio, sitúa que la castración no es algo que se efectúe en un plano real, sino que remite el fantasma de castración a las “fantasías de fragmentación del cuerpo” (Lacan, 2012c, pág. 63) que la preceden. Deslinda, así, al “fantasma de castración” -la trama que envuelve al padre como obstáculo de la satisfacción- del dato original: el fantasma de mutilación.

“A la angustia despertada por este objeto, el sujeto responde reproduciendo el rechazo masoquista con el que ha superado su pérdida primordial, pero lo lleva a cabo de acuerdo con la estructura que ha adquirido, o sea, en una localización imaginaria de la tendencia.” (Lacan, 2012c, pág. 64)

Ahora bien, es posible percibir en el texto un segundo movimiento a partir de un detalle que Lacan no deja de advertir: en esta versión del Complejo, el objeto del deseo aparece escamoteado (Lacan, 2012c, pág. 65). La identificación al objeto que sirve de obstáculo a la relación de deseo, relega el papel del objeto del deseo en el Complejo. Situación que motiva una nueva definición del Edipo en los términos de una “defensa narcisista del sujeto” (Lacan, 2012c, pág. 65).

En la medida en que se trata de un obstáculo que tiene acceso al objeto prohibido, el padre queda revestido por la misma tendencia. “Presencia enmascarada” (Lacan, 2012c, pág.66) de la tendencia, que da cuenta que la sublimación también está presente en el drama edípico.

“...la estructura misma del drama edípico designa al padre para dar a la función de sublimación su forma más eminente, al ser la más pura” (Lacan, 2012c, pág. 66).

A partir de este movimiento que hace el escrito, la investigación pudo extraer algunos argumentos centrales para la tesis. Lo que comienza a delimitarse en el texto es que, a nivel de la imago del padre, el “resorte más decisivo de sus efectos psíquicos” (Lacan, 2012c, pág. 67) reside en la concentración de las funciones de represión y sublimación.

Dicha concentración de las funciones es producto de una reconfiguración social específica: el surgimiento de la familia paternalista (Lacan, 2012c, pág. 67). Debido a

ello, Lacan retoma los aportes del etnólogo Bronislaw Malowski. Más específicamente, su crítica a la teoría psicoanalítica respecto a la universalidad del Complejo de Edipo.

Malowski registró observaciones de las tribus pertenecientes a las islas del noroeste de la Melanesia en las que el Complejo de Edipo no era corroborado. En su lugar, el etnólogo encontró una dinámica social diferente: las familias matriarcales. En ellas, el padre biológico convive con su mujer y sus hijos, compartiendo tiempo y situaciones cotidianas con ellos. Sin embargo, la función de autoridad no es representada, allí, por el padre (Lacan, 2012c, pág. 67). Los hijos no reciben su apellido de él, sino que lo hacen del tío materno.

En estas familias, la función de autoridad es vehiculizada por el tío materno desde un plano Ideal, en tanto se trata de alguien a quien no frecuentan tanto como al padre. La ley, de esta manera, es transmitida por vía materna, sin ningún tipo de terceridad; y la función de autoridad opera sin ninguna encarnación ni versión.

“(…) Si el tío materno ejerce el padrinazgo social de guardián de los tabúes familiares y de iniciador de los ritos tribales, el padre, liberado de toda función represiva, desempeña un papel de patronazgo más familiar, de amo de técnicas y de tutor de la audacia en las empresas.” (Lacan, 2012c, pág. 67)

La separación que se produce entre la función represora –que queda a cargo de un tío cuya presencia opera desde un plano Ideal- y la imago del padre -reducida a las funciones lúdicas en la cotidianidad familiar-, tiene por efecto una “armonía particular” (Lacan, 2012c, pág. 67) que se refleja en una rigidez social que le es propia a la ausencia de neurosis.

En palabras de Lacan, se podría apreciar en forma más precisa en “(…) la estereotipia que marca las creaciones de la personalidad, desde el arte hasta la moral, en culturas semejantes (…)”, en las que es posible reconocer, “(…) hasta qué punto el impulso de la sublimación es dominado por la represión social cuando ambas funciones están separadas.” (Lacan, 2012c, pág. 67)

Pues bien, a partir de estos argumentos se extrajo una primera demarcación respecto al objetivo que se propuso para este capítulo. Un aporte que brinda el escrito de 1938 respecto al tema que nuclea la presente tesis: Cuando la función paterna se realiza en un plano Ideal, separada de su presencia sublimatoria, sus efectos son estereotipiantes. La separación de las funciones tiene por efecto la dominación de la represión sobre el impulso sublimatorio.

Se trata de una cuestión similar a la que ubica Fabián Naparstek en su texto *El padre humanizado* (Naparstek, 2012), cuando dice:

“(…) mientras más ideal es el padre, cuanto ese ideal está más separado de su encarnadura, empieza a haber una terrible estereotipia. No habrá neurosis, puede ser, pero habrá una estereotipia, falta de sublimación, falta de creatividad. (...) mientras más ideal es el padre, mucho más difícil es ir más allá de él.” (Naparstek, 2012, pág. 25)

El pasaje de la familia matriarcal a la familia patriarcal, es decir, la concentración en la imago del padre de las funciones de represión y sublimación; es el pasaje que da lugar a los progresos en la cultura. El proceso de apertura del vínculo social tiene por eje a la concentración, en la imago del padre, de la función de represión junto a la sublimación. Sólo en la medida en que opera encarnada en una sublimación, la función puede brindar la posibilidad real de un proceso de *apertura* del vínculo social (Lacan, 2012c, pág. 68).

La fuerza original, la “fecundidad” (Lacan, 2012c, pág. 67), que se proyecta en la imago del padre se debe a que la función de represión está investida. La función de represión, para dar lugar a sus efectos más decisivos, requiere estar encarnada a partir de una sublimación. En la medida en que ambas funciones operan anudadas, la sublimación deviene la fuerza a partir de la cual la función de la represión puede dar origen a un proceso de apertura del vínculo social. En cambio, cuando es operativizada desde un plano Ideal, la represión triunfa sobre la sublimación introduciendo efectos de estereotipia a nivel de la función.

2.4. El plano real de la función: las pruebas de un padre (1957).

El segundo texto que se abordará en este capítulo será el *Seminario 5: Las formaciones del inconsciente* (Lacan, 2009). En él, Lacan vuelve a referirse al Complejo de Edipo, aunque esta vez bajo los términos de estructura.

La investigación se centró en las clases: *La metáfora paterna* y *Los tres tiempos del Edipo* (I) y (II); en las que se asiste a la “fulminación analítica” (Lacan, 2009, pág. 204) del abordaje ambientalista en el que se había encallado la doctrina respecto al Complejo. En este sentido, Lacan se diferencia de un abordaje centrado en los excesos del padre, tanto de su presencia como de su carencia, como elemento del entorno familiar (Lacan, 2009, pág. 171). Distinguiendo la presencia o ausencia del padre en la dinámica familiar respecto a su presencia en el Complejo.

“Hablar de su carencia en la familia no es hablar de su carencia en el complejo. En efecto, para hablar de su carencia en el complejo hay que introducir otra dimensión distinta de la realidad, definida por el modo caracterológico, biográfico u otro, de su presencia en la familia.” (Lacan, 2009, pág. 173)

Ahora bien, si en el Complejo de Edipo no se trata del padre de la realidad, ni de su personalidad, o del exceso de su presencia o ausencia en la dinámica familiar; la pregunta que surge es: ¿Qué es un padre en el complejo?

Lacan reduce el drama edípico a elementos articulados, planteando que de lo que se trata a nivel del padre es en verdad de una “metáfora” (Lacan, 2009, pág. 179). En el Complejo de Edipo, el padre es reducido al significante NP (Nombre del padre), responsable de sustituir a un primer significante DM (deseo materno) que inscribe la captura del pequeño niño en lo simbólico (Lacan, 2009, pág. 179). Redefiniendo al Complejo de Edipo a partir de tres tiempos lógicos en los cuales se despliegan las consecuencias de que un padre pueda hacerse preferir a la madre (Lacan, 2009, pág. 180).

El primer tiempo versa sobre la simbolización de un mundo que se modifica según el capricho del deseo del Otro materno. La posición del niño es figurada como la de un súbdito de los movimientos de un deseo que “apetece” (Lacan, 2009, pág. 188). El sujeto, “(...) desprovisto de todo lo que no sea el deseo de aquel Otro que él ya ha constituido como el Otro (...)” (Lacan, 2009, pág. 205), tiene como objeto de su deseo al deseo de la madre. Debido a ello, su intención en este tiempo es la de identificarse en espejo con aquello a lo cual el Otro le da vueltas (Lacan, 2009, pág. 179).

Si bien el padre aún no opera ofreciendo una significación sobre aquello a lo que le da vueltas el deseo de la madre, su operatividad reside en que ese deseo tenga movimiento, es lo que la hace dar vueltas. Es decir, lo que permite que el niño no sea todo para su madre.

"(...) es precisamente la existencia detrás de ella de todo el orden simbólico del cual depende, y que, como siempre está más o menos ahí, permite cierto acceso al objeto de su deseo, que es ya un objeto tan especializado, tan marcado por la necesidad instaurada por el sistema simbólico, que es absolutamente impensable de otra forma sin su prevalencia. Este objeto se llama el falo (...)" (Lacan, 2009, pág. 188).

Es la presencia del padre en lo simbólico, no en la realidad, lo que funda una mediación simbólica (Lacan, 2009, pág. 189) que posibilita el más allá del deseo. El

deseo de otra cosa gracias al cual el deseo no se agota en la relación dual entre una madre y su niño.

En el segundo tiempo lógico, el padre hace su entrada en escena bajo el papel de interdictor. En la exploración por el deseo materno que le apetece, el niño encuentra al padre como el “tribunal superior” (Lacan, 2009, pág. 198) de sus movimientos. En este sentido, lo fundamental es que la palabra del padre tenga algún valor en el Otro. A diferencia del primer tiempo en el que el mensaje de la madre se recibe en estado bruto, en el segundo tiempo el mensaje materno es intervenido por el del padre. Se trata de un mensaje que se transmite en el mismo lugar en el que se recibe el mensaje del Otro materno.

“Es el estadio, digamos, nodal y negativo, por el cual lo que desprende al sujeto de su identificación lo liga, al mismo tiempo, con la primera aparición de la ley en la forma de este hecho –la madre es dependiente de un objeto que ya no es simplemente el objeto de su deseo, sino un objeto que el Otro tiene o no tiene.” (Lacan, 2009, pág. 198).

El padre interviene en este segundo tiempo lógico a través de un mensaje de interdicción –un “no”- que no solo atañe al súbdito, sino que también al Otro materno. Respecto al primero, la interdicción alcanza la identificación pura al objeto del deseo de la madre. En este sentido, el *no* deja al niño “colgado” (Lacan, 2009, pág. 209) en el momento en que empieza a descubrir en torno a qué gira el deseo que le apetece. Sin embargo, la interdicción paterna también recae sobre el Otro materno, poniendo en juego que la ley no le pertenece, sino que el mensaje de la madre está remitido a una terceridad. Es el padre el que interviene efectivamente sobre su deseo, privándolo del objeto que sería susceptible de colmarlo.

En lo referente al tema a partir del cual se organiza esta tesis, la articulación entre una función y su sustento, se puede decir que hasta aquí Lacan no mantiene la posición que se revisó en el escrito de 1938. Vale la pena recordar que, allí, la interdicción no tenía los mismos efectos cuando funcionaba desde un plano Ideal que cuando lo hacía impulsada por una sublimación. Aquí, en cambio, en los primeros dos tiempos del Complejo, la función no parece necesitar de encarnación.

En el primer tiempo lógico, el padre opera en el orden simbólico del cual dependen los movimientos del deseo materno. Es el que introduce esa otra cosa en torno a la cual gravita el deseo que le interesa al niño. En el segundo tiempo del Complejo, el padre tampoco cuenta con una encarnación. Por un lado, está mediado por el discurso materno: es un mensaje que se efectúa sobre otro mensaje; y, por el otro, es la

proyección imaginaria (Lacan, 2009, pág. 174) de las intenciones agresivas del sujeto provocadas por la prohibición de su objeto privilegiado.

Será en el tercer tiempo lógico del complejo en el que la relación entre la madre y el padre vuelve al “plano real” (Lacan, 2009, pág. 200). El mensaje del padre, que hasta allí era vehiculizado por el discurso materno, se encarna (Lacan, 2009, pág. 211). En este tiempo, tiene que dar alguna prueba de la distancia que existe entre ser el falo, como objeto privilegiado del deseo materno, y tenerlo.

En tanto es “portado” (Lacan, 2009, pág. 199), el falo puede darse. En este sentido, Lacan se refiere al padre en relación al acto del don, es decir, a lo que está en potencia (Lacan, 2009, pág. 200). Una potencia que, a partir de las pruebas del padre, del lado del niño quedará prometida a futuro, en reserva (Lacan, 2009, pág. 201).

Si en el primer tiempo lógico, Lacan situó que la función del padre no tenía nada que ver con su presencia en la realidad, que podía ser hasta una “sombra” (Lacan, 2009, pág. 178); en el tercer tiempo lógico la función paterna requiere estar encarnada. El padre tiene que dar pruebas de que es portador del falo, que tiene una relación con él y que, por lo tanto, no lo es. Una condición que en el declive del complejo habilita la posibilidad de un tener, por parte del niño, que se volverá efectivo en el momento de asumir su propia portación. Momento en el cual podrá: “(...) ser alguien idéntico a su padre”. (Lacan, 2009, pág. 211).

El Seminario 5 enseñó a esta investigación que, para dar lugar a los efectos conclusivos del Complejo, la función paterna requiere pasar al plano real. Su operación no se efectúa sólo en un plano simbólico o imaginario, sino que también requiere una encarnadura que brinda la posibilidad de que algún día el niño pueda tener lo que él tiene (Lacan, 2009, pág. 209). Y a esta altura de su enseñanza, lo que soporta la intervención de la función paterna en el plano real es la prueba que el padre brinda respecto a su propia relación, en tanto portador, con el falo.

2.5. Un nombre que se encarna en el deseo (1969)

El trabajo de investigación continúa con una nota, escrita en el año 1969, que Lacan le entrega a la psicoanalista francesa Jenny Aubry.

Publicada bajo el título: *Nota sobre el niño* (Lacan, 2012d), escribe en ella sus pensamientos respecto al fracaso (Lacan, 2012d, pág. 393) de las comunidades basadas

en principios colectivos de organización social. Se enfoca, así, en las consecuencias que ese tipo de comunidad tiene sobre el funcionamiento familiar, principalmente en lo referente al cuidado colectivo de las necesidades básicas de un niño.

La tesis que inicia el escrito propone que el funcionamiento comunitario de la familia fracasa. La función del padre y la función de la madre son el “residuo” (Lacan, 2012d, pág. 393) que persiste y revela lo que no anda en esa reconfiguración.

Para Lacan, en la familia no se trata solamente de la satisfacción de las necesidades orgánicas de un niño, sino principalmente de una “transmisión” (Lacan, 2012d, pág. 393). Una transmisión que, a diferencia de las primeras, no puede ser resuelta en forma anónima y colectiva. Una transmisión que obstaculiza la concepción de la familia en términos anónimos, en tanto en ella lo fundamental es la forma particular en que se articuló la función materna y la función paterna en esa familia.

“Conforme a tal necesidad se juzgan las funciones de la madre y del padre. De la madre: en tanto sus cuidados llevan la marca de un interés particularizado, aunque lo sea por la vía de sus propias carencias. Del padre: en tanto su nombre es el vector de una encarnación de la Ley en el deseo.” (Lacan, 2012d, pág. 393)

En cuanto a la función materna, Lacan ubica que el cuidado de las necesidades tiene que llevar la marca de un interés particularizado. Son los cuidados de esa madre en particular, determinados por las coordenadas de un deseo que le compete a ella.

Bajo esta orientación, en el texto *La familia moderna* (Laurent, 1994), Eric Laurent propone pensar la función materna en consonancia con la madre “suficientemente buena” de Winnicott. Señalando que, en cuanto a su función, lo importante es que sea “suficientemente mala” respecto a cualquier ideal. En sus palabras: “Todo lo que pudiese reducir la madre a una función ideal produce efectos catastróficos” (Laurent, 1994, pág. 27).

En este sentido, la madre Ideal sería aquella que se ocupa de los cuidados en forma anónima, sin poner en juego su parte, es decir, su propia sujeción a las coordenadas de un deseo que la atraviesa. La constitución del niño en el campo del deseo tiene que ver con el lugar que ocupa como objeto de un deseo organizado por las propias carencias de la madre. La singularidad de dicha carencia es lo que rescata del anonimato a la función materna.

En este texto se proponen al menos dos posibilidades para el desenlace de la relación entre el sujeto y el deseo materno. En una, el niño queda capturado en su lugar

de objeto del deseo que le interesa, realizando el objeto del fantasma materno (Lacan, 2012d, pág. 394). Se trata de una situación en la que la dualidad en juego es menos permeable a la intervención de una terceridad.

Se diferencia, de ella, una segunda posibilidad: la constitución del sujeto a partir de la articulación entre la función materna y la paterna. En esta situación, el síntoma del niño deviene representante de “(...) la verdad de la pareja en la familia” (Lacan, 2012d, pág. 393).

Es en esta última disposición en la que se hace presente la función paterna en la escena familiar: tal como fue citado anteriormente, un nombre que hace de vector para una encarnación de la Ley a nivel del deseo.

En cuanto a la investigación, un primer valor que se advierte en este escrito es la diferencia radical entre encarnar la ley en el deseo y encarnarla en un Ideal. Tal como lo ubica Eric Laurent, cuando la función opera a partir de un Ideal, se trata de “el padre que se toma por un padre, en el peor de los casos, es el padre del Presidente Schreber” (Laurent, 1994, pág. 28).

La oposición en juego gravita en torno a la diferencia entre una ley que opera en el deseo y otra que lo hace desde un Ideal. En este último caso, el ejercicio de la función tiene por referencia necesaria la existencia de un Ideal como garantía de su operación: El padre para todos, universal.

La propuesta de Lacan, en cambio, sitúa que la función paterna no encuentra las condiciones para su operación en ningún Ideal. Más bien, es a partir de la imposibilidad de un Ideal que la comande, que la función puede operativizarse en el campo del deseo: “(...) el revés y el más allá del ideal” (Laurent, 1994, pág.28)”.

En este sentido, la función paterna fuerza una nominación en el plano del deseo. Es el agente que introduce un anudamiento entre el deseo y la ley, a través de un nombre que vectoriza el imposible en juego: tanto a nivel de la identificación del sujeto al objeto del deseo materno, como en su lazo al Ideal.

“La distancia entre la identificación con el ideal del yo y la parte tomada del deseo de la madre, si ella no tiene mediación (normalmente asegurada por la función del padre), deja al niño abierto a todas las capturas fantasmáticas. Deviene el “objeto” de la madre, y ya no tiene otra función que la de revelar la verdad de ese objeto.” (Lacan, 2012d, pág. 394)

Si la operativización de la función paterna no se realiza a partir de un Ideal es porque, más bien, es responsable de introducir una mediación entre el Ideal y el objeto

del deseo. Su función, en tanto no puede ser realizada bajo anonimato, está vectorizada en un nombre con el que se encarna una ley a nivel del deseo.

Hasta el momento, los textos abordados en este segundo capítulo permitieron advertir que la función no opera de la misma manera cuando está soportada en un Ideal, que cuando lo hace encarnada: en una sublimación, en el escrito de 1938 (Lacan, 2012c, pág. 67); en la portación del falo, en 1957 (Lacan, 2009, pág. 199); y en un nombre que se encarna en el deseo, en 1969 (Lacan, 2012d, pág. 393).

2.6. El impacto traumático de la función paterna (1971)

La investigación continuó con un Seminario que Lacan brinda entre los años 1971-1972: el *Seminario 19: ...o peor* (Lacan, 2012f). Allí, realiza una conceptualización novedosa de la función paterna que permitirá cernir un problema que se inscribe en las vías del tema que esta tesis aborda: el sustento de la función.

En este Seminario se puede apreciar el contraste entre dos conceptualizaciones de la función paterna:

Por un lado, Lacan se refiere a la función del *pater* de familias (Lacan, 2012g, pág. 204), como el eje de la configuración de la familia patriarcal en la Antigüedad. Esta función representa la figura independiente en torno a la cual se ordena tanto el funcionamiento de la familia, como el comportamiento de sus miembros.

Bajo esta primera vertiente, el padre es el ciudadano que tiene el control sobre todo lo que sucede en su casa. Es el responsable de tomar las riendas del cuidado y la defensa de todos los miembros que componen la familia. Una excepción respecto al conjunto familiar, en tanto, en esta versión, un padre es aquel que dice que no (Lacan, 2012f, pág. 198), exceptuándose de un universal que establece.

Ahora bien, la función *pater* no es la única vertiente por la que se aborda la cuestión en este Seminario en tanto Lacan no la considera como su función decisiva. En su lugar, a medida que avanza su exposición, se asiste a un desplazamiento a través del cual comienza a aproximarse la función paterna con el *e-pater*.

“Es la función del impactar, **e-pater**: asombrar, dejar pasmado, causar sensación, escandalizar. (...) Es la única función verdaderamente decisiva del padre” (Lacan, 2012f, pág. 204).

Tal como es situado en una nota al pie de página, se trata de un juego de palabras entre *épater* (que significa impactar, pasmar) y el latín *pater* (que significa padre) (Lacan, 2012f, pág. 204). En este sentido, se trata de una concepción de la función paterna que es diferente de aquella que la ligaba a un ordenamiento en la significación familiar. En el Seminario 19, más bien, lo verdaderamente decisivo de su función es situado a nivel de un impacto traumático con el que escandaliza la estabilidad de la configuración familiar.

Se trata de un cambio de acento en la función que es abordado por Marcelo Barros en su libro *Intervención sobre el nombre del padre* (Barros, 2014). Allí, a partir de un Seminario posterior al que se trabaja en este apartado, el autor se formula un interrogante respecto a la función paterna que es pertinente incorporar al desarrollo que se realiza en este capítulo:

“En el Seminario 21 se nos dice que no hace falta el Nombre del Padre para que alguien sea nombrado para algo; para que tenga un proyecto de vida y pueda cumplir con un rol social. El deseo de la madre basta por sí solo para eso, sostiene Lacan. ¿Qué es lo que el Nombre del Padre aportaría, entonces, de distinto?” (Barros, 2014, pág. 27).

El autor sostiene un interrogante que delimita, en forma precisa, el tema que se está intentando abordar aquí. Si el deseo materno aporta una estabilidad familiar por sí solo, a partir del nombramiento del infans para algo: ¿Cómo entender la función paterna una vez que deja de ser concebida como la garantía de la estabilidad en la significación familiar?

Se percibe, así, la articulación entre la propuesta del Seminario 19 y la lectura de Marcelo Barros, en tanto que la función del padre (a partir de las coordenadas que brinda el e-pater) lejos de establecer un orden en la estructura, es responsable de impactarla. Inaugura la posibilidad de hacer otra cosa con lo dado, habilitando un “uso auténtico” (Barros, 2014, pág. 49), por fuera del establecido.

A partir de este desarrollo, surgieron algunos interrogantes que se inscriben en las vías que organizan esta investigación:

¿Qué cumple el papel de sustento en la función paterna? ¿En qué se apoya el impacto traumático en la estabilidad familiar? ¿Con qué opera un padre su función?

2.7. La garantía de la función paterna (1975)

Los interrogantes, con los que se concluyó el apartado anterior, dirigieron la investigación hacia el Seminario 22: RSI (Lacan, 1974a).

Es importante señalar, respecto al tema que nuclea el desarrollo de esta tesis, que la clase que se tomará de referencia pertenece al mes de enero de 1975. Es decir, cuatro meses después de la conferencia de prensa: *El triunfo de la religión*; en la que se halló la referencia respecto al papel del sustento a nivel de la función analítica: la condición que vuelve a un análisis serio y eficaz (Lacan 2010a, pág. 99).

En la clase del 21 de enero de 1975 (Lacan, 1974a), Lacan vuelve a referirse a la función paterna, aunque esta vez su planteo se centra en lo que considera como la única garantía de la función:

“Un padre no tiene derecho al respeto, si no al amor, más que si el dicho amor, el dicho respeto esta pèreversamente orientado, es decir hace de una mujer el objeto a minúscula que causa su deseo. (...) la versión que le es propia por su perversión, única garantía de su función de padre (...). (...) Solo puede ser modelo de la función al realizar su tipo.” (Lacan, 1974^a, pág. 39)

La única garantía a nivel de la función paterna, dice Lacan a esta altura de su enseñanza, reside en que aquel que la ejerza realice una versión de la función que le sea propia. Parafraseando una de las demarcaciones que se realizó en el primer capítulo a partir de la *Nota italiana*: que la versión que se realiza de la función no sea cualquiera, sino que sea propia de aquel que la ejerza.

En el caso de la función paterna, lo que le permite, a aquel que la ejerce, brindar una versión inédita es su pèreversion. Es decir, su propia manera de arreglárselas con una mujer en tanto objeto *a* que causa su deseo. Por eso, en esta clase se distingue el objeto *a* causa del deseo y el objeto que imagina conocer. El primero, el objeto que causa el deseo, es un objeto que lo determina (Lacan, 1974a, pág. 37). El objeto del deseo, en cambio, es el objeto al que se dirige, al que se imagina conocer.

En estas coordenadas, si la garantía de la función paterna reside en que la versión que se realice sea propia de aquel que la ejerce; lo que se ofrece como soporte de la realización es su propio desenvolvimiento respecto al objeto que lo divide. Es decir, su pèreversion.

En su artículo *El análisis de niños y la pasión familiar* (Laurent, 2016), Eric Laurent retoma esta conceptualización señalando que lo que está en juego es que la función no se define por una esencia; sino por el modelo, la versión de goce, que realiza aquel que la ejerce:

“(…) los padres, uno por uno, son las versiones de goce de esta función. Son *padre-versiones, perversiones*. Por tanto, no se trata del padre en tanto que nombre-semblante, sino que se trata del objeto *a*.” (Laurent, 2016, pág. 107)

Bajo esa misma orientación, en su libro: *El padre modelo* (Zlotnik, 2016), Manuel Zlotnik comparte una lectura del *Seminario 22* que ocupa un lugar fundamental en los cimientos de esta investigación, en tanto se refiere específicamente al tema en torno al cual se organiza este segundo capítulo: el sustento de la función paterna.

“El sustento es su *pèreversion*, es decir hacer de una mujer su objeto causa de deseo, su sustento es el goce que lo une a una mujer, para Lacan eso es lo necesario para ser padre, única garantía de su función de padre, (...) lo definitorio para Lacan es que un padre se hace padre por el goce que lo une a una mujer, la *père*-versión es lo mínimo indispensable para ser padre; y ese padre puede ser un cualquiera, eso es lo interesante y ahí tenemos un padre que para hacer de excepción no tiene que ser mítico, sino que es un cualquiera al que su goce lo une a una mujer.” (Zlotnik, 2016, pág. 65)

Si la garantía de la función paterna reside en que aquel que la ejerza realice una versión que le sea propia, dar cuenta de aquello que ocupa el papel del sustento de la función se vuelve un tema fundamental. Un sustento soporta la realización singular, permitiéndole brindar un modelo de la función que le es propio.

A esta altura de su enseñanza, el sustento de la función paterna, aquello que soporta la realización del modelo singular de la función, es su propio arreglo con el aquello que lo divide: su *pèreversion*.

A partir de los argumentos desplegados, cobró relieve para esta investigación una especie de paradoja lógica que Lacan aborda, que se volverá fundamental para el trabajo de tesis:

“Es preciso que cualquiera pueda hacer excepción para que la función de excepción se transforme en modelo. Pero la recíproca no es verdadera: no es preciso que la excepción arrastre en cualquiera para constituir por este hecho en modelo. Esto es el

estado ordinario. Cualquiera alcanza la función de excepción que tiene el padre. ¡Sabemos con qué resultado! El de su *verwerfung* o de su rechazo en la mayoría de los casos por la filiación que el padre engendra con los resultados psicóticos que he denunciado.” (Lacan, 1974a, pág. 39)

Para que la función de excepción se transforme en modelo, es preciso que cualquiera pueda hacer excepción. Es decir, su ejercicio no puede estar soportado en ningún Ideal que la organice. No hay ningún más allá que determine cómo, ni quién puede hacerlo.

Sin embargo, lo que pone en relieve este desarrollo es que si bien cualquiera puede brindar un modelo de la función paterna, es preciso que la versión que realice no sea cualquiera. En lugar de una versión anónima garantizada por un Ideal, lo que Lacan propone es que la garantía de la función paterna reside en que sea una versión propia. Una versión, en los términos de la tesis, *no-cualquiera*, en tanto está sustentada por un rasgo singular de aquel que la ejerce. En el caso de la función paterna, su perversión.

Para que se realice en un modelo, la función no puede designar a un cualquiera por sí sola. No basta con que la función se arrastre en forma autónoma hacia cualquiera para que sea encarnada en un modelo. Cuando sucede así, señala en forma solidaria a la que lo había hecho en 1938 respecto a los efectos estereotipantes (Lacan, 2012c, pág. 67), los resultados que engendra la función son de orden psicótico.

Lo que el *Seminario 22: RSI* le ha enseñado a esta investigación es que la garantía de la función paterna reside en que aquel que la ejerza realice una versión que le sea propia. Que: si bien cualquiera puede ejercer la función paterna, no hay un ideal en el que pueda autorizarse a su ejercicio, su garantía se encuentra en que la versión que se realice no sea cualquiera.

Para ello, para que esa versión no sea anónima, lo que cumple el papel de sustento de la realización tiene que ver con algo que le es propio a aquel que la ejerce. Un sustento que, en tanto soporta una versión que le es propia, refiere a la singularidad del que la toma a su cargo. En el caso de la función paterna: su propio desenvolvimiento con el objeto *a* que causa su deseo.

2.8. Conclusiones del capítulo

Al comienzo de este segundo capítulo se delimitó un objetivo: extraer referencias en la enseñanza de Lacan que permitan situar una posible articulación entre la realización de una función y la singularidad del que la ejerce. Es decir, demarcar antecedentes que permitan afirmar que la singularidad de aquel que la ejerce puede cumplir el papel de sustento en la realización de una función.

El desarrollo estuvo centrado en una función que fue solidarizada en múltiples ocasiones por Lacan con la analítica: la función paterna. Los abordajes que se realizaron, a partir de diversos escritos y seminarios pertenecientes a diferentes momentos de su enseñanza, permitieron extraer indicios solidarios a los que se habían delimitado en el primer capítulo de la tesis.

Cuando el Ideal opera como punto de apoyo de la realización, los efectos que induce a nivel de la función analítica son de un orden ritualizante. El analista, en dicho caso, deviene el operador de un saber preestablecido, limitando su accionar a las coordenadas que el Ideal delimita y degradando su función a operar únicamente en el plano de la identificación.

En forma solidaria, cuando la función paterna se operativiza a partir de un Ideal, sus efectos son situados en los términos de: estereotipia, en 1938 (Lacan, 2012c, pág. 67); o psicóticos, en 1975 (Lacan, 1974a, pág. 39). En este sentido, tal como es situado en el Seminario 22: la normalidad no es la virtud paterna por excelencia (Lacan, 1974a, pág. 39).

En ambas funciones, se destaca que no hay ningún Ideal de normalidad, ningún más allá, en el que podría autorizarse aquel que la ejerce. Más bien, cuando el Ideal sustenta la realización, los efectos son considerados ritualizantes, estereotipantes y psicóticos.

Por otro lado, el desarrollo realizado permitió cernir aquello que, para Lacan, podría operar como sustento de la función paterna. Fueron puestas en relieve, en cada abordaje, diferentes conceptualizaciones respecto a lo que se ofrece como soporte del ejercicio de la función paterna:

En 1938, “el resorte más decisivo de sus efectos psíquicos” (Lacan, 2012c, pág. 67), reside en que la imago paterna concentre a la función de represión junto a la función de sublimación. La articulación entre la función de represión y el impulso

sublimatorio, es lo que le permite a la función efectuar un proceso real de apertura en el vínculo social.

En el *Seminario 5: Las formaciones del inconsciente* (Lacan, 2009), se situó que el sepultamiento del Complejo de Edipo se lleva a cabo en su tercer tiempo lógico. Un tiempo en el cual es necesario que la función del padre, que hasta entonces se había desplegado a nivel imaginario y simbólico, vuelva al plano real. Para realizar el acto de don, el padre debe dar alguna prueba de su relación con el falo en tanto portador. Su propia portación del falo es la que habilita, cuando se lo requiera, que el sujeto devenga también un portador (Lacan, 2009, pág. 174).

En 1969, en *Nota sobre el niño* (Lacan, 2012d), Lacan aborda la función paterna y la materna señalando que lo fundamental, en ellas, es una transmisión que no puede ser anónima. Un padre transmite una nominación que se encarna en el plano del deseo y no en un Ideal. Su nombre es operativizado como mediador de la distancia entre lo que compete al Ideal y lo que refiere al deseo. Un nombre en el que se vectoriza su función (Lacan, 2012d, pág. 394), que la distancia de cualquier realización anónima.

El abordaje del *Seminario 19: ... o peor* (Lacan, 2012f) permitió ubicar un cambio de vía en la conceptualización de la función paterna a través de su articulación con el e-pater. Lo verdaderamente decisivo de la función paterna, señala Lacan, es su impacto traumático (Lacan, 2012f, pág. 204). Lejos de ser aquel que garantiza un orden en la estructura, la función paterna es responsable de impactar traumáticamente en la estabilidad familiar, escandalizando sus significaciones sedimentadas.

Este pasaje permitió cernir, bajo la clave de lectura que organiza la investigación, la emergencia de un interrogante que fue fundamental a la hora de abordar el siguiente texto: si su función es impactar en forma traumática, ¿qué es lo que hace de soporte al impacto de la función? ¿En qué se sustenta el impacto paterno en la estabilidad familiar?

En una clase del *Seminario 22: RSI* (Lacan, 1974a), dictada cuatro meses después de que Lacan se refiera al sustento de la función analítica en *El triunfo de la religión* (Lacan, 2010a), se refiere a lo que considera como la única garantía de la función paterna: que aquel que la ejerza realice una versión que le sea propia (Lacan, 1974a, pág. 39).

Plantea que, si bien cualquiera puede ejercer la función, en tanto no hay ningún Ideal que determine quién puede ser padre y quién no; es necesario que la versión, que realiza ese cualquiera, no sea cualquiera. La garantía de la función reside en que sea una versión propia, es decir, no-cualquiera.

En este sentido, lo que es operativizado como sustento en el ejercicio de la función, es algo que le es propio a aquel que la ejerce. En el caso de la función paterna, su pèreversion. Es decir, cómo ese cualquiera se las arregla con aquello que lo divide: una mujer en tanto objeto *a* causa de su deseo.

En cuanto a la investigación, efectivamente se pudo comprobar que una singularidad puede cumplir el papel de sustento en el ejercicio de una función. Para Lacan, la única garantía de la función paterna reside en que aquel que la realice brinde una versión propia.

Mientras que un sustento Ideal soporta una realización universal, estereotipada y ritualizada; el sustento que permite brindar una versión propia compete necesariamente a la singularidad de aquel que la ejerce.

A partir de estas conclusiones, el siguiente capítulo abordará lo que, para esta tesis, cumple el papel de sustento en el ejercicio de la función analítica: el *sinthome* del analista.

Capítulo 3. La singularidad del analista: su sinthome

“La cuestión es saber si el psicoanalista respeta el psicoanálisis. ¿Qué idea se hace él, qué consecuencias extrae de él? Un analista no puede ser el lugar que hace falta, no hay analista incluso, más que a condición de tener un lazo con el psicoanálisis en calidad de tal.” (Miller, 2013, pág. 16)

3.1. Introducción al capítulo

A partir de las coordenadas obtenidas por la investigación, en este tercer capítulo se realizará un abordaje en profundidad de lo que esta tesis considera como el sustento de la función analítica.

Un sustento que, por un lado, el analista debió extraer de su propio análisis; y que, por el otro, da cuenta de una singularidad que le permite a cada analista efectuar una versión de la función que le es propia.

En este capítulo se seguirá una orientación que propone Jacques-Alain Miller en su curso: *El lugar y el lazo* (Miller, 2013). Allí, señala que en la partida que un analista juega con el partenaire-paciente no puede descontarse la presencia de otro partenaire: “el partenaire psicoanálisis” (Miller, 2013, pág. 16).

La idea que sostiene el autor es que el lazo transferencial está condicionado por el lazo del analista con el psicoanálisis (Miller, 2013, pág. 18). Es decir, el lugar que ofrece en la transferencia está impregnado por la relación del propio analista con el psicoanálisis.

“La cuestión es saber si el psicoanalista respeta el psicoanálisis. ¿Qué idea se hace él, qué consecuencias extrae de él? Un analista no puede ser el lugar que hace falta, no hay analista incluso, más que a condición de tener un lazo con el psicoanálisis en calidad de tal. De uno u otro modo, el psicoanálisis debe estar allí. (...) parezco deducir algo que pertenece a la experiencia, es decir que si un psicoanalista no juega su partida en relación con el partenaire-psicoanálisis no hay psicoanálisis” (Miller, 2013, pág. 16).

El lazo que cada analista tiene con el psicoanálisis condiciona el lugar que ofrece en la transferencia. Por eso, plantea Miller, la cuestión radica en si el psicoanalista respeta al psicoanálisis.

Un respeto que no refiere a un acuerdo académico con su teoría o filosofía, en tanto ya se ha ubicado lo que un soporte Ideal induce en una función. Más bien, se trata de un lazo de respeto que está soportado en las consecuencias que el analista extrajo de su propio análisis; consecuencias que ofician de partenaire para aquel que dirige la cura.

A partir de estos argumentos, con el objetivo de ubicar la consecuencia de un análisis que puede operativizarse como sustento de la función analítica, se decidió abordar una de las últimas definiciones del fin de un análisis en la enseñanza de Lacan.

En la clase del 16 de noviembre de 1976, de su *Seminario 24: L'insu que sait de l'ûne-bévue s'aile à mourre* (Lacan, 2021a), Lacan define a la identificación como lo que "(...) se cristaliza en una identidad" (Lacan, 2021a, pág. 10) y se interroga respecto a qué se identifica alguien al fin de su análisis. Es decir, aborda la identificación en la que se soporta la identidad al fin de la experiencia de un psicoanálisis.

Su propuesta es que la identificación que está en juego al final de un análisis se efectúa respecto al sinthome:

"Saber darse maña con el propio síntoma, ese es el final del análisis" (Lacan, 2021a, pág. 11).

En la medida en que pertenece al último tramo de su enseñanza y su entendimiento condensa múltiples aristas, se dedicará el capítulo entero a desglosar las distintas partes que componen esta formulación. Para atravesar su complejidad, el desarrollo se apoyará en la lectura de diversos psicoanalistas contemporáneos.

Su objetivo será el de dar cuenta si, efectivamente, el sinthome es la consecuencia del propio análisis del analista que opera como sustento en el ejercicio de su función.

3.2. No es la identificación con el analista.

Una de las primeras cuestiones que Lacan precisa en esta clase es una aclaración: no se debería confundir la identificación del final de un análisis con la identificación con el analista. Esta última, señala, es una propuesta que pertenece a Michael Balint: psicoanalista húngaro; discípulo y alumno de Sandor Ferenczi.

“Esta cuestión tiene mucho interés porque de ciertas declaraciones se desprendería que el final del análisis sería identificarse con el analista. Por mi parte, no lo creo, pero eso es lo que Balint sostiene, y es algo muy sorprendente” (Lacan, 2021a, pág. 10)

Durante este apartado, el desarrollo estará acompañado de la lectura que realiza Colette Soler en su libro *Finales de análisis* (Soler, 1988). En él, la autora precisa que, cuando Lacan le adjudica a Balint esa conceptualización del fin de un análisis, en verdad de lo que se trata es de una interpretación que lleva a cabo sobre su obra (Soler, 1988, pág. 42). Es decir, la identificación con el analista no es una fórmula que podamos citar de los textos de Balint, sino que surge de la lectura que el propio Lacan realiza sobre ellos.

En su libro *Primary Love and Psycho-Analytic Technique* (Balint, 1985), Balint se interroga respecto al momento final de una cura analítica. Un momento en el que no aparece por parte del paciente ningún material, ni recuerdo, ni elaboración nueva que pueda ser interpretada por el analista. En su lugar, se manifiesta una suerte de alteración de ánimo, en el que se observa la expresión débil de deseos instintivos infantiles que comienzan a dirigirse a su ambiente, incluido el analista, y que demandan gratificación (Balint, 1985, pág. 191).

Balint llama a este momento final de la cura: “New beginning” (Balint, 1985, pág. 192) y lo caracteriza por estar dirigido, sin excepción, hacia los objetos en forma directa. Según el autor, se trata de un descubrimiento que contraría uno de los fundamentos de la teoría analítica: el lugar primordial del autoerotismo respecto a la relación de objeto.

Frente a esa demanda cada vez más persistente e insaciable por ningún objeto real (Balint, 1985, pág. 193), lo que le recomienda el autor al analista es resistir, en tanto pronto comenzará a desarrollarse una relación de objeto más verdadera y ajustada a la realidad. La primitiva e infantil relación de objeto, si es correctamente guiada, cederá hacia una relación sin conflictos para el propio paciente y para su entorno

(Balint, 1985, pág. 193). En este momento final, la intervención del analista no estará centrada en la interpretación de ningún material, sino en el consentimiento al despliegue de la relación de objeto infantil en el dispositivo.

Lo que está en juego, en los fundamentos de esta concepción del final de un análisis, es la temporalidad lógica entre el autoerotismo y la relación de objeto. Mientras que la teoría freudiana sitúa al autoerotismo en un tiempo primordial respecto a la relación de objeto; Balint piensa a las fijaciones de la libido en un tiempo secundario.

En un primer momento el niño no ama, sino que es amado por un mundo exterior que se encarga de satisfacer su demanda en forma plena. Sin embargo, con el paso del tiempo, además de volverse más grandes, esas demandas comienzan a ser más difíciles de satisfacer. La frustración surgida frente a esa falla en el mundo exterior se tramita a través de acciones agresivas hacia el afuera y en fenómenos de introversión en lo que concierne al amor.

De esta manera, la falla en la relación con el objeto de amor es la que propicia la distribución de la libido que da origen al autoerotismo (Balint, 1985, pág. 194). Por ello, las fijaciones libidinales son concebidas como un reflejo de la relación del niño con el mundo exterior.

En tanto Balint considera a la relación con el objeto de amor como original respecto a la pulsión, el *New beginning* – la etapa final de un análisis - se situará en las coordenadas de la relación de objeto. El analista toma el relevo del objeto en torno al cual dependió esa satisfacción primaria de la demanda; la otra parte de la fusión que, en el momento mítico de indiferenciación, produjo la falla fundamental.

Al tratarse de una satisfacción preverbal, el analista debe contar con los recursos necesarios para poder identificarse con el paciente y adivinar el objeto con el que podría obtener su satisfacción. En este sentido, lo que diferenciará al analista del objeto primordial que no estuvo a la altura de la fusión, es su capacidad para ajustarse al paciente y reparar su herida a través del consentimiento a la satisfacción fallida.

La identificación del objeto de la demanda deviene, así, una tarea fundamental del analista en la cura. Para ajustarse a él y consentir su satisfacción, el analista es elevado a la posición de un amo que puede identificar el objeto de la demanda. Un amo que, sea para gratificarla o frustrarla, tendría la capacidad de adivinar el objeto al que la

demanda se dirige. Concepción que degrada al lazo transferencial a una relación de yo a yo, en la que el yo del analista se ofrece como medida del yo del paciente.

“Balint está del lado de la identificación con el analista, sin decirlo y sin saberlo, precisamente porque quiere construir Otro a medida para el neurótico, Otro a la medida de la demanda, volviéndose él mismo medida de lo admisible.” (Soler, 1988, pág. 50).

En cuanto al tema que nuclea la presente investigación, a partir del desarrollo realizado se pudo ubicar que para Lacan la identificación al fin de un análisis no puede situarse en la medida que un analista ofrezca respecto a la realidad. En lugar de la identificación con el analista, lo que propone es recuperar una formulación freudiana: la identificación con el objeto de amor de ningún modo es primaria respecto al lazo que une a la identificación con el cuerpo.

3.3. La identificación y el cuerpo

En el texto: *Psicología de las masas y análisis del yo* (Freud, 1975), Freud sitúa tres variantes de la identificación en las que se privilegia el estatuto primario de la identificación respecto a la investidura de objeto.

La primera variante de la identificación a la que se refiere es “(...) la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona” (Freud, 1975, pág. 99). Se trata de la identificación que toma al padre como Ideal y que cumple su papel en la prehistoria del complejo de Edipo. Es decir, puede encontrarse en forma previa o contemporánea a la investidura de objeto edípica.

En este sentido, en lugar de ubicarla en la relación de amor con el objeto edípico, sitúa a la identificación como el retoño de una incorporación oral (Freud, 1975, pág. 99). Una tesis solidaria a la que plantea en su texto: *Totem y Tabú* (Freud, 1986c), donde dice respecto a la identificación con el padre:

“El violento padre primordial era por cierto el arquetipo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la banda de hermanos. Y ahora en el acto de la devoración, consumaban la identificación con él, cada uno se apropiaba de una parte de su fuerza.” (Freud, 1986c, pág.144)

En esta primera variante, la identificación se desprende de la relación con el objeto de amor y es referida a la prehistoria del Complejo de Edipo. Tal como lo retoma Eric Laurent en su texto *Síntoma y nominación* (Laurent, 2002), la identificación da cuenta de un lazo necesario y primario con el cuerpo (Laurent, 2002, pág. 63); mientras que la relación con el objeto de amor le es secundaria.

La segunda forma de identificación, que se desprende del texto freudiano, da cuenta de su papel en la formación neurótica del síntoma (Freud, 1975, pág. 100). Se trata de una identificación parcial que se lleva a cabo a partir de un “único rasgo” (Freud, 1975, pág. 101) del objeto de interés libidinal.

Un síntoma puede expresar la voluntad hostil de sustituir a la madre, identificándose a su sufrimiento; así como a la elección de objeto, reemplazando la elección amorosa por una identificación. El objeto puede ser tanto odiado como amado, es indiferente. La identificación demuestra, nuevamente, su indiferencia respecto al amor de objeto.

Finalmente, Freud sitúa la primacía de la identificación respecto al objeto de amor a través de una tercera variante que, a pesar de ser un caso de formación de síntoma, se caracteriza por “(...) prescindir en forma completa de la relación de objeto con la persona copiada” (Freud, 1975, pág. 101).

El caso al que se refiere Freud es el de la “infección psíquica” (Freud, 1975, pág. 101) de las muchachas de un pensionado. Una identificación que no gravita en torno a un objeto de interés, sino a una situación en la que se quiere poner: un punto de coincidencia entre los dos yo que debe mantenerse reprimido (Freud, 1975, pág. 101). En la medida en que el rasgo de la identificación es una situación común, nuevamente, la persona de la que se extrae el rasgo podría ser cualquiera.

Mientras que en la teoría de Balint el lazo entre la identificación y el amor de objeto es primario; en la de Lacan, que sigue las vías abiertas por Freud, la identificación refiere a una incorporación que atañe al cuerpo. Por ello, si un análisis culmina en la identificación del analizante con los ideales de su analista es porque el análisis no ha incidido en el verdadero partenaire de la identificación: el cuerpo.

3.4. El síntoma: el partenaire sexual de la identificación en un final de análisis.

Si se siguen estos argumentos, se desprende una tarea fundamental para esta investigación: ubicar lo que Lacan considera como el partenaire sexual de la identificación terminal de un análisis.

“Yo planteé que el síntoma puede ser el partenaire sexual. (...) el síntoma, tomado en este sentido, es lo que conocemos, e incluso lo que mejor conocemos.”
(Lacan, 1976a, pág. 13)

En la medida en que Lacan ha hecho diversas conceptualizaciones del síntoma a lo largo de su enseñanza, para ordenar el desarrollo del apartado, esta investigación se ha servido de una propuesta que Fabián Shejtman presenta en su libro: *SINTHOME: Ensayos de clínica psicoanalítica nodal* (Shejtman, 2013).

A partir de la premisa de que solo hay síntoma para aquel que habla, sitúa tres interconexiones del registro simbólico que organizan las diferentes conceptualizaciones del síntoma en la enseñanza de Lacan: la del registro simbólico con el imaginario (S-I), con lo simbólico (S-S) y con lo real (S-R).

La primera interconexión se aprecia en el escrito de 1953: *Función y campo de la palabra y el lenguaje* (Lacan, 2008a). Allí, el síntoma es definido como un fenómeno de lenguaje: “(...) el significante de un significado reprimido de la conciencia del sujeto” (Lacan, 2008a, pág. 271).

Al igual que los sueños y los actos fallidos, a los cuales queda equiparado en tanto formación del inconsciente, el síntoma se define a partir de un sentido oculto susceptible de ser resuelto a través de una palabra que lo representa. Es el “mínimo de sobre determinación” (Lacan, 2008, pág. 260) que se le exige al síntoma para dar cuenta de su estructuración como un lenguaje.

En 1953, el síntoma es susceptible de ser resuelto por entero a través de un análisis de lenguaje (Lacan, 2008a, pág. 260). El desciframiento del sentido oculto para la conciencia permite la desaparición del síntoma que lo representa. El análisis es concebido, así, como una simbolización de lo que hasta entonces era un sentido desconocido. La interpretación analítica, en consecuencia, deviene una operación de lenguaje: un desciframiento simbólico que apunta a liberar el sentido imaginario que el síntoma comporta en su estructura.

Esta concepción es reformulada en el escrito: *Instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud* (Lacan, 2008b). Si bien es cierto que continúa siendo portador de un sentido reprimido, en 1957 Lacan se sirve de los aportes de la teoría lingüística para formalizar la estructura del síntoma en los términos de una metáfora: una sustitución que produce un efecto de significación.

La “chispa creadora” (Lacan, 2008b, pág. 474) de la metáfora, el plus de significación que produce, es efecto de la sustitución de un significante por otro significante. La significación, en consecuencia, deja de ser concebida a partir de lo oculto y comienza a plantearse como un efecto que brota de la articulación entre dos significantes:

“...el mecanismo de doble gatillo de la metáfora es el mismo donde se determina el síntoma en el sentido analítico. Entre el significante del trauma sexual y el término al que viene a sustituirse en una cadena significativa actual, pasa la chispa, que fija en un síntoma –metáfora donde la carne o bien la función están tomadas como elementos significantes- la significación inaccesible para el sujeto consciente en la que puede resolverse” (Lacan, 2008b, pág. 485).

Si en 1953 la concepción del síntoma privilegia la interconexión simbólico-imaginaria: el significante de un significado reprimido; dicha definición cede aquí su lugar a una formalización centrada en la articulación del significante enigmático del trauma sexual por un significante de la cadena actual.

Si bien permanece oculto por la sustitución, el significante enigmático continúa presente a través de la metonimia que lo conecta con la cadena significativa actual (Lacan, 2008b, pág. 474). Por eso, le advierte Lacan al psicoanalista, el patrón de toda búsqueda de significación debe buscarse en la correlación de un significante con otro (Lacan, 2008b, pág. 469).

A pesar de las distinciones que se pueden situar entre las dos interconexiones del síntoma, es pertinente ubicar que en las dos conceptualizaciones la solidaridad entre el inconsciente y sus formaciones se mantiene vigente: inconsciente y síntoma, ambos, están estructurados de manera simbólica.

Será en el *Seminario 10: La angustia* (Lacan, 2006b), donde Lacan realizará una nueva formulación sobre el síntoma. El movimiento es causado por la formalización en su aparato conceptual de un objeto irreductible al significante: el objeto *a* (Lacan, 2006b, pág. 121). Una pérdida irreductible en el campo de lo simbólico que, a pesar de ser imposible de aprehender, tiene el valor de causar su funcionamiento.

En estas coordenadas, Lacan vuelve a referirse al síntoma, aunque esta vez lo hace alejado de la lógica del ciframiento-desciframiento con la que lo había caracterizado hasta entonces. A nivel del síntoma, plantea, hay un goce que se basta a sí mismo, que no llama a ninguna interpretación por parte del Otro, que no lo necesita:

“(…) lo que el análisis descubre en el síntoma es que el síntoma no es llamada al Otro, no es lo que muestra al Otro. El síntoma, en su naturaleza, es goce, no lo olviden, goce revestido, sin duda, untergelblieben Befriedigung, no los necesita a ustedes como el acting-out, se basta a sí mismo. Es del orden de lo que les enseñé a distinguir del deseo como goce, es decir, que este último se dirige hacia la Cosa, una vez atravesada la barrera del bien –referencia a mi Seminario sobre la ética-, o sea, del principio del placer, y por eso dicho goce puede traducirse por un Unlust (…)” (Lacan, 2006b, pág.139)

Si en las dos interconexiones precedentes, síntoma e inconsciente poseían una estructura simbólica; en la interconexión del registro simbólico con lo real la articulación del síntoma con el campo del Otro deja de ser original. A nivel del síntoma, dice, hay un goce que se basta a sí mismo, que no necesita del Otro para existir. En este sentido, la posibilidad de que el goce se traduzca en Unlust y engendre algún tipo de significación, será efecto de que el síntoma comience a arrojar sus cabos y se ponga a hablar con un analista.

Esta clave de lectura, que Lacan introduce en su *Seminario 10*, es reencontrada en una exposición que lleva a cabo en el contexto del VII Congreso de la E.F.P. En este escrito de 1974, titulado: *La tercera* (Lacan, 2010c), ofrece una nueva definición del síntoma:

“Llamo síntoma a lo que viene de lo real” (Lacan, 2010c, pág. 84)

Lo real, el registro del cual viene el síntoma, es formalizado como aquel que impide que las cosas anden bien (Lacan, 2010c, pág. 84). Lo real se pone en cruz al funcionamiento que el discurso del amo promueve, presentificando la falla inherente a toda articulación significativa.

La función del síntoma, en estas coordenadas, es presentificar el imposible que se desconoce a través de la articulación de un significante con otro: “(…) se despliega a sus anchas, aquella falta fundamental que califico de no relación sexual.” (Lacan, 2010c, pág. 104).

Ahora bien, si en noviembre de 1974 la función del síntoma es concebida como la irrupción de lo real en lo simbólico, un estorbo que se pone en cruz al sentido que la articulación significativa promueve; pocos meses después, en el contexto de su *Seminario 22: RSI (Lacan, 1974b)*, Lacan comienza a delimitar una segunda vertiente de la interconexión simbólica-real del síntoma. Una vertiente que refiere a lo que cumple el papel de soporte en la función del síntoma: el efecto de lo simbólico en lo real.

“(…) es como síntoma que nosotros identificamos lo que se produce en el campo de lo Real. (…) Si somos capaces de operar sobre el síntoma, es porque él es el efecto de lo simbólico en lo real” (Lacan, 1974b, pág. 12).

Es preciso advertir que, a partir de la conceptualización del síntoma en las coordenadas de la interconexión S-R, la solidaridad con el inconsciente se quiebra. En este momento de su enseñanza, Lacan entiende que el funcionamiento primario del inconsciente no es el de la articulación significativa, sino el de un enjambre de S1: sin articulación, ni sentido.

En estas coordenadas, la función del síntoma encuentra su soporte en un acontecimiento traumático: la extracción contingente de uno de esos S1 sueltos que constituyen al enjambre del inconsciente. Un S1 que es traducido en el cuerpo como una letra de goce, aislada de cualquier cualidad. Una marca irreductible que soporta la insistencia y repetición de la función del síntoma.

Del funcionamiento primario del inconsciente, en tanto enjambre de S1, Lacan distingue un segundo funcionamiento en los términos de una “(…) elucubración de saber sobre la lengua” (Lacan, 2019, pág. 167). Si la insistencia de la función del síntoma está soportada en una letra de goce, el inconsciente se vuelve una elucubración de saber que responde a su sin sentido.

Se asiste, así, a un pasaje de la formulación determinista del inconsciente, un saber oculto que opera expensas del sujeto; a una concepción que sitúa al inconsciente como un saber que responde a la escritura traumática de una letra aislada de cualidad. Una elucubración de saber que gravita en torno a una letra de goce singular que sustenta la función del síntoma.

“(…) función a entender cómo sería su formulación matemática: $f(x)$. ¿Qué es esta x ? Es lo que del inconsciente puede traducirse por una letra en tanto que solamente en la letra la identidad de sí a sí está aislada de toda cualidad. Del inconsciente, todo

Uno en tanto que sustenta el significante en lo cual el inconsciente consiste, todo Uno es susceptible de escribirse por una letra.” (Lacan, 1974a, pág. 38)

Las dos vertientes de la interconexión simbólica-real en torno a las cuales gravita la concepción del síntoma en los últimos años de la enseñanza de Lacan, son fundamentales para comprender la propuesta que realiza en su Seminario 24: el síntoma como partenaire sexual de la identificación terminal de un análisis.

Por un lado, la primera vertiente de la interconexión S-R da cuenta de la función del síntoma: la irrupción de un real en el funcionamiento simbólico. El síntoma da cuenta, aquí, del avance de lo real en lo simbólico; presentifica lo imposible de representar, la falla, lo que no hay a nivel de lo simbólico.

Por otro lado, la segunda vertiente de dicha interconexión atañe a lo que cumple el papel de sustento de la función del síntoma: un efecto de lo simbólico en lo real. Un S1 suelto que, en forma contingente, se tradujo en el cuerpo en calidad de letra. Una cifra de goce singular, aislada de cualidad, que en su irreductibilidad y opacidad al desarrollo dialéctico soporta la repetición y resistencia del síntoma.

Una letra de goce singular que soporta la función del síntoma y se ofrece como partenaire sexual para la identificación terminal de un análisis.

3.5. La identificación del síntoma

En su artículo “*El saber hacer con el síntoma*” (Mazzuca, 2016), Marcelo Mazzuca realiza una precisión que se decidió incorporar al capítulo. Allí, indica lo necesario de considerar, en un tiempo lógico anterior a la identificación con el sinthome, una operación que llama: “Identificación del síntoma” (Mazzuca, 2016).

Su planteo se apoya en una idea sencilla: antes de saber darse maña con el síntoma, tal como delimita la fórmula de Lacan, es necesario demarcar el síntoma con el que hay que arreglárselas (Mazzuca, 2016, pág. 493).

La referencia de la que se sirve el autor, para plantear su hipótesis, es un interrogante que se encuentra en la clase del *Seminario 24*:

“¿En qué consiste esa demarcación que es el análisis?” (Lacan, 2021a, pág. 10).

Lo que Mazzuca propone es entender a la identificación *del* síntoma como una operación de demarcación que toma por objeto a la letra de goce que soporta la función del síntoma. Un análisis consistiría, así, en la demarcación de una letra singular en la que se cifró el goce que soporta la fijeza de la función del síntoma.

Sin embargo, a pesar de que el síntoma, más precisamente la letra de goce que soporta su función, pueda ser lo que mejor se conoce; el conocimiento del que se trata es corto, no va muy lejos: “no tiene gran alcance (...)” (Lacan, 2021a, pág. 11).

Es decir, si bien la demarcación en la que consiste un análisis le permite a alguien escribir un borde con el que el terreno de lo imposible pierde su “virginidad” (Mazzuca, 2016), Lacan descarta la posibilidad de que un análisis pueda culminar en una identificación con el síntoma.

La identificación con el *sinthome* no es la identificación con la letra de goce que soporta la función del síntoma. Que la letra pueda demarcarse, incluso conocerse, no es equivalente a que sea posible hacerse uno con ella. Si ello fuese posible, la cara real de la interconexión simbólico-real del síntoma quedaría inhabilitada (Shejtman, 2013, pág. 340). Una suerte de arrasamiento de lo simbólico sobre lo real con el cual el imposible, que la función del síntoma presentifica, permanecería desconocido.

En este sentido, lo que es puesto en relieve es que, a nivel del síntoma, se trata de un “parasitismo” (Lacan, 2021a, pág. 11). Un cuerpo extraño, una alteridad sexuada con la cual la identificación es imposible, pero que un análisis podría alcanzar a demarcar.

La letra de goce demarcada da cuenta, por un lado, de lo que no hay a nivel de lo simbólico: lo imposible. Es un Uno para el cual la complementación a nivel de los elementos del enjambre es imposible: son S1 sueltos, sin relación. Por otro lado, la letra de goce da cuenta de una existencia en la que se soporta la función del síntoma. Un Uno que, en su irreductibilidad, da cuenta de lo que existe a nivel del síntoma: una escritura que testimonia los intereses singulares de goce de aquel que habla (Torres, 2001).

Un análisis consiste, entonces, en la demarcación de un núcleo imposible de curar; una cifra de goce que soporta las realizaciones sintomáticas de cada quién frente a lo imposible. Una operación que, lógicamente anterior a la identificación con el *sinthome*, Marcelo Mazzuca entiende como la identificación del síntoma: la demarcación de un borde singular frente a lo imposible.

En tanto la identificación con la letra de goce demarcada es imposible, esta investigación advierte que la cuestión que adquiere relevancia es el desenvolvimiento de cada uno con la alteridad del cuerpo sexuado.

3.6. El reverso de la identificación histérica.

En *Hablar con el propio síntoma* (Laurent, 2012), texto que sirvió de argumento del VI encuentro de la ENAPOL: “Hablar con el propio cuerpo”, Eric Laurent plantea que la identificación con el sinthome es el reverso de la identificación histérica:

(...) la identificación con el síntoma es el reverso de la identificación histérica. La identificación histérica, es identificarse con el síntoma del otro, por participación. A esa identificación, Lacan opone la identificación concebida a partir de los fenómenos del pase y del fin del análisis.” (Laurent, 2012)

Para dar cuenta de esta distinción, ubica como referencia de la identificación histérica a un síntoma que está presente en uno de los historiales freudianos: *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (Freud, 1985). Su pertinencia la brinda el hecho de que, a través del síntoma de la toz, Dora realiza una satisfacción de orden oral que está soportada en la identificación con un síntoma del padre.

Esta misma cuestión es retomada por Lacan en su conferencia: *Joyce el síntoma* (Lacan, 2012g), cuando sitúa que al síntoma histérico solo le interesa otro síntoma (Lacan, 2012g, pág. 595). Es el síntoma del Otro, y no el propio, el que soporta la identificación histérica. Una particularidad que puede advertirse tanto en la sensibilidad del síntoma respecto a la interpretación del Otro; como a nivel del rasgo en torno al cual se organiza, extraído de aquel al que le dirige su amor.

Así como se ubicó que la identificación con el sinthome no puede ser confundida con la identificación con el analista, es preciso situar que tampoco debería ser confundida con la identificación histérica. Mientras esta última está “(...) hecha de participación” (Lacan, 2021a, pág. 10), en tanto el síntoma en torno al cual se organiza es extraído del campo del Otro; el síntoma que oficia como partenaire de la identificación con el sinthome es aquel que un análisis permitió demarcar: la letra de goce, irreductible y singular, que soporta su función.

La identificación con el *sinthome* es situada, así, como el reverso de la identificación histérica. Una identificación que, a diferencia de la histérica, se organiza en torno a la alteridad del cuerpo propio. Una irreductible alteridad, demarcada en la experiencia de un análisis, que deviene el *partenaire sexué* de la identificación terminal de un análisis.

Se percibe, así, que lo que está sobre la mesa es una idea relativa al cuerpo. Para Lacan, en la medida en que la identificación con el síntoma es imposible, el cuerpo sexuado es algo que el *parlêtre* tiene, algo con lo que habla (Lacan, 2012g, pág. 592).

En este sentido, de lo que se trata es del eje en torno al cual radica la discontinuidad entre el animal y el hombre: el lazo con el cuerpo.

En el animal, la identificación al saber que dictamina el funcionamiento de su organismo no está afectada por el lenguaje. La palabra no introduce ningún trastorno en la identificación al saber que programa su comportamiento. En él, al menos aquel que no está domesticado, se realiza una relación específica con el objeto de la necesidad que se llama instinto. Una relación universal que está soportada en la identificación del animal con el saber que organiza su cuerpo.

El hombre, en cambio, tiene una relación con ese saber. La afectación del ser hablante por la palabra imposibilita su identificación con ese saber que podría organizar su comportamiento en forma universal. La incidencia del lenguaje vuelve imposible la identificación del ser hablante con su cuerpo, obstaculizando cualquier concepción del ser hablante en términos instintivos.

A partir de dicha imposibilidad, surge lo posible: un lazo con el cuerpo que se tiene, la posibilidad de un desenvolvimiento singular con esa alteridad con la cual la identificación es imposible. Por ello, el cuerpo que le interesa al psicoanalista no es el orgánico, el cuerpo de la medicina; sino aquel que la experiencia de un análisis permite demarcar: la letra de goce que soporta la función del síntoma.

Un borde singular en el que se cifra la respuesta de cada uno al encuentro traumático de la palabra con el cuerpo. Un cuerpo que, a partir de dicho encuentro, deviene una alteridad sexual que se porta y con la cual el *parlêtre* tiene que saber desenvolverse. En tanto que, para Lacan, “Tener, es poder hacer algo con” (Lacan, 2012g, pág. 592).

3.7. El *sinthome* del fin de un análisis

“Así pues, ¿qué quiere decir *conocer*? *Conocer* el propio síntoma significa saber hacer con, saber desenmarañar, manipularlo. Lo que el hombre sabe hacer con su imagen corresponde a esto bajo cierta perspectiva y permite imaginar el modo en que nos arreglamos con el síntoma. Aquí está en juego el narcisismo secundario, que es el narcisismo radical; en este caso, el narcisismo llamado “primario” está excluido. (Lacan, 2021a, pág. 11)

Para esclarecer su propuesta, Lacan se sirve de los dos narcisismos que distingue la teoría freudiana: el narcisismo primario y el secundario. Si bien no se abordará en profundidad sus definiciones, debido a que no es el tema que nuclea esta investigación, se puede solidarizar al narcisismo primario “excluido” con la imposible identificación del parlêtre con el cuerpo que porta. Por ello, lo que adquiere relieve en esta propuesta, el eje central en torno al cual gravita el fin de un análisis, atañe a algo que el narcisismo secundario permitiría imaginar: el desenvolvimiento que realiza cada parlêtre con aquello a lo que le es imposible identificarse, es decir, el síntoma.

“Saber darse maña con el propio síntoma, este es el final del análisis.” (Lacan, 2021a, pág. 11)

El fin de un análisis es conceptualizado, así, a partir del desenvolvimiento de cada uno con la alteridad del cuerpo sexuado que porta. Por ello, Lacan se va a servir de un concepto cuya formalización teórica fue alcanzada un año antes, en su *Seminario 23: El *sinthome** (Lacan, 2006). Se trata del “*sinthome*”: una reparación que se efectúa en el punto mismo donde se produce la falla en el anudamiento (Lacan, 2006, pág. 92).

“Lo que sostengo con el *sinthome* está marcado aquí por un redondel de cuerda, que considero que se produce en el lugar mismo donde, digamos, yerra el trazado del nudo.” (Lacan, 2006, pág. 95)

Pues bien, si del lado de la función del síntoma se discernió la irrupción de un real que da cuenta de lo que no anda en la articulación simbólica; del lado del *sinthome* se ubica una reparación que se efectúa en el punto de falla presentificado por el síntoma.

En este sentido, el *sinthome* es la respuesta que se operativiza frente a la irrupción de lo imposible: la identificación del *parlêtre* con el cuerpo que porta.

El *sinthome*, a diferencia del síntoma, no pertenece a ningún registro en específico: no es real, no es simbólico, no es imaginario. El *sinthome* es el saber hacer que cada uno efectúa frente a la falla constitutiva de la “realidad del inconsciente” (Lacan, 2006, pág. 136). Es una reparación que se instala en el punto donde asoma la falla; “una consistencia” (Lacan, 2006, pág. 25) a través de la cual los registros pueden mantenerse juntos.

Si se continua este argumento, se deduce otra de las precisiones que Fabián Shejtman señala en su tesis de doctorado: el *sinthome* no es un patrimonio del analizado (Shejtman, 2013, pág. 339). Es decir, no hay que llegar al fin de un análisis para que se operativice una reparación que responda al punto de falla del anudamiento de los registros.

Para aproximarnos más a lo que este capítulo tiene por objetivo, se precisará las cualidades específicas del *sinthome* del fin de un análisis respecto de sus otros estatutos:

En primer lugar, se puede advertir que el saber hacer que comporta el “*sinthome* normal” (Shejtman, 2013, pág. 317), propio de una neurosis no desencadenada, está soportado en coordenadas solidarias a las del fantasma: una respuesta anticipada y estereotipada que, en tanto fija al sujeto en sus relaciones con el Otro, está al servicio del desconocimiento de la falla que presentifica lo real.

En este sentido, dicho *sinthome* es una reparación que se caracteriza por privilegiar, en su tratamiento de lo imposible, al Otro como *partenaire*. A diferencia de la identificación con el *sinthome*, para la cual el síntoma cumple el papel de *partenaire* sexual; a nivel del *sinthome* de una neurosis no desencadenada, su soporte es una respuesta estereotipada frente a una falla que irrumpe en el campo del Otro. Una trama fija, en la que se sostiene el lazo del sujeto con el Otro, que permite que la falla que lo real presentifica se mantenga desconocida (Shejtman, 2013, pág. 321).

Ahora bien, del *sinthome* que encuentra su soporte en el fantasma, se diferencia otro estatuto: aquel que se soporta en la transferencia con el analista. Cuando la primera solución *sinthomatica* se resquebraja por alguna circunstancia de la vida, cuando la realidad que el fantasma soporta muestra su cuerda ficcional; la angustia que el encuentro con la falla desprende puede llevar a alguien a la consulta de un analista.

Es la irrupción de lo real, que hasta entonces estaba velado por la respuesta estereotipada del fantasma, una de las vías que pueden habilitar un margen para que el síntoma se dirija hacia un analista. En estas coordenadas, también, el lazo transferencial puede volverse una reparación frente a la falla que asomó para aquel que consulta. Es decir, una solución que toma al analista como partenaire: un “sinthomanalista” (Shejtman, 2013, pág. 328)

Se trata de una cuestión que Freud planteó en su texto: *Recordar, repetir y reelaborar* (Freud, 1986b); en donde situó que es necesario, para su tratamiento analítico, que el síntoma pueda reorganizarse alrededor de la figura del analista.

A través de la relación transferencial, el síntoma adquiere un significado que lo vuelve asequible a su intervención (Freud, 1986b, pág. 156). El analista, en tanto se presta a completar al síntoma, comienza a formar parte de él tanto a nivel de su significación –a través de la suposición de saber que se produce a partir de su intervención - como de la satisfacción pulsional a la que consiste a través de su presencia (Shejtman, 2013, pág. 338).

De esta manera, el lazo transferencial se presenta como posible soporte de una respuesta frente a la falla que presentificó lo real. Es el analista, tal como lo situó Lacan en su *Seminario 23*, el que también puede funcionar como un sinthome para el analizante (Lacan, 2006, pág. 133).

“En contraposición, debe plantearse a la identificación con el sinthome del analizado como una que supone el atravesamiento del fantasma, correlativamente, ligada con la caída de la suposición de saber y no menos advertida de la inconsistencia del goce del Otro: por esa vía podría introducirse eventualmente el orden del sinthome no delirante (...)” (Shejtman, 2013, pág. 338).

El sinthome del fin de un análisis es un saber hacer que no está soportado en la trama estereotipante y repetitiva del fantasma; ni en la consistencia, a nivel de la significación como de la satisfacción, que brinda el lazo transferencial con el analista. Se trata de una solución que no es del tipo delirante en tanto que, a pesar de que se operativiza en el punto de falla que afecta al anudamiento, no está al servicio de desconocerlo mediante un entramado ficcional y repetitivo.

En la medida en que se trata de una solución que está liberada de las restricciones fantasmáticas con las que el parlêtre consiste a un Otro a medida de su

desconocimiento, el *sinthome* del analizado es un saber hacer que está sostenido por una relación ética hacia lo real.

Un saber-hacer-ahí en el que la partícula “ahí” da cuenta del enlazamiento ético de la solución a lo contingente y a lo imposible de anticipar. En palabras de Shejtman: “la marca de la apertura a la contingencia que porta aquel que ha atravesado el fantasma.” (Shejtman, 2013, pág. 339)

En consecuencia, puede decirse que la orientación ética del *sinthome* de un fin de análisis hacia lo real es brindada por el síntoma. Un *partenaire sexual*, cuya demarcación fue efectuada en el propio análisis, que presentifica lo real bajo sus dos modalidades lógicas: lo imposible y lo contingente.

En referencia a la primera: lo real como imposible; se trata de lo que se situó en el texto *La tercera* como la función del síntoma. La función del síntoma, dice allí, es la irrupción de una anomalía en el encadenamiento simbólico. Es la vertiente de la interconexión S-R del síntoma, por la cual da cuenta de un avance de lo real sobre el registro simbólico, a través de la presentificación de lo imposible (Lacan, 2010c, pág. 84).

En referencia a la segunda modalidad lógica: lo real como contingente; se trata de lo que se ubicó como el soporte de la función del síntoma. Una letra singular de goce que presentifica la imposibilidad de hacerse uno con el cuerpo. Un S1, extraído contingentemente del inconsciente-enjambre, que es traducido en el cuerpo en calidad de letra: una alteridad sexual e irreductible que el *parlêtre* porta y con la cual tiene que arreglárselas para vivir (Miller, 1998, pág. 73).

3.8. La identificación con el *sinthome*

“¿Con qué nos identificamos, pues, al final del análisis?” (Lacan, 2021a, pág. 10)

Si la identificación es lo que se cristaliza en una identidad (Lacan, 2021a, pág. 10), se puede decir que la pregunta intenta determinar cuál es la identificación en la que se soporta la identidad al fin del análisis.

Hasta aquí, el desarrollo realizado permitió descartar que dicha identificación tome por partenaire al analista, tal como propuso Balint. Si fuera el caso, el analista quedaría ubicado en una posición de amo respecto a la demanda que se le dirige, erigiéndose en la referencia que garantiza una medida común para su satisfacción.

Tampoco podría organizarse en torno al síntoma del Otro, tal como lo hace la identificación histérica. La identificación terminal de un análisis no es de esencia participativa, sino que toma como partenaire al propio síntoma. Una alteridad irreductible, demarcada en la experiencia de un análisis, con la cual la identificación es imposible. Un cuerpo sexuado que el parlêtre porta y con el cual tiene que desenvolverse.

En el Seminario 24, Lacan propone que al fin de un análisis la identidad está soportada en la identificación con el sinthome. Una solución que empalma con la letra de goce que soporta de la función del síntoma y que da cuenta del desenvolvimiento de cada parlêtre respecto al cuerpo sexuado que porta.

Tal como lo sitúa Jacques-Alain Miller en su curso titulado *Sutilezas analíticas* (Miller, 2012):

“(…) el *parlêtre* no es su cuerpo. Tiene su cuerpo como un bien, una propiedad, un objeto que se trata bien o mal, que se desdenna, se abandona o se arregla. Los cuidados prodigados o no a ese cuerpo denotan el valor inconsciente que se le atribuye” (Miller, 2012, pág. 284).

Si se sigue lo planteado, la identificación del fin de un análisis gravita en torno a un nuevo valor inconsciente del cuerpo que se porta; una “nueva alianza” (Miller, 2014, pág. 232) con el partenaire que un análisis permitió demarcar. Se tratará, así, de una identidad que no estará referida a una esencia que responda por el ser; sino a un desenvolvimiento que responde a la alteridad del cuerpo sexuado: el síntoma.

“Saber darse maña con el propio síntoma, ese es el final del análisis” (Lacan, 2021a, pág. 11).

Respecto a las cualidades de dicho desenvolvimiento, esta investigación pudo situar las siguientes cualidades:

En primer lugar, se ha destacado que se trata de un desenvolvimiento singular respecto a la alteridad del cuerpo sexuado. En la medida en que la identificación tiene

por partenaire la singularidad de la letra de goce que soporta la función del síntoma, el sinthome deviene una solución cuyo valor es inconmensurable. Un desenvolvimiento singular que no podría ser replicable, en tanto responde a la singularidad del cuerpo sexuado demarcado. Tal como lo propone en la clase que se trabajó a lo largo del capítulo: es el “nombre propio” (Lacan, 2021a, pág. 11) la consistencia que anuda a lo simbólico, lo real y lo imaginario.

En segundo lugar, al operar por fuera de las coordenadas estereotipantes del fantasma, el sinthome del fin de un análisis es una solución que no desconoce las dos modalidades lógicas de lo real que el síntoma presentifica. En este sentido, se trata de un desenvolvimiento ético frente a lo imposible de la identificación con el cuerpo sexuado y a lo contingente de la letra de goce singular que soporta la función del síntoma.

3.9. Conclusiones del capítulo

El capítulo comenzó con interrogantes que se desprendió de las conclusiones de los primeros dos desarrollos: ¿Cuál puede ser el sustento singular con el que un analista operativiza su deseo? ¿Qué le puede brindar al ejercicio de la función analítica un soporte y una orientación hacia lo cual tiende?

Se sabía, al comenzar el abordaje, que un sustento Ideal induce en la función efectos ritualizantes. Que el Ideal soporta un ejercicio estereotipado de la función y degrada su operatoria al plano de la identificación narcisista. Es decir, a un tratamiento centrado en la alianza entre el yo del paciente y el yo del analista.

Al mismo tiempo, esta investigación contaba con dos orientaciones que se desprendieron del desarrollo realizado:

En primer lugar, una conclusión del primer capítulo: aquello que cumple el papel de sustento a nivel de la función analítica es algo que el analista extrajo de su propio análisis. Las delimitaciones realizadas, en la enseñanza de Lacan, permitieron situar como referencias a: una cicatriz, una certeza, un desierto, una marca no-cualquiera, que su propio análisis le permitió demarcar y que cumple algún papel a nivel de su deseo.

A partir de ello, se determinó que sería en el propio análisis del analista donde podría ubicarse lo que le brinda soporte y orientación a la función. Una orientación que terminó de cobrar peso a partir del encuentro con la propuesta que Jacques-Alain Miller realiza en su curso: *El lugar y el lazo*; donde plantea que el respeto que el psicoanalista tiene por el psicoanálisis, a partir de las consecuencias que extrajo de él, condiciona el lazo transferencial. Es decir, junto al partenaire-paciente, es necesario pensar el papel de partenaire que cumplen, a nivel de su función, las consecuencias que el analista extrajo de su propio análisis, en tanto en ellas se soporta el respeto que dicho analista tiene por el psicoanálisis.

En segundo lugar, a partir del desarrollo realizado en el segundo capítulo, se desprendió que: la garantía de una función se encuentra en que la versión que se realice de ella sea propia de aquel que la ejerce. Cualquiera puede ejercer la función, sí, pero solo en la medida en que la versión que realice sea no-cualquiera (Lacan, 1974a, pág. 39). Para ello, para ofrecer un modelo propio, la función requiere de estar encarnada por un sustento que dé cuenta de la singularidad de aquel que la ejerce.

Una cuestión solidaria al planteo que realiza Lacan en la *Nota italiana*, donde se refiere a que la condición de desecho, de la cual el analista debe llevar la marca en sus aventuras, es una marca no-cualquiera (Lacan 2012b, pág. 329).

A partir de estas coordenadas, se decidió abordar la última definición que Lacan ofreció respecto al fin de un análisis: la identificación con el sinthome. Se estudió las diferentes aristas de la fórmula del *Seminario 24: L'insu que saît de l'ûne-bévue s'aile à l'oeuvre* (Lacan, 2021a); con el objeto de dar cuenta si, efectivamente, el sinthome del analista podría cumplir el papel de sustento en el ejercicio de su función.

En la clase del 16 de noviembre de 1976, Lacan se refiere a la identificación como lo que se cristaliza en una identidad y propone que la identificación al final de un análisis se efectúa respecto al sinthome. Una identidad que no refiere a una esencia, sino a un desenvolvimiento singular y ético frente a la alteridad sexual que un análisis permitió demarcar: el síntoma.

Por un lado, se situó que el sinthome es una consistencia cuya extensión permite que los tres registros permanezcan anudados. Una solución que, en tanto empalma con la letra de goce que soporta la función del síntoma de cada uno, es del orden de lo singular: un “nombre propio”. En esta nueva alianza está implicado un

desenvolvimiento singular, un estilo inconmensurable, que se efectúa como respuesta a la singularidad de la letra de goce demarcada en un análisis.

Por otro lado, el desarrollo permitió situar que el sinthome del fin de un análisis no solo implica un desenvolvimiento singular respecto a la alteridad del cuerpo sexuado; sino que también es de carácter ético, en tanto no desconoce las dos modalidades lógicas de lo real que su partenaire presentifica: lo imposible y lo contingente. A diferencia del sinthome que encuentra su soporte en el fantasma, un desenvolvimiento estereotipado que está al servicio de velar lo real; el sinthome de un fin de análisis da cuenta de una posición ética frente a lo imposible y a lo contingente.

A partir de estos argumentos, esta tesis considera que el sinthome del analista, la consecuencia final que su propio análisis le permitió extraer, puede cumplir el papel de sustento de su ejercicio de la función analítica.

Un sustento sinthomático que, a partir de las coordenadas que su etimología brinda, incide en dos vertientes de la función:

- El sustento sinthomático ofrece un soporte singular a la realización que cada analista hace de la función. Permitiéndole a cada analista brindar una versión inédita de la función analítica, una versión que le es propia.
- El sustento sinthomático le brinda a la función una orientación hacia lo cual tiende. Solo en la medida en que el desenvolvimiento que soporta la realización de la función no lo desconozca, es posible que la función puede contar una orientación ética hacia lo real.

Con esta clave de lectura, se abordará en el siguiente capítulo los testimonios de pase de diversos analistas del Campo freudiano. Una lectura que tendrá como objetivo la delimitación del papel de sustento del sinthome del analista a nivel de su deseo, así como las diversas consecuencias que introduce dicha singularidad en la realización que cada analista efectúa.

Capítulo 4. Los testimonios de pase: una recopilación de aberraciones.

“Instituí provisoriamente esa tentativa de recopilación para saber por qué alguien que, por su didáctico, sabe qué es un psicoanálisis, pueda aun querer ser analista.” (Lacan, 2012f, pág. 190)

4.1. Introducción al capítulo

El capítulo que comienza se desprende de la serie que conforman los primeros tres, en tanto aquí no se va a dar cuenta de un desarrollo teórico.

En lugar de un abordaje conceptual, el cuarto capítulo tendrá por objeto dar cuenta de la hipótesis de trabajo que nuclea esta investigación. Es decir, se intentará comprobar, a través de los recursos escogidos, si son factibles las respuestas que surgieron a los interrogantes que promovieron el trabajo de tesis:

¿Es el sinthome el sustento a partir del cual un analista se autoriza al ejercicio de su función? ¿Es el sinthome del analista el soporte que le permite brindar una versión propia de la función analítica? ¿Es el sinthome del analista, a partir de su posicionamiento ético frente a lo real, el que le brinda una orientación a su deseo?

Para dar cuenta de la hipótesis de trabajo se escogió trabajar con testimonios de pase publicados por diversos analistas, pertenecientes a diferentes Escuelas del Campo Freudiano. El método escogido fue situar, en cada testimonio, tanto el síntoma que el análisis le permitió cernir, como la solución sinthomática de la que se sirvió para dar fin a la experiencia.

Este ordenamiento no solo permitirá dar cuenta de la presencia del sinthome del analista en la función que ejerce, sino también permitirá discernir con mejor precisión el papel que cumple el sustento sinthomático en el deseo del analista: el soporte de la versión singular que cada analista realiza de su función; así como lo que le brinda a su ejercicio una orientación ética hacia lo real.

4.2. Lo que enseña un testimonio de pase.

El dispositivo del pase es un invento que Jacques Lacan formalizó en su escrito: *Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela* (Lacan, 2012a). Consiste, en forma resumida, en lo siguiente:

El pasante, aquel que considera finalizada su propia experiencia de análisis, presenta bajo elección su propio caso frente a dos pasadores asignados por la Escuela. Los pasadores presentarán el caso escuchado frente a un cartel del pase, el cual será el responsable de decidir si, en lo transmitido, se efectuó un fin de análisis o no. En caso de que el cartel lo considere afirmativo, aquel que se ofreció al dispositivo será nominado AE (Analista de Escuela) y asumirá esa función durante un ciclo de tres años en el que presentará su testimonio frente a la comunidad analítica.

En la propuesta del pase se advierte, en primer lugar, una orientación política alrededor de la cual pretende hacer funcionar la Escuela: el psicoanalista es el responsable del progreso de la Escuela (Lacan, 2012a, pág. 261). En este sentido, se trata de una ruptura con las formas de organización jerárquica que llevaban adelante las diferentes Sociedades analíticas hasta el momento.

Para Lacan, el discurso analítico es el verdadero eje en torno al cual debería gravitar el funcionamiento de la Escuela. Por ello, le otorga al AE la responsabilidad de interpretarla, volviéndolo lector de sus movimientos tanto en lo que compete al psicoanálisis en extensión, como en intención (Lacan, 2012a, pág. 264).

A su vez, los testimonios de pase son el principal instrumento que tienen los psicoanalistas para pensar y formalizar el fin de un análisis: se espera del AE una transmisión de las consecuencias que extrajo de su propia experiencia. Si se toma como referencia la formulación que se trabajó en el tercer capítulo: cómo hicieron de su síntoma el partenaire sexual de su singular solución sinthomática.

En este sentido, en el testimonio se debería apreciar la forma singular con la que se desenvuelven con la letra de goce demarcada. Es decir, cómo operó el “empalme” (Lacan, 2006, pág. 70) entre el sinthome y el goce que soporta la función del síntoma.

Sin embargo, el rasgo que más se destaca para el trabajo de tesis y que fundamentó la elección de los testimonios de pase como vía para dar cuenta de la

hipótesis de la investigación, es el siguiente: en el testimonio se transmite cómo operó el pasaje de psicoanalizante a psicoanalista para cada AE.

Tal como ubica Lacan en la clase “El fracaso del pase”, de su Seminario 19: *...o peor* (Lacan, 2012f):

“(...) es por completo a-normal –objeto a-normal- que alguien que hizo un psicoanálisis quiera ser psicoanalista. Para ello en verdad hace falta una suerte de aberración que valía la pena abrir a todo lo que pudiera recogerse como testimonios. Instituí provisoriamente esa tentativa de recopilación para saber por qué alguien que, por su didáctico, sabe qué es un psicoanálisis, pueda aun querer ser analista.” (Lacan, 2012f, pág. 190)

La propuesta del pase barre, así, con cualquier concepción de la formación analítica que gravite en torno a una formación profesional, experiencia práctica o adquisición de un saber admitido. La formación de un analista, para Lacan, no puede situarse en esas coordenadas: no hay ningún Ideal en el que puede autorizarse un analista al ejercicio de su función (Lacan, 2010b, pág. 238).

Ahora bien, lo que se advierte en el Seminario 19, es que tampoco habría una continuidad lineal normal entre el fin de un análisis y la producción de un analista. Que alguien sepa qué es un psicoanálisis, por haber realizado la experiencia, no explica la posibilidad de que quiera asumir la función analítica.

Si bien la invención del pase refleja que, para Lacan, es en el propio análisis del analista donde debe ser situado lo que compete a su formación; tal como sitúa en la *Nota italiana*: “Puede haber análisis, pero analista ninguna probabilidad” (Lacan, 2012b, pág. 329). Es decir, si bien un análisis es necesario en lo que refiere a la existencia de un analista, no se lo puede concebir como una condición suficiente.

Por ello, lo que es puesto en relieve es que, en cuanto al ejercicio de la función analítica, hace falta una especie de “aberración” que los testimonios de pase estarían abiertos a recoger.

En coordenadas similares, en un texto de 1994 titulado: *Consideraciones sobre los fundamentos neuróticos del deseo del analista* (Miller, 2011b); Jacques-Alain Miller propone que en el testimonio de pase es en donde se debería advertir no solo la

emergencia del deseo del analista; sino, también, el rasgo de excepción a partir del cual la función es asumida por cada AE (Miller, 2011).

“El deseo del analista es percibido con frecuencia, o al menos asumido por el sujeto a partir de una posición de excepcionalidad, a partir de un rasgo de excepción. (...) En cada uno, se encuentra marcado el rasgo de excepción: el único, el preferido, el deshonorado, el excluido, el extraordinario, tanto en su versión exaltada como en su versión paria.” (Miller, 2011b)

La idea que transmite Miller y que recupera la propuesta de Lacan, es que un testimonio de pase no solo debería dar cuenta del surgimiento del deseo del analista a partir del tratamiento de la patología neurótica; sino que, además, debería enseñarnos respecto a cómo esa función es asumida por aquel que la ejerce. Es decir, la manera en que el rasgo de excepción, la aberración que cada analista demarcó en su propio análisis, se articula a la función que realiza.

Si se sigue la orientación que planteó la tesis hasta el momento, es posible solidarizar al rasgo de excepción a partir del cual se asume el deseo del analista, con el *sinthome* que cada analista efectuó al fin de su propio análisis: un desenvolvimiento singular y ético, en el que soporta la identidad al final de la experiencia, que responde a la demarcación de una letra de goce irreductible.

Siguiendo la propuesta de Lacan respecto a que un testimonio de pase estaría abierto a recoger la aberración que llevó a alguien, que hizo un análisis, a querer volverse un analista; se da comienzo a un abordaje de diversos testimonios de pase, dedicado a ubicar el papel de sustento que cumple el *sinthome* del analista en el ejercicio de su función.

4.3. El *sinthome* en el corazón del deseo del analista.

Los primeros testimonios de pase que se abordarán pertenecen a Graciela Brodsky, AE nominada por la Escuela de Orientación Lacaniana (EOL) entre los años 2012 y 2015. Fue el encuentro con sus textos, lo que animó el interrogante que se propone responder a lo largo de esta investigación: ¿Qué papel ocupa el *sinthome* del propio analista en la función que realiza?

En su testimonio titulado *La estructura clínica* (Brodsky, 2013), Brodsky comparte una lectura sobre lo que considera como las dos vertientes que sostuvieron su solución neurótica:

Por un lado, una vertiente ontológica soportada en un significante privilegiado. Un ser neurótico organizado en torno al significante amo: “la única”. Por el otro, un soporte libidinal que atañe al objeto de la pulsión que se satisface, en forma desconocida, a través de dicha solución: “ser la voz que se hace oír y vivifica al Otro”. (Brodsky, 2013, pág. 103).

Será en su testimonio titulado: *Partenaires* (Brodsky, 2012), donde la autora se refiere a dos versiones de su novela familiar (Brodsky, 2012, pág. 60).

La primera versión se ordena alrededor de la sordera de su madre. A partir de una disminución considerable de su audición, aparecida al poco tiempo de casarse, la madre recibe una advertencia por parte de los médicos: la afección podría acrecentarse a través del trabajo de parto. Sin embargo, a pesar de haber renunciado a esa posibilidad por el temor a tener un hijo al que no pudiese escuchar, diez años después los padres reciben la noticia de un embarazo que les era completamente inesperado.

“Entonces, no solo traje un pan bajo el brazo sino el deber temprano de hacerme oír. Y lo conseguí, porque por alguna razón mi voz era la única que mi madre escuchaba con claridad, y yo me convertí muy tempranamente en la traductora de las palabras que le dirigían.” (Brodsky, 2014)

De esta primera versión de la novela familiar, en la que el significante amo “única” se enlaza a la exigencia pulsional de hacerse oír, se distingue una segunda versión con la que da cuenta de su lugar en el deseo del Otro en los términos del falo: “prueba y garantía de la potencia paterna” (Brodsky, 2012, pág. 60).

Relata una escena de su adolescencia en la que su madre la alerta respecto a la impotencia de los hombres. La estabilidad a la que su nacimiento inesperado había impactado estaba sostenida por la amenaza materna de delatar, con sus más allegados, la flojera del deseo sexual del padre. Su llegada al mundo se convirtió, de esta manera, en prueba de la potencia paterna; impactando en la consistencia de la amenaza presente en el discurso materno, haciéndole perder su eficacia (Brodsky, 2012, pág. 60).

La potencia del falo también es situada por la autora en la frase fantasmática que delimita a lo largo de sus diversos testimonios: ser la única que puede hacerse oír en la sordera del Otro. Un fantasma que, para servir de soporte a una identidad, requiere de un rasgo fijo y estereotipado en el partenaire: un Otro sordo, vacío de vivacidad, con el cual volverse garantía de su potencia. Es decir, un otro que puede llegar a vivificar o entusiasmar a partir de la voz.

Es respecto a estas dos vertientes de su neurosis que Graciela Brodsky ordena y formaliza el fin de su propio análisis. Por un lado, su encuentro con la traducción imposible. Una palabra ausente (Brodsky, 2012, pág. 61) que da cuenta de lo incolmable del agujero en lo simbólico: lo intraducible. Por otro lado, la delimitación de una satisfacción pulsional irreductible que se desprende de la estereotipia que el fantasma fija: la voz.

En el marco de la presente investigación, probablemente sea el testimonio titulado *El brote amargo del bambú* (Brodsky, 2014) el que más interés despertó. En tanto en él, la AE da cuenta de la articulación entre lo irreductible de la satisfacción pulsional y el deseo del analista.

El fin de su análisis implicó una ruptura del lazo que anudaba a la satisfacción pulsional con el fantasma, dando lugar a una “nueva alianza” (Miller, 2014, pág. 232) con el goce que soportaba la función del síntoma. Bajo esta orientación, la idea que propone la autora es que esa nueva alianza con lo irreductible del síntoma, lo más singular que su análisis le permitió delimitar, no solo está presente en sus lazos cotidianos, sino que también se encuentra presente a nivel de la función analítica.

La propuesta que sostiene es la siguiente: el sinthome podría tener como destino “el corazón del paradójico deseo del analista” (Brodsky, 2014). La satisfacción de hacerse oír, liberada de la fijeza del fantasma, podría ponerse en ejercicio en la función analítica. Es decir, se refiere a la posibilidad de un empalme a través del cual el sinthome del analista se enlaza, en tanto destino, con la operativización del deseo del analista.

“Liberada finalmente del axioma de la sordera del mundo, y de la exigencia pulsional de hacerme oír, la práctica analítica perdió sin duda el carácter de trabajo forzado en el que muchas veces me obstinaba hasta obtener la palabra justa. Sin embargo, disfruto traduciendo, y dando clase, y hablándoles a ustedes [¿acaso el pase

mismo no es una manera nueva de poner en ejercicio la satisfacción de hacerme oír?]. Y disfruto prestando la voz y el silencio para que otros, que se analizan conmigo, puedan oírse. En mi caso, es el destino de la pulsión una vez atravesado el fantasma fundamental. Eso no se abandona, pero liberada de sus usos fijos, la pulsión se anuda de otra manera.” (Brodsky, 2014)

Tal como se señaló en la introducción del capítulo, el abordaje de los testimonios de pase está organizado en torno a un eje: el papel de sustento que el *sinthome* del analista cumple a nivel de su deseo. A partir de esta orientación, el testimonio de Graciela Brodsky tiene el valor de situar no solo la presencia del *sinthome* a nivel de la función que realiza, sino discernir los diferentes efectos que dicha presencia introduce en el deseo del analista.

En primer lugar, se aprecia en ellos que cuando la función analítica tiene como punto de apoyo un Ideal, la práctica que efectúa el analista es de carácter forzado, marcado por la estereotipia de su propio fantasma. En su caso: el obstinamiento en conseguir la palabra justa que traduzca lo que el Otro no puede oír.

Un forzamiento que no solo es posible situar en la práctica que sostiene un analista, sino que se refleja en la estandarización fantasmática del *partenaire* bajo la fórmula de: un Otro que no puede oír. Orientación que degrada la práctica a la búsqueda ritualizada de una supuesta palabra justa que pueda animar a alguien que, por sí mismo, no puede.

A diferencia del Ideal, el *sinthome* es un sustento en el que está en juego la singularidad del analista; es su propio desenvolvimiento respecto a la alteridad del cuerpo sexuado. En calidad de sustento del deseo del analista, ofrece una oportunidad para el ejercicio de la función distanciado del Ideal y del trabajo forzado del fantasma. El *sinthome* se presta como soporte de una realización singular de la función analítica. En el caso de Brodsky: una voz o un silencio que permite que otros puedan oírse.

De esta manera, el *sinthome* deviene el sustento de un estilo, de la versión propia que cada analista realiza de la función. Una versión del deseo del analista que le es propia a ese AE en singular, en tanto encuentra el soporte de su realización en la singularidad de su *sinthome*.

A su vez, es posible delimitar en dichos testimonios la presencia de otro efecto que el sustento sinthomático introduce en el deseo del analista:

“¿Por qué no decir entonces que más allá del deseo del analista, la práctica actual del pase nos lleva a pensar que, para no extraviarse respecto de lo real, la mejor brújula de la dirección de la cura es el síntoma del analista? (...) ... el analista no analiza sin su síntoma. Un síntoma del que conoce el paño, con el que sabe hacer, un síntoma que ha sido reconducido a la contingencia de su causa, a la insensatez de su repetición, y que se vuelve entonces instrumento, herramienta, utensilio, lazo ...”
(Brodsky, 2014)

Es decir, además de ser soporte de la versión que cada analista efectúa de la función, el testimonio de Graciela Brodsky enseña que el sinthome también puede operativizarse como una “brújula” para no extraviarse respecto a lo real.

En la medida en que se trata de un desenvolvimiento ético que no desconoce las dos vertientes de lo real que su partenaire sexual presentifica, el sinthome del analista puede orientar a la función hacia lo cual se dirige: lo real.

4.4. Un modo de presencia inaudita del deseo del analista

El capítulo continúa con los testimonios presentados por la psicoanalista Anne Lysy, nominada AE por la *École de la Cause Freudienne* (ECF) entre los años 2010 y 2013. En primer lugar, se abordará el testimonio titulado: *¡Hay que hacerlo!* (Lysy, 2010); en tanto en él despliega no solo aquello que la impulsó a presentarse en el dispositivo del pase, sino lo que su propia experiencia de análisis le permitió demarcar como síntoma:

Un “desborde de energía” que se había vuelto fuente de sufrimiento y convertido en soporte no solo de su queja, en tanto podía hacerla correr hasta el agotamiento, sino de una satisfacción que animó la vida de la analizante desde sus más tempranos recuerdos. Un empuje sentido en el cuerpo que fue delimitado y reconocido en la experiencia de su análisis como un síntoma.

En dicho testimonio, la AE da cuenta de los significantes privilegiados que nombraron a esa energía sentida en el cuerpo, articulándola en las coordenadas de una novela familiar: “La niña vivaz”, “la pequeña”, la que “se movía sin cesar”, “la mala”. Fue en torno a ellos que se organizó la trama en la que desarrolló su relación con los partenaires.

Por ejemplo, en referencia a la relación con su hermano mellizo, Anne Lysy señala un “más” que se presentó en detrimento de aquel desde sus recuerdos más infantiles. Un exceso presente tanto en lo desmedido de la demanda de amor que le era dirigida a su madre, como en la significación que adquirió la diferencia entre los varones y las niñas: “las niñas valen más” (Lysy, 2010, pág. 103).

Se encontraron dos referencias que dan cuenta de la respuesta fantasmática que sostuvo su novela familiar:

Por un lado, la forma en que el impulso de vida del cuerpo se ligó al campo del Otro, convirtiendo al partenaire en una fuente vital de la cual no podía desprenderse: “¡Soy como un globo suspendido al fuelle del Otro, que se infla y se desinfla!” (Lysy, 2010, pág. 104).

Por otro lado, sitúa el lazo transferencial que la unía a su analista en los términos de un sostén: “Es como si hubiese construido toda mi vida alrededor suyo, como una planta de una estaca, y ahora, de golpe, se retira la estaca -*pfffuittt*-” (Lysy, 2010, pág. 105).

El relato de esta última fórmula le permitió advertir que la imagen del hombre le había servido como sostén a lo largo de su vida, estableciendo una serie en la que habían ingresado: el partenaire amoroso, el padre, el hermano y el analista. Alrededor de ellos se había embrollado para sostener los lazos que componían su vida, volviéndola dependiente tanto de su aprobación, como de su rechazo. Es decir, podía responderse sobre su ser apoyada en lo que ellos decían o esperaban.

“(…) hasta que al final me desprendí. El desprendimiento no es el desgarramiento ni la ruptura, ni el abandono ni el rechazo. Propulsada tampoco es expulsada. La decisión del final fue una preferencia dada al “hay que hacerlo”. Por otra parte, se acompaña de un aligeramiento notorio en todo el sentido del término” (Lysy, 2010, pág. 108)

El desprendimiento del soporte fantasmático en torno al cual se había organizado su lazo con el Otro, dio lugar a la efectuación de una nueva solución. En su caso, una nueva alianza con lo que anima en su cuerpo, con lo que la empuja.

“Corredora” (Lysy, 2010, pág. 102) es el significante con el que nombra su nuevo arreglo con la energía que la anima. Un *sinthome* que no es del orden de una esencia, sino más bien de un saber desembrollarse con esa energía que la empuja.

Es en su texto *Luz y olitas* (Lysy, 2012), presentado en el VIII Congreso de la Asociación Mundial del Psicoanálisis, donde se encuentra un desarrollo de sumo interés para la presente investigación. Allí señala que, en la medida en que el fin de un análisis ya no está marcado por el atravesamiento del fantasma sino por un saber arreglárselas con el propio síntoma, se vuelve necesario pensar el papel del *sinthome* del propio analista en su deseo. Es decir, advierte que, si bien es cierto que el analista no analiza con su yo ni con su fantasma, es importante pensar el papel del síntoma del analista en su función, en tanto de lo que se trata es de un cuerpo que es imposible de negativizar (Lysy, 2012, pág. 298).

“Podría hablar de mi posición como analista en términos de “estar alerta”, espera abierta a lo imprevisible que se produce, como “el león que no salta más que una vez”, pero se trata de un nombre que, al igual que “corredora”, no debe tomarse como una “esencia”, una identidad, un ideal del analista, ya que no es un programa del ser, sino un hacer a partir de una existencia”. (Lysy, 2012, pág. 297)

Tal como se ubicó en los testimonios de Graciela Brodsky, los testimonios de Anne Lysy dan cuenta de la presencia del sustento *sinthomático* en el deseo del analista. El *sinthome* se ofrece como soporte de una versión de la función analítica que le es propia a dicho analista. Un estilo con el que se realiza, a partir de la solución alcanzada respecto a los restos sintomáticos, un “modo de presencia inaudita” (Lysy, 2012, pág. 297).

La función analítica es reconfigurada, así, por el *sinthome* del analista que la ejerce. En el caso de Anne Lysy, la función lleva la marca de una apertura a lo impredecible. Un soporte, con el que efectúa una versión propia de la función, que aligera la práctica respecto a cualquier forzamiento.

A su vez, en la articulación que propone Anne Lysy, se destaca otro valor que aporta el sustento sinthomático en la función analítica: una orientación hacia lo cual tiende.

“El arreglárselas no se convirtió en un frenesí general por la propulsión... Pero puedo dar testimonio de una ganancia de ligereza en mi práctica. Siempre, como al comienzo, atenta al modo en que cada quien está capturado en las redes del Otro, pero, enfrentada con la inercia de lo que no se mueve, el imperativo “¡Eso debe moverse!” que me agota menos. Es cuestión, sobre todo, de hacer notar lo que anima al sujeto más allá de su ficción del Otro, haciéndose por un instante el portavoz de un “¿Dónde gozas?” mediante un silencio, un gesto, palabras.” (Lysy, 2012, pág. 297)

Se observa, así, que la nueva alianza con lo incurable del síntoma no solo soporta una realización singular del deseo, sino que le aporta a la función una orientación hacia lo cual se dirige. En el caso de Anne Lysy, su sinthome orienta al deseo del analista hacia lo que anima a cada sujeto más allá de la escena fantasmática que envuelve su lazo con el Otro.

En esta medida, se trata de un sustento que no lleva a la analista exigir que algo se mueve, sino que orienta al deseo del analista más allá de la ficción que organiza su realidad, volviéndolo portavoz del goce que anima a cada analizante.

4.5. Una dimensión erótica del deseo del analista

Ram Mandil fue nominado AE por la Escuela Brasileña de Psicoanálisis (EBP) entre los años 2012-2015 y publicó sus testimonios en un libro que llevó por título: *La bolsa (el vacío) y la vida. Una experiencia de análisis.* (Mandil, 2017).

En ellos se puede cernir un interés por parte del autor que es solidario al interrogante que se intenta responder en esta tesis: el papel del sinthome en el deseo del analista. A pesar de no hablar en los términos de “sustento” del deseo del analista, Ram Mandil escribe sobre los efectos de la presencia del sinthome del analista en la función analítica: en primer lugar, respecto a una reconfiguración singular de la función; y, en segundo lugar, una dimensión erótica (Mandil, 2017, pág. 40) que condiciona al deseo del analista hacia lo singular de cada quien.

En su testimonio titulado: *Conjunto vacío*, el autor formaliza tres versiones de su posición frente a la demanda a partir del significante: “clandestino” (Mandil, 2017, pág. 14). Una posición que, al estar dentro pero fuera del territorio del Otro, permite extraer la satisfacción escópica de ver sin ser visto:

“Es sobre ese punto ciego de la mirada del Otro que el clandestino cava su trinchera” (Mandil, 2017, pág. 14).

El AE relata una intervención de su analista que tuvo el alcance traumático de producir una conmoción en la estabilidad que el significante “clandestino” garantizaba. Se trata de una sesión en la que, al entrar en el consultorio con su mochila “siempre cargada” (Mandil, 2017, pág. 15), recibe el señalamiento:

“(…) he aquí la mochila del clandestino, siempre pesada (…)” (Mandil, 2017, pág. 15).

El impacto de la intervención le permitió advertir que el clandestino es quien carga con la mochila pesada de la que se queja:

“(…) la referencia a la mochila pesada, o al “*sac à dos*” -la expresión francesa permite una asociación directa al saco- incide sobre lo que fuera vivido como experiencia traumática, a saber, la cirugía para la corrección de la criptoquirdia (cripto-caverna-escondite-y orquis-testículo-) a la cual fui cometido a los ocho años de edad. Había un vacío en mi saco escrotal y era necesario hacer que uno de los dos testículos que estaba desplazado fuese insertado en su sitio. Los médicos me tocan, me encaminan y constatan que falta algo allí. Hay un vacío en el saco y es preciso llenarlo a través de una intervención en el cuerpo” (Mandil, 2017, pág. 15).

Si el señalamiento devino traumático fue por poner al descubierto la satisfacción que soportaba su posición fantasmática. El clandestino obtura el vacío tanto a nivel del objeto *a* mirada, el punto ciego del campo del Otro; como con los objetos que carga en la mochila para responder a la demanda.

En esta vía, la intervención cierra algo del orden de su propio horror al vacío, permitiéndole al analizante asumir una posición nueva respecto a la carga su mochila. Dejar de ocupar su vacío con objetos que sirvan al desconocimiento fantasmático de la falta en el campo del Otro, permitiéndole circular con la mochila de una manera más liviana (Mandil, 2017, pág. 16).

Será en el testimonio *Incidencias del deseo del analista* (Mandil, 2017, pág. 37), donde se encuentra una precisión del autor respecto al tema que interesa a la presente investigación:

“La perturbación de la defensa implicaba un reordenamiento de la relación entre la bolsa y el vacío, factor determinante de mi sinthome. La perspectiva del sinthome se presenta en estos términos: cómo lidiar con ese vacío, cómo extraer de ahí un *savoir faire*, ya no bajo el requerimiento de que la bolsa deberá ser llenada, de que ese vacío deberá ser tapado. En esta nueva relación con el vacío vislumbro la relación entre el sinthome y el deseo del analista. Me doy cuenta de que es justamente el vacío en la bolsa el que permite que ésta pueda adquirir variadas formas, es el vacío el que le confiere plasticidad, que le permite ser “bajo medida” (Mandil, 2017, pág. 37).

Nuevamente, se vuelve a encontrar al sinthome presente a nivel del deseo del analista. A partir de la perturbación de la relación entre la bolsa y el vacío, el sinthome deviene el soporte de una reconfiguración singular de la función.

La-bolsa-vacía no se encuentra bajo el requerimiento Ideal de ser tapada por objetos. En su lugar, el vacío le ofrece al deseo del analista una cualidad que el autor llama: “plasticidad”. En este sentido, el sinthome del analista, en tanto sustento, le permite a su deseo adquirir diversas formas. Redefine la función como una bolsa vacía que se ofrece a la medida de la singularidad de cada analizante.

“Concluyo, en este momento, con lo que puedo considerar dos versiones del deseo del analista: por un lado, el deseo de separar, el de producir la mayor distancia entre lo que puede tener valor de “bolsa vacía” y los objetos que son movilizados buscando llenarlo. En otros términos, un deseo cuya incidencia puede crear condiciones para que un analizante pueda prescindir de su incesante búsqueda de dar consistencia a su síntoma por la vía del fantasma. Aunque, también podríamos evocar una dimensión erótica del deseo del analista en la medida en que este crea las condiciones, a partir del vacío así reencontrado, para que un analizante pueda dar lugar a las nuevas y singulares invenciones en el tratamiento de la opacidad de su goce, ahora considerado como marca ineliminable de su existencia.” (Mandil, 2017, pág. 40)

Tal como se situó en los testimonios anteriores, el sustento sinthomático del deseo del analista no solo sirve de soporte para una versión singular de la función. Además de reconfigurar al deseo del analista en forma inédita, en este caso como un

deseo de producir una distancia entre lo que tiene el valor de “bolsa vacía” y los objetos que procuran colmar su vacío; el sinthome le brinda al deseo una orientación hacia lo cual dirige. En los términos del AE, condiciona el deseo hacia la singular invención de un analizante en su tratamiento de la opacidad del goce.

El sinthome orienta a la función a partir de la marca ineliminable del síntoma del analista hacia la marca singular de goce del analizante. A partir de la nueva alianza con el síntoma que lo sustenta, su deseo está advertido de la irreductible imposibilidad que el fantasma pretende desconocer, dirigiendo su accionar hacia la satisfacción singular que lo soporta.

4.6. Un modo de nombrar el deseo del analista

Los próximos testimonios de los que se servirá esta tesis serán los de Silvia Salman, psicoanalista nominada AE por la Escuela de Orientación Lacaniana (EOL) durante el periodo 2009-2012.

En su testimonio titulado *Ánimo de amar* (Salman, 2010), señala que sus primeras experiencias de análisis giraron en torno a su relación con la madre. Más precisamente, respecto a un síntoma que se manifestó en sus primeros meses de vida: el rechazo al alimento.

Cerrar la boca ante la demanda materna se convirtió en una salida subjetiva frente a la voracidad y consistencia del Otro. En tanto el desamparo de la niña ante la locura de su madre (Salman, 2010, pág. 93) no encontraba mediación por parte del padre, lo que tomó su relevo fue un síntoma anoréxico. Un síntoma que, a pesar de posicionarse como una solución, conllevaba un padecimiento en el cuerpo que ponía en riesgo su vida.

La recuperación económica del padre, a partir de la instauración prospera de un negocio propio en una nueva ciudad, le brindó un margen para su implicación a través de una nominación que tocó el cuerpo: “Dibujo animado” (Salman, 2010, pág. 93).

Un S1 que da cuenta de la prevalencia de la mirada paterna en el armado de un cuerpo que ya no es el caído frente a la voracidad materna. En este sentido, el cuerpo que el significante “dibujo animado” soporta es un cuerpo vivo y no mortificado; un cuerpo

que al sostenerse como dibujo se escabulle, sin poder ser agarrado; un cuerpo que es nombrado en modo masculino, dejando en suspenso el armado de un cuerpo de mujer. (Salman, 2010, pág. 94).

En referencia al fantasma fundamental: “Hacerme agarrar por el Otro” (Salman, 2010, pág. 95), dirá que el circuito pulsional que lo organiza está soportado en el objeto *a* mirada. Un objeto que le brinda fijeza al lazo fantasmático que se repite con sus diversos partenaires, sosteniendo una posición subjetiva por la cual se siente agarrada por la mirada del Otro.

Al mismo tiempo, el fantasma es soporte de un padecimiento que se manifiesta bajo la forma de querer estar siempre en otra parte. Un “estar y no estar al mismo tiempo” (Salman, 2010, pág. 95), que la autora sitúa como el padecimiento que la impulsó a su primera consulta con un psicoanalista.

Será en el contexto de una grave enfermedad del padre, durante lo que fue su último análisis, donde la AE cierne las coordenadas en las que se había precipitado una intensa angustia: su encuentro con la “mirada perdida” (Salman, 2010, pág. 97) del padre.

A partir del encuentro con la pérdida a nivel del objeto mirada, la AE reconoce su propia responsabilidad respecto a la consistencia del Otro. Su propia implicación en el fantasma. Permitiéndole hallar no solo efectos de alivio, sino una nueva posición frente al Otro: “No hacer existir más la mirada del Otro que me agarra” (Salman, 2010, pág. 97).

El desinvertimiento del objeto mirada que servía de soporte al circuito pulsional que se satisfacía en el fantasma, ubica en su testimonio *Encontrarse en el lugar del sinthome* (Salman, 2012a), le permitió encontrar una posición inédita frente a lo real. Un “doble consentimiento en lo que hace a lo real” (Salman, 2012a, pág. 73) que, al dejar de ser desconocido por el velo del fantasma, le permitió efectuar una nueva alianza con el síntoma.

Por un lado, un consentimiento a la modalidad lógica de lo real en tanto imposible, situado en un hallazgo que sobrevino al final de su análisis: “¡el significante está desanimado!” (Salman, 2012a, pág. 73). Se trata de la vertiente que se trabajó en el tercer capítulo de la tesis: la función del síntoma como la presentificación de un imposible a nivel de lo simbólico (Lacan, 2010c, pág. 84). La castración que afecta al significante, desanimándolo.

Por otro lado, un consentimiento a la modalidad lógica de lo real en tanto contingente bajo el surgimiento del significante nuevo: “encarnada” (Salman, 2012a, pág. 73). Una escritura que se delimita en los bordes de la imposibilidad que la función del síntoma presentifica; “(...) una letra producida por el inconsciente que puede nombrar el goce que resta.” (Salman, 2012a, pág. 73).

“Encarnada” es el significante nuevo que nombra una modalidad singular del goce y efectúa un nuevo funcionamiento en torno a lo imposible de negativizar del síntoma. En palabras de la AE: “En él se encuentra la “nada” de la anorexia, la “carnada” de la histeria y también la “carne” del acontecimiento de cuerpo” (Salman, 2012b, pág. 291).

En este sentido, “encarnada” es el nombre de una nueva alianza con un cuerpo que, a diferencia de la mortificación del “dibujo-animado”, está vivo y aloja una satisfacción. Una clave de lectura que le permitió leer el movimiento en torno al cual gravitó su análisis como un viraje del “animado” (del cuerpo dibujado) al “ánimo” (del cuerpo vivo).

Será en su testimonio: *Restos de un análisis* (Salman, 2012b), donde la AE comienza a esquematizar los efectos de estilo que introduce su propio sinthome en la función que realiza como analista:

“‘Ánimo’, permite nombrar el goce imposible de negativizar. En tanto tal, es el resto de la operación analítica que se jugó por entero en una dialéctica entre lo animado (del padre) y lo desanimado (de la interpretación del analista). “Ánimo” nombra también un estilo acéfalo de vivir la pulsión, estilo que pone en primer plano la presencia del analista, a la que en otro testimonio me referí como el analista cuerpo. Aquel que aporta un cuerpo y que a la vez puede sostener un vacío. (...) Un psicoanalista que no anima a aquellos que demandan un análisis, pero que al menos puede desear que ellos se analicen.” (Salman, 2012b, pág. 292)

“Ánimo” es un significante que tiene por función indicar la presencia de un cuerpo vivo. Es ubicado como el “revés” (Salman, 2010, pág. 98) del “dibujo animado”, en tanto demarca un cuerpo gozante que, en su irreductibilidad, no podría estar ausente en su función como analista. Un cuerpo que es aportado por el analista en la experiencia a través de la solución que efectuó al final de su propio análisis: su sinthome.

En el caso de la AE, “encarnada” es el nombre de una nueva alianza con un cuerpo que se puede agarrar (Salman, 2010, pág. 98). Una solución que, al no estar soportada en el fantasma, soporta una posición ética respecto al vacío y brinda un margen posible para lo inédito que se presenta en el campo del Otro.

Tal como sitúa en su testimonio *Ánimo de amar* (Salman, 2010):

“Finalmente, es también un modo de nombrar el deseo del analista dispuesto a encarnar lo que más convenga, cada vez, en cada caso”. (Salman, 2010, pág. 99)

Se aprecia, así, como el sinthome cumple el papel de sustento de la función en tanto deviene el soporte de una reconfiguración que le es propia a ese analista. Una versión del deseo del analista, un modo singular de nombrarlo, que está sustentado en el sinthome: “Encarnada”.

4.7. Un instrumento para el deseo del analista

Los últimos testimonios de pase que se abordarán en este cuarto capítulo de la tesis serán los de Leonardo Gorostiza, nominado AE por la EOL durante el periodo de 2009-2012.

Se incluyeron en la investigación en tanto en ellos no solo se plasma un recorrido conceptual sumamente esclarecedor que enseña respecto al momento terminal de un análisis; sino, también, por la articulación que el autor despliega respecto a las condiciones con las que operativizó la función deseo del analista.

En su testimonio titulado: *El deseo de psicoanalista y las paradojas de la nominación imposible* (Gorostiza, 2013), Leonardo Gorostiza ofrece una clave de lectura con la que se puede abordar el movimiento que animó sus dos experiencias de análisis: el “pasaje del *anonimato* a un *nombre*” (Gorostiza, 2013, pág. 92).

En cuanto a su primer análisis, sitúa que el anonimato está referido a su identificación al falo, mientras que la nominación es de orden paterno. La identificación con el falo, su estrategia neurótica de inserción en el deseo del Otro, es situada como el eje en torno al cual gravitó su primera elección profesional: ser el médico que cura la falta del Otro.

Al mismo tiempo, dicha identificación demostró ser un obstáculo a nivel del tener, es decir, de su relación al falo en tanto portador. Manifestado, principalmente, en el ejercicio de la paternidad y la “asunción de los atributos viriles en la competencia profesional” (Gorostiza, 2011, pág. 105).

Respecto a la constelación familiar que precedió a su nacimiento, ubica que su posición de mitigar la falta en el Otro estuvo principalmente ligada a un intenso dolor materno. Referido, en primer lugar, a su separación marital; luego, a un duelo no resuelto por el fallecimiento de su propio padre.

Ahora bien, la solución fálica no solo se situó en las coordenadas del dolor desmedido de su madre respecto a la pérdida; sino también respecto a la distancia indeclinable que ella le había impuesto al padre. A través de su mediación, Leonardo mitigaba la distancia comunicacional entre uno y otro.

Ser aquel que lleva los mensajes de un lado al otro, le valió una nominación por parte del padre que el análisis le permitió discernir como: “El correo del Zar” (Gorostiza, 2013, pág. 93).

Será a partir de dicha nominación, cernida en su primer análisis, que tomará distancia del anonimato de su identificación fálica y asumirá su posición respecto al falo en los términos de un tener. Un movimiento que tuvo efectos tanto a nivel de la paternidad, la cual pudo comenzar a asumir sin las dificultades que antes presentaba; así como en su función como analista, la cual comienza a diferenciarse de la función terapéutica de curar la locura del Otro.

La elección de su segundo analista se apoyó en dos rasgos privilegiados. El primero referido a su constelación familiar: “un abuelo francés y a distancia” (Gorostiza, 2011, pág. 107); el segundo, una condición de goce que se convertirá en el eje axial de la escena transferencial: “una voracidad sin medida” (Gorostiza, 2011, pág. 107).

Será a lo largo de esta segunda experiencia de análisis que se producirá un nuevo pasaje: “del anonimato del fantasma al nombre del sinthome” (Gorostiza, 2013, pág. 92). Un movimiento que resultó de la producción de un S1 con el que el AE pudo hacer una nueva lectura del mito que sostuvo su novela familiar: El “calzador”.

Un significante, proveniente de la historia del abuelo materno, que le permitirá precisar la posición encubierta en la identificación al falo materno cernida en su primer

análisis. Es decir, una nueva versión de su posición respecto a la falta en el campo del Otro bajo el significante: “calzador”.

Será una elaboración producida alrededor de un sueño transferencial la que le enseñará el núcleo libidinal que animaba su realidad fantasmática: ser el ojo que calza justo en la falta del Otro (Gorostiza, 2011, pág.109). Una respuesta a nivel del ser que estaba soportada en el traslado del objeto *a* mirada al campo del Otro.

Esta clave de lectura le permitirá advertir no solo la presencia de dicho objeto en la fantasía transferencial de estar a merced del desmesurado enojo del analista: estar “en el ojo del Otro” (Gorostiza, 2011, pág.109); sino, también, aquello que servía de soporte a la realización de su síntoma:

“La fórmula del síntoma obsesivo pudo así ser reconducida a un “no cesar de *calzar* un pensamiento con otro”, es decir, al esfuerzo desmesurado de buscar sin cesar que S1 y S1, que Uno y el Otro, hicieran cópula”. (Gorostiza, 2013, pág. 93).

“Calzador” es la letra de goce que el análisis permitió demarcar, un núcleo irreductible que soporta la insistencia y repetición de la función del síntoma. Una letra de goce singular que, le advertirá el trabajo analítico realizado alrededor de dos sueños transferenciales, podría tener otro uso. Podría volverse una pieza que, a condición de ser usada al revés, podría ser operativizada como un “separador” (Gorostiza, 2011, pág. 113).

“El-calzador-sin-medida” es el significante nuevo con el que el AE nomina su nuevo arreglo con el goce del síntoma. El nombre de una nueva alianza con la letra de goce imposible de negativizar.

Un nombre singular en el que confluye la nominación paterna -el “calzador”-, con “el goce sin medida imposible de nombrar” (Gorostiza, 2013, pág.73). El “sin-medida” que comporta la solución del *sinthome*, señala el AE, no es referido a un exceso; sino a su lazo con lo inconmensurable. Una partícula que indica que se trata de una solución que no desconoce lo que se encuentra por fuera de toda medición posible (Gorostiza, 2011, pág. 115).

El *sinthome* que se efectúa al fin de su análisis deviene, así, el soporte de un “modo de existencia” (Gorostiza, 2013, pág. 74) que está animado por lo singular de un goce imposible de negativizar. Y, en la medida en que se trata de una nueva alianza con lo

irreductible del cuerpo que porta, es un modo de existencia que no puede estar ausente a nivel de la función analítica que realiza.

“El deseo del analista, no podría contentarse con ser un mero calzador. Así quedaría limitado a introducir una común medida allí donde no la hay. Por el contrario, el deseo del psicoanalista como separador, debe haber hecho la experiencia de lo inconmensurable. Porque es solo así, como “descalzador”, que puede servir de instrumento para que otro sujeto tenga la chance de hacer su experiencia de lo inconmensurable, la experiencia del calce imposible entre lo verdadero y lo real.” (Gorostiza, 2011, pág. 115).

En cuanto al trabajo de tesis, el testimonio de Gorostiza tiene el valor de situar que su *sinthome*, “el calzador-sin-medida”, es el soporte de un estilo. Demuestra, en forma clara, como el *sinthome* es el sustento de una versión singular de la función analítica: el deseo del analista opera como “descalzador”.

El *sinthome* es operativizado como separador de lo verdadero y lo real, el instrumento con el que la función presentifica lo imposible de su calce. Deviene, así, el sustento de una reconfiguración de la experiencia de un análisis en los términos del “calce imposible entre lo verdadero y lo real”.

Por otro lado, en la medida en que se trata de una solución que no desconoce la imposibilidad que el síntoma presentifica, el *sinthome* le brinda a la función una orientación hacia lo que está por fuera del sentido común. Es un instrumento, señala el AE, que puede permitirle al analizante hacer su propia experiencia respecto a lo que está por fuera de cualquier medida posible. Dirigiendo, así, a la función analítica hacia lo singular de cada analizante.

4.8. Conclusiones del capítulo

Tal como se indicó en su introducción, se dedicó este cuarto capítulo de la tesis al abordaje de los testimonios de pase de cinco psicoanalistas pertenecientes a diversas Escuelas del Campo Freudiano. El objeto de dicho abordaje fue ubicar la presencia del *sinthome* en el deseo del analista. Más precisamente, el papel de sustento que cumple el

sinthome del analista en el ejercicio de su función, así como los efectos que introduce su presencia en el ejercicio de su deseo.

Para ello se decidió situar, en cada uno de los testimonios, el síntoma que su propio análisis le permitió demarcar; así como la solución que se efectuó al fin de la experiencia. Una vez realizada dicha diferenciación, se procedió a cernir en cada uno de ellos la presencia del sinthome a nivel del ejercicio de su deseo.

Efectivamente, se pudo comprobar que, en tanto se trata de un desenvolvimiento que toma como partenaire lo irreductible del síntoma, la nueva alianza que efectúa el sinthome del analista está presente en el ejercicio que realiza de su función.

¿Cómo podría no estar presente, en la función que ejerce, su alianza con un partenaire que es considerado irreductible?

El trabajo realizado permitió delimitar dos implicaciones clínicas que el sustento sinthomático introduce en la función analítica:

Por un lado, el sinthome soporta la versión singular que cada analista realiza de su función. Frente a lo imposible de un Ideal que comande el ejercicio de la función, el sinthome deviene el soporte de un estilo singular en el ejercicio que cada analista realiza de su deseo. El sustento sinthomático no solo aligera la práctica del analista, en tanto no está forzada a adaptarse a un Ideal que comande su ejercicio; sino, también, la singulariza a partir de una nominación que soporta la nueva alianza con la alteridad sexuada que su propio análisis le permitió efectuar.

Por otro lado, es un sustento que, al no desconocer el real que su partenaire presentifica, le permite orientar la intervención de su función hacia lo real. La operativización del sinthome en calidad de sustento le brinda al deseo del analista una orientación hacia las soluciones inéditas de cada analizante frente a lo real. Una orientación ética, a partir del propio desenvolvimiento alcanzado respecto a la alteridad del cuerpo sexuado, que orienta al deseo del analista hacia la singularidad que se desconoce en las ficciones del fantasma.

Habiendo podido situar la eficacia del sinthome como sustento de la función analítica, esta investigación se dirige hacia el siguiente capítulo. En él, se plasmará una articulación de las conclusiones extraídas en los capítulos que se han llevado a cabo hasta

el momento, que tendrá por objeto dar cuenta conceptualmente del papel del sinthome del analista en el ejercicio de su deseo.

Capítulo 5. El sustento sinthomático del deseo del analista

5.1. Introducción al capítulo

El quinto capítulo de la tesis estará dedicado al despliegue de una articulación que se ordena a partir de los temas abordados en los primeros cuatro desarrollos. En este sentido, se trata de una parte fundamental de la investigación en tanto aquí se intentará formalizar una articulación conceptual de las conclusiones a las que se ha arribado en los capítulos anteriores.

El interrogante en torno al cual se ordena esta investigación surge de un interrogante específico: ¿Cuál es el sustento de la función analítica?

Este interrogante fue extraído de una conferencia de prensa que Lacan realiza en noviembre de 1974, la cual fue publicada bajo el título: *El triunfo de la religión* (Lacan, 2010a). Allí, plantea:

“Yo intento determinar con qué un analista puede sustentarse a sí mismo, delinear lo que implica de aparato mental riguroso la función de analista, indicar de qué barandilla hay que sostenerse para no sobrepasar su función. Cuando se es analista, siempre estamos tentados de patinar, deslizarnos, dejarnos deslizar en la escalera sobre el trasero, y esto es, sin embargo, muy poco digno de la función de analista. Es preciso saber permanecer riguroso, de manera de no intervenir más que de forma sobria y preferentemente eficaz. Intento dar las condiciones para que el análisis sea serio y eficaz. Parecería que lo que digo repercute sobre cuerdas filosóficas, pero no es así en lo más mínimo.” (Lacan, 2010a, pág. 99)

Este señalamiento, que pertenece al año 1974, advierte respecto a una cuestión que esta investigación consideró fundamental en lo que compete a la formación de un analista. En tanto plantea que no solo es necesario, por parte de la comunidad analítica, la tarea de revisar en forma crítica el esquema conceptual que sostiene a la función analítica; sino que, también, pone en relieve la tarea de cernir lo que cumple el papel de sustento a nivel de su ejercicio.

Es decir, Lacan destaca la importancia de delimitar aquello de lo que se agarra un analista al momento de ejercer su función. Un sustento, que no repercute en una cuerda filosófica y le brinda a su intervención: seriedad y eficacia. Una barandilla de la cual un analista podría agarrarse para no patinar en el ejercicio de la función que realiza.

Al remitirse a la etimología de la palabra sustento, esta investigación extrajo dos vertientes de lo que podría considerarse como su papel en una función:

Por un lado, el verbo sustentar proviene del latín: *sustentare*, el cual significa soportar. Es una palabra que está compuesta por el prefijo *subs* –sus- (por debajo) y la raíz *tenere* (sujetar, agarrar o poseer). En esta primera coordenada, se puede decir que el sustento se referiría a lo que operativiza por debajo a la función, algo de lo cual se agarra aquel que la ejerce al momento de realizarla.

Por otro lado, *tenere* tiene una raíz indoeuropea (*ten*) de la cual deriva, en latín, el verbo *tendere* (tender, dirigirse a). A partir de esta segunda vertiente de su etimología, el sustento podría tener, además, el valor de brindarle a la función una orientación. Es decir, dirigirla hacia lo cual tiende.

Si se siguen estos argumentos, se advierte la importancia del papel del sustento a nivel del ejercicio la función analítica. El sustento no solo soporta el ejercicio que cada analista realiza de ella, sino también le ofrece a la función una orientación hacia lo cual se dirige su intervención.

Por dichos motivos, esta investigación centró su organización en torno a la tarea de delimitar aquello que cumple el papel de sustento en el ejercicio de la función analítica. Un sustento que, tal como propuso Lacan en 1974, le brinda a un análisis seriedad y eficacia (Lacan, 2010a, pág. 99).

5.2. Las versiones del sustento en la conceptualización del deseo del analista.

La primera operación a la que se vio confrontada esta investigación fue dar cuenta de lo que entiende por “función analítica”. Una cuestión fundamental al momento de determinar y organizar la selección de textos en los cuales se podrían

encontrar pistas, antecedentes lacanianos, respecto a lo que se operativiza como su sustento.

Entre las diversas referencias que permitieron encontrar una orientación, se destaca un aporte que pertenece al *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*.

En este Seminario, Lacan define al deseo del analista como la “función esencial” (Lacan, 2010b, pág. 243) de un análisis. En el año 1964, tras haber planteado que la experiencia del inconsciente no puede desconocer la realidad sexual que la fundamenta (Lacan, 2011b, pág. 809); sitúa que el deseo del analista es el punto axial de los movimientos de una cura. Lo define como una función esencial en tanto es responsable de presentificar la causa sexual que el campo de la identificación desconoce: “la diferencia absoluta” (Lacan, 2010b, pág. 284).

A partir de este hallazgo: la función esencial de un análisis refiere al deseo del analista; se determinó que las referencias sobre este concepto en la enseñanza de Lacan podrían aproximar el trabajo de investigación a las primeras respuestas de los interrogantes que la organizan.

Se dedicó, por ello, un capítulo de la tesis a la exposición de las referencias encontradas sobre el sustento de la función analítica. El desarrollo realizado permitió encontrar dos orientaciones que se volvieron fundamentales para lo que siguió de la investigación:

En primer lugar, lo que cumple el papel de sustento en el ejercicio de la función analítica es algo que el analista extrae de su propio análisis. En segundo lugar, en dicho sustento está implicada la singularidad de aquel que ejerce la función.

5.2.1. Un sustento extraído del propio análisis.

Si bien recién a partir del año 1964 comienza a referirse al deseo del analista en los términos de una función esencial; la investigación halló en una conceptualización anterior, de 1960, un primer antecedente sobre el papel del sustento del deseo del analista.

En el *Seminario 8: La transferencia* (Lacan, 2017), la participación del analista en la transferencia no es conceptualizada a partir de su lazo a la pulsión; sino que es referida al deseo. Lo que tiene que saber un analista, plantea en este Seminario, es qué es el deseo (Lacan, 2017, pág. 223).

Para volverse cómplice del insólito objeto del deseo que amarra la relación de amor transferencial, el deseo del analista debe estar organizado en torno a un duelo por lo imposible de un Ideal a nivel del objeto del deseo. Un “duelo” (Lacan, 2017, pág. 440), que debió haber realizado en su propio análisis, respecto a la inconmensurabilidad del objeto del deseo.

Para ofrecer su lugar en la transferencia como un lugar “vacante” (Lacan, 2017, pág. 125), un analista debió haber aceptado la imposible conmensurabilidad del objeto que tiene la dignidad y suficiencia de detener la metonimia que afecta, al sujeto, por estar determinado por el significante. Para ocupar su lugar en la transferencia, un analista tiene que haber aceptado que no hay ningún objeto que valga más que otro en el campo del deseo.

Sin embargo, lo que esta investigación destacó en el abordaje del Seminario fue un interrogante que refiere a la formación de un analista. Una pregunta que comienza a tener lugar en el momento en que intenta responder: ¿qué es lo que debe conseguirse en alguien para que pueda ser un analista?

“Si la castración es lo que ha de ser aceptado en el término último del análisis, ¿cuál tiene que ser el papel de la cicatriz de la castración en el eros del analista?” (Lacan, 2017, pág. 125)

Es decir, más allá de la castración en torno a la cual se organiza el deseo del analista, su duelo por la inconmensurabilidad del objeto del deseo, Lacan se pregunta respecto al papel de una cicatriz. Una “cicatriz de la castración”, un resto que le queda de su propia experiencia de análisis, que cumpliría algún papel en el eros del analista. Una referencia que se hace presente en el momento en que se interroga respecto a qué debe conseguirse en alguien para que se vuelva un analista.

A pesar que no obtiene una respuesta en este Seminario, es decir, no queda en claro a qué se refiere cuando dice “cicatriz de la castración”, ni mucho menos qué papel podría cumplir dicha cicatriz en el eros del analista; Lacan alcanza a ubicar que este

interrogante, más fácil de plantear que de responder, podría responderse a través de un “rodeo” (Lacan, 2017, pág. 125).

La lectura que realizó esta tesis es que dicho rodeo comienza a ser transitado en el momento en que el deseo del analista es conceptualizado como una función. Un movimiento que aporta algo de luz al papel de la “cicatriz”, que Lacan no alcanza a delimitar en su Seminario dedicado a la transferencia.

Tal como se ubicó anteriormente, en 1964, los efectos de la palabra sobre el sujeto no son exhaustivos en lo que respecta al inconsciente (Lacan, 2010b, pág. 134). A esta altura de su enseñanza, para Lacan, la experiencia del inconsciente no puede concebirse sin el concepto freudiano de pulsión. Es decir, su realidad sexual.

En estas coordenadas, el Seminario 11 presenta una redefinición del inconsciente como una pulsación temporal entre los dos puntos de entrecruzamiento del rasgo unario: “el primer significante” (Lacan, 2010b, pág. 147).

El entrecruzamiento del significante con el campo del Lust: los objetos con los que se identifica el sujeto, extrayendo una satisfacción narcisista; y el entrecruzamiento con el Unlust: los objetos que no sirven para nada y hacen mella en el campo de la identificación (Lacan, 2010b, pág. 250).

A partir de ello, el deseo del analista es conceptualizado como una función responsable de presentificar, en la demanda de amor, la causa sexual en torno a la cual gravita: el objeto a. La intervención de la función analítica está dirigida, así, hacia la causa sexual en torno a la cual se organiza el campo de la identificación.

Tal como es situado al final del Seminario, el deseo del analista presentifica la pulsión en la demanda de amor (Lacan, 2010b, pág. 281), resguardando la distancia entre el Ideal y la causa sexual que procura desconocer.

A través de esta conceptualización del deseo del analista como función, la investigación puso en relieve un interrogante que respecta a aquello en lo que se autoriza un analista para su ejercicio. Es decir, reconfigurándolo en los términos de la presente investigación: ¿Cuál es el sustento en el que se apoya el ejercicio de la función deseo del analista?

Para Lacan, es claro, el ejercicio de la función analítica no podría autorizarse en ningún Ideal (Lacan, 2010b, pág. 238). Cuando la intervención del analista en la

transferencia se apoya en un más allá (en su experiencia en la práctica o en un plan pedagógico de estudios profesionales), su función es degradada a operativizarse en el plano de la identificación.

Cuando el Ideal comanda el ejercicio de la función, la transferencia es resignificada como una desviación respecto a los Ideales que organizan la realidad del propio analista. La experiencia analítica, así, se ve reducida al abordaje sugestivo de los efectos de la palabra sobre el sujeto, desconociendo la presencia de la realidad sexual inconsciente en torno a la cual se organiza la articulación significativa.

De esta manera, sea para gratificarla o frustrarla, el analista es reducido a operar sobre el objeto al que se dirige la demanda. Deviene el guardián de una realidad, de un modo Ideal de relación con el objeto, que tiene como garantía la propia integridad del analista.

Por otro lado, cuando el Ideal se operativiza como sustento, la función analítica sufre una suerte de ritualización. Es decir, no solo la función se limita a operar en el plano de la identificación; sino que, también, se asiste a una suerte de estandarización de la práctica analítica bajo la incidencia de un Ideal.

Una ritualización que puede apreciarse en la realización estereotipada que ofrece aquel que ejerce la función. Un ensombrecimiento del pensamiento crítico del analista en lo que respecta su función, sustentado en standards que encuadran en forma rígida y anticipada la situación analítica. Una simulación que vela una pregunta que Lacan considera fundamental e incumbe a la formación de un analista: ¿Qué es lo que le hace al analista ganarse la confianza del paciente? (Lacan, 2010b, pág. 238)

Pues bien, frente a lo imposible de un Ideal en el que pueda autorizarse un analista al ejercicio de su función, esta investigación destacó una idea, presente en el Seminario 11, que se propone como una posible alternativa:

“(…) la certeza del propio analista en lo concerniente al inconsciente no puede ser extraída del concepto de transferencia.” (Lacan, 2010b, pág. 135)

Es decir, en lugar del Ideal como punto de apoyo de la función, Lacan propone considerar que hay una certeza por parte del analista que concierne a la experiencia del inconsciente que no puede ser extraída de lo que entiende como transferencia. Una

certeza que tiene el valor de incidir en la concepción que se hace del lazo transferencial y, se deduce, en la concepción que se hace de su función en él.

Si se tiene en cuenta este argumento, si el análisis del analista no fue más allá del campo de la identificación, la idea que se hace de su operación en la transferencia no podrá referirse más allá del objeto al que se dirige la demanda de amor. Una orientación que imposibilita su operación sobre la causa sexual inconsciente que el campo de la identificación desconoce.

Así como en el abordaje del Seminario 8 fue resaltado el enigmático papel de una cicatriz de la castración en el eros del analista; en el Seminario 11 cobra relieve la referencia a una certeza del propio analista que concierne a la experiencia del inconsciente.

Una experiencia que, tal como sitúa en una intervención de comienzos del año 1964, no podría ser entendida sin el concepto freudiano de pulsión (Lacan, 2011b, pág. 809). Por ello, la certeza con la que un analista debe contar debe situarse respecto a la causa sexual que el campo del Ideal desconoce. Una certeza, que le fue transmitida a partir de la experiencia de un análisis, que le permite orientar su función hacia el eje en torno al cual gravita la demanda de amor: la realidad sexual del inconsciente, la inercia que se esconde tras todo lo que se formule como demanda (Lacan, 2010b, pág. 243).

A partir de estos argumentos se desprende que la certeza del analista respecto a la causa sexual del inconsciente podría operativizarse como un punto de apoyo para el ejercicio de la función analítica. Una certeza que no solo soporta una versión de la transferencia que le es propia al analista; sino que, a esta altura de su enseñanza, le permite a la función deseo del analista dirigir su intervención hacia “la diferencia absoluta” (Lacan, 2010b, pág. 284).

En el escrito: *Proposición del 9 de octubre de 1967 acerca del psicoanalista en la Escuela* (Lacan, 2012a); Lacan vuelve a referirse al punto de apoyo del deseo. Esta vez, lo hace bajo los términos de un “asidero” (Lacan, 2012a, pág. 272).

La transferencia es definida, allí, como el “escollo” (Lacan, 2012a, pág. 265) a cualquier concepción intersubjetiva de la relación transferencial. El sujeto, para Lacan, es efecto de la articulación entre dos significantes. Para ello, la condición que permite

que se efectúe la sujeción a un saber inconsciente, es que el analista opere destituido de su propia sujeción (Lacan, 2012a, pág. 270).

Al mismo tiempo, en este escrito, el deseo del analista es definido como una enunciación que solo puede operar en forma enigmática; en tanto su función es presentificar el enigma intrínseco en torno al cual gravita la articulación significativa (Lacan, 2012a, pág. 272).

En este punto, la investigación ha puesto en relieve que el deseo del analista no solo requiere de la destitución subjetiva de aquel que lo encarna. Más bien, se destaca un elemento que, para Lacan, podría cumplir el papel de asidero del deseo: un “deser” (Lacan, 2012a, pág. 272). Un punto de apoyo del deseo que se vislumbra cuando la seguridad, que se obtenía del fantasma, zozobra.

El final de un análisis es situado, de esta manera, como el “gozne” (Lacan, 2012a, pág. 272) del pasaje de la posición de analizante a la de analista. El pase, propuesto en este escrito, debería dar cuenta de que la efectuación del pasaje a la posición de analista compete a la experiencia del propio análisis. Un pasaje cuya bisagra se vislumbra, a esta altura de su enseñanza, cuando la opción del fantasma no se confirma:

Por un lado, en la destitución subjetiva del analista. debe haber rechazado la opción de desconocimiento que el fantasma soporta. Una condición que le permite ofrecer vacante su lugar de sujeto, permitiéndole encarnar, en la transferencia, los dos resultados que componen la solución del fantasma del analizante.

Por otro lado, el objeto que la condición de sujeto vela. Un deser, un resto que se desconoce a través de la opción del fantasma, que se operativiza al final de un análisis como asidero del deseo. Un punto de apoyo que le permite al deseo del analista operar en forma enigmática, es decir, orientar su intervención hacia la presentificación del enigma intrínseco a la articulación significativa.

Hasta aquí, a través de las diversas conceptualizaciones abordadas, la investigación advirtió un primer rasgo de lo que podría cumplir el papel del sustento de la función analítica: aquello que opera como sustento en el ejercicio que cada analista realiza de su deseo compete a algo que extrajo de su propia experiencia de análisis:

- Una “cicatriz de la castración” que cumple un papel en el eros del analista (1960).
- Una “certeza” que concierne a la experiencia del inconsciente e incide en la idea que se hace el analista de la transferencia (1964).
- Un “deser” que cumple el papel de asidero del deseo (1967).

5.2.2. Un sustento singular.

El último texto abordado en el primer capítulo de la tesis está fechado en el mes de abril de 1974. Es decir, pocos meses antes de la conferencia de prensa: *El triunfo de la religión*; en la que Lacan se refiere al papel del sustento de la función analítica.

En la *Nota italiana* (Lacan, 2012b), Lacan vuelve a abordar el tema de la autorización del analista en la operativización de su deseo, distanciándola de cualquier confusión que la emparente con una “auto-ri(tuali)zación” (Lacan, 2012b, pág. 328).

Tal como se lo demarcó anteriormente, la automatización del ejercicio de la función analítica da cuenta de un ordenamiento comandado por la rigidez de un sustento Ideal. A partir de un punto de apoyo de este tipo, el analista deviene un operador de un saber establecido de antemano. Su práctica, adaptada a criterios universales que comandan el ejercicio de la función, adquiere un carácter forzado y ritualizado.

Pues bien, tampoco, agrega en 1974, podría autorizarse al ejercicio de su función a partir de una nominación que la Escuela le pueda brindar bajo la sigla AME (Analista Miembro de Escuela): “No es con eso con lo que él opera” (Lacan, 2012b, pág. 327).

En este sentido, lo que vuelve a poner en el centro de la escena es que la formación de un analista no refiere a la experiencia que brindan los años ejerciendo una práctica; ni a los estudios que capacitan a un profesional en lo que hace; ni a una nominación que la Escuela le ofrece; ni a los Ideales que puede promover una comunidad analítica respecto a regularidad de un dispositivo.

Para Lacan, en lo que respecta al ejercicio de su función, un analista solo podría autorizarse por sí mismo:

“Sólo el analista, es decir no cualquiera, se autoriza únicamente por sí mismo” (Lacan, 2012b, pág. 328).

En esta frase, en la que se refiere a su autorización, a partir de un conector reformulativo que indica que lo que continúa reproduce de otra forma el enunciado anterior, refiere al analista en los términos de un *no-cualquiera*. Una referencia que paso a formar parte del título de la tesis y desprendió dos interpretaciones posibles de ser ubicadas en el texto:

La primera, quizás la interpretación más directa, se apoya en algo que Lacan señala pocas líneas adelante: “No-todo ser que habla podría autorizarse a hacerse analista” (Lacan, 2012b, pág. 328). Es decir, no cualquiera se vuelve analista. Para que alguien pueda hacerlo es necesaria la experiencia de un análisis, en tanto el deseo de saber que le compete al analista es un deseo que adviene (Lacan, 2012b, pág. 329).

Un analista, dice, representa al desecho del modelo de la humanidad (Lacan, 2012b, pág. 329). Es lo que cae de un modelo cuya felicidad se sostiene en que no desea saber, un modelo que es feliz en su ignorancia. Un análisis, en este sentido, permite vislumbrar que una relación feliz con el saber tiene como contrapartida un horror de saber. Es decir, el desconocimiento de lo imposible: “...no hay relación sexual” (Lacan, 2012b, pág. 330).

Siguiendo esta vía, si no cualquiera puede volverse analista es porque el deseo que le compete es un deseo que surge del no-todo (Lacan, 2012b, pág. 328). Un deseo de saber que advino a partir de una experiencia que le permitió cernir la causa del propio horror de saber, volviéndolo un desecho para un modelo que no desea saber.

Por otro lado, de manera no excluyente, el texto desprende una segunda interpretación que permitió delimitar una orientación central para el tema que la tesis aborda. El acento de esta lectura privilegia que, a nivel de la autorización de un analista en el ejercicio de su deseo, tiene que estar presente aquello que lo hace un no-cualquiera.

Es decir, no solo no-cualquiera se autoriza a realizar la función analítica, sino que dicha autorización está soportada en algo que vuelve, a aquel que la ejerce, un no-cualquiera. Es decir, algo que compete a la singularidad del analista.

Para que el deseo de saber advenga, plantea Lacan, el analista debió haber cernido la causa de *su* horror de saber, “(...) del propio, el suyo, separado del de todos, horror de saber” (Lacan, 2012b, pág. 329). En este sentido, si el analista representa un desecho, no se trata de un desecho cualquiera (Lacan, 2012b, pág. 329). No-cualquiera en la medida en que, en la causa del horror de saber que tuvo que haber cernido en su análisis, está en juego lo singular: lo suyo, lo que lo separa del de todos.

El punto fundamental en torno al cual gravita esta nota, que vale la pena insistir en que se escribe pocos meses antes de referirse al sustento de la función analítica, se sitúa respecto a qué se conecta el truco que un análisis permite discernir.

Tal como lo indica al final de la *Nota*: “Encuéntreme un analista de este calibre, que conectaría el truco a algo que no sea un organon esbozado” (Lacan, 2012b, pág. 331).

Si se sigue esta orientación, además del advenimiento del deseo de saber en un análisis, la cuestión que cobra relieve es en qué se autoriza para su ejercicio: ¿A qué puede conectar el truco que discierne en su propio análisis? ¿Con qué opera el deseo de saber que le compete?

Bajo esta orientación, la *Nota italiana* brinda una nueva orientación respecto al sustento del deseo del analista. En 1974, no solo se ubica que el Ideal degrada la función analítica a una ritualización, sino que hay una marca singular que debe estar presente, por algún lado, en las aventuras del analista (Lacan, 2012b, pág. 329). Una marca singular, no-cualquiera, que escribe la condición de desecho que su análisis le permitió cernir.

Si el deseo que transmite un analista es un “deseo inédito” (Lacan, 2012b, pág. 329), es porque en él está presente una marca que atañe a una condición *no-cualquiera*. Por ello, si un análisis es necesario, pero no suficiente en cuanto a la existencia de un analista, es porque no va de suyo que esa marca singular cumpla el papel de entusiasmar al deseo.

“Desde entonces, él sabrá ser un desecho. Es lo que el analista ha debido al menos hacerle sentir. Si él no lo ha llevado al entusiasmo, bien puede haber habido análisis, pero analista, ninguna probabilidad” (Lacan, 2012b, pág. 329).

Si bien los recortes que la investigación ha puesto en relieve permitieron advertir que el sustento de la función analítica es algo que el analista extrajo de su propio análisis; fue este último escrito, de 1974, el que brindó una clave fundamental para el desarrollo que continuó.

En lo que opera como sustento del ejercicio de la función, en aquello con lo que un analista operativiza el deseo que le compete, está implicada su singularidad. Una marca no-cualquiera que escribe una condición que su propio análisis le permitió cernir. Una presencia singular que, en tanto tiene el valor de entusiasmarlo, vuelve a su deseo inédito.

5.3. El sustento en la función paterna

Los interrogantes que surgieron a partir de estas delimitaciones fueron los siguientes:

¿Cuál es la singularidad que un análisis permite cernir? ¿Cómo podría operativizarse en el ejercicio de la función analítica? ¿Alguna vez Lacan se refirió a que la articulación entre una función y un sustento singular fuese posible? ¿Existen antecedentes en su enseñanza que permitan considerar a la singularidad de aquel que la ejerce como posible sustento de una función?

A partir de estas preguntas, la investigación consideró necesario ubicar los fundamentos de la articulación propuesta en alguna parte de la enseñanza de Lacan. Para llevar a cabo esa tarea, el segundo capítulo de la tesis estuvo dedicado a abordar una función solidarizada, en diversas ocasiones, con la analítica: La función paterna.

La articulación que se propuso, es pertinente aclarar nuevamente, de ningún modo intentó situar que la función analítica y la función paterna sean equivalentes; cada una tiene su particularidad. De lo que se trató, en cambio, es de un abordaje que estuvo ordenado en torno a un objeto específico: dar cuenta de la articulación lógica que enlaza una función con un sustento singular.

El desarrollo que se realizó fue definitivamente enriquecedor. En primer lugar, permitió corroborar algunas delimitaciones realizadas en torno al sustento de la función

analítica: Cuando la realización de la función cuenta con un punto de apoyo Ideal, es decir, cuando aquel que ejerce la función se autoriza en un Ideal, el efecto en ambas es solidario.

En cuanto a la función analítica, Lacan sitúa que los efectos que introduce un sustento de este tipo son de orden ritualizante. Un orden cuyos efectos pueden apreciarse en la orientación de la función, degradada a operar en el plano de la identificación; así como en el ejercicio que realiza el analista, forzado a adaptarse a una técnica que estanca su inventiva.

Bajo esta misma orientación, fue posible delimitar que los efectos que introduce un punto de apoyo Ideal en la función paterna, según el momento de su enseñanza, son estereotipantes (Lacan, 2012c, pág. 67) o psicóticos (Lacan, 1974a).

A su vez, el desarrollo realizado en el segundo capítulo permitió advertir las siguientes referencias respecto a lo que Lacan considera como posible sustento en la realización de la función paterna:

En *Los complejos familiares en la formación del individuo* (Lacan, 2012c), un texto de 1938, señala: si la función de autoridad se realiza en un plano Ideal, es porque opera separada del impulso que le ofrece la sublimación (Lacan, 2012c, pág. 67).

Sitúa que cuando la función paterna opera en un plano Ideal, sin ninguna encarnadura, el impulso que la sublimación le brinda es dominado por la represión. Es decir, para que la función de lugar a un proceso real de apertura en el lazo social (Lacan, 2012c, pág. 68), se requiere esté soportada en una sublimación por parte de aquel que la ejerce. La fecundidad del Complejo de Edipo, dice, reside en un anudamiento que concentra la función de represión junto a la sublimación (Lacan, 2012c, pág. 67).

En su *Seminario 5: Las formaciones del inconsciente* (Lacan, 2009), Lacan vuelve a abordar al Complejo de Edipo. Plantea que, para dar lugar a sus efectos conclusivos, se requiere que la función paterna vuelva al plano real (Lacan, 2009, pág. 200).

En el tercer y último tiempo lógico del Complejo, aquel que ejerce la función debe dar alguna prueba de su relación con el falo en tanto portador. Es la condición que se ubica por parte de aquel que realiza la función: debe dar alguna prueba de su

portación para que el acto de don se efectúe y que, algún día, el niño pueda tener lo que él tiene. Es decir, pueda portar el falo, como el padre (Lacan, 2009, pág. 211).

En *Nota sobre el niño* (Lacan, 2012d), un escrito de 1969, Lacan sitúa que la función paterna es responsable de introducir una mediación entre el Ideal y el objeto del deseo materno (Lacan, 2012d, pág. 394). Para hacerlo, sitúa, la función no puede realizarse en forma anónima; sino que requiere estar vectorizada en un nombre que se encarna a nivel del deseo (Lacan, 2012d, pág. 394). A diferencia de una ley que se soporta en un Ideal, Lacan propone una ley encarnada en el deseo a partir de un nombre.

Luego de advertir que, a la altura de su *Seminario 19: ...o peor* (Lacan, 2012g, pág. 204), lo verdaderamente decisivo de la función paterna reside en un impacto traumático con el que escandaliza las significaciones que nuclea la estabilidad familiar (Lacan, 2012g, pág. 204); esta investigación abordó una clase del *Seminario 22: RSI* (Lacan, 1974a), en la que Lacan reflexiona respecto a lo que llama: “la única garantía” (Lacan, 1974a, pág. 39) de la función paterna: que aquel que la ejerza brinde una versión que le sea propia.

A comienzos de 1975, pocos meses después de haberse referido al papel del sustento en la función analítica, Lacan plantea que, en tanto no existe un Ideal que determina quién ni cómo puede hacerlo, cualquiera podría ejercer la función; es necesario por parte de aquel que la realice que no lo haga como un cualquiera.

“Solo puede ser modelo de la función al realizar su tipo” (Lacan, 1974a, pág. 39).

Ahora bien, si el acento reside en que la versión que se realice sea propia de aquel que la ejerce, la cuestión radica en: ¿qué le permite brindar un modelo de la función que le sea propio? Es decir, por algún lado de su realización tiene que estar presente algo que le permita efectuar una versión de la función que le sea propia, un sustento que soporte un modelo singular de la realización.

En el caso de la función paterna, el sustento que le permite brindar una versión propia de la función es su “pèreversion” (Lacan, 1974a, pág. 39). Es decir, cómo se desenvuelve, ese cualquiera que la ejerce, con la división que presentifica una mujer como objeto *a* causa de su deseo.

Un rasgo singular, en tanto atañe al propio desenvolvimiento de aquel que la ejerce con el objeto que lo divide, que tiene que estar presente en el ejercicio de su función. Un sustento que garantiza que la versión que se realiza de la función no es una versión cualquiera.

Las referencias cernidas en el segundo capítulo de la tesis, extraídas a partir de diversos momentos de la enseñanza de Lacan, permitieron situar diferentes versiones de lo que opera como sustento a nivel de la función paterna:

Una sublimación que impulsa la función, en 1938; su relación con el falo en tanto portador, en 1957; un nombre que se encarna en el deseo, en 1969; su *pèreversion* como soporte de su propio modelo de la función.

Referencias que dan cuenta que, para Lacan, hay algo que aquel que ejerce la función debe poner en juego en el ejercicio que lleva a cabo. Un sustento que da cuenta que la función no está soportada en un Ideal universalizante, sino en una singularidad que le permite brindar una versión de la función que le es propia: única garantía de la función paterna.

5.4. La paradoja o el eslabón lógico de la tesis

El desarrollo llevado a cabo hasta aquí permitió demarcar una articulación que no sólo es próxima en forma temporal a la formulación sobre el sustento de la función analítica; sino que, también, podría funcionar como un eslabón lógico que aproximaría, a esta investigación, a una posible respuesta respecto al interrogante que la organiza.

En primer lugar, es difícil dejar de notar una cuestión temporal que incumbe a la articulación propuesta:

En abril de 1974, Lacan escribe la *Nota italiana* (2012b) y sitúa que hay una marca, que refiere a una condición no-cualquiera de desecho, que por algún lado de las aventuras del analista tiene que estar presente (Lacan, 2012b, pág. 329). En este escrito, en el que se refiere a un analista como un no-cualquiera, se pregunta respecto a qué se conecta el truco que un análisis permite discernir (Lacan, 2012b, pág. 331). Y advierte de la presencia de una marca singular, cernida en la experiencia, que no podría estar

ausente de sus aventuras en tanto tiene el valor de entusiasmar la función. En caso que la condición de desecho cernida no entusiasme la función, dice Lacan aquí, puede haber análisis, pero analista ninguna probabilidad (Lacan, 2012b, pág. 329).

Pocos meses después, el 29 de octubre de 1974, Lacan realiza una conferencia de prensa titulada: *El triunfo de la religión* (Lacan, 2010a). En ella, se refiere a su intento de cernir aquello que cumple el papel de sustento en el ejercicio de la función analítica. Una barandilla, que no repercute en cuerdas ideales, de la que se agarra un analista al momento de realizar la función, que le permitiría no patinar en su ejercicio (Lacan, 2010a, pág.99).

En el mes de enero de 1975, tres meses después de referirse a una condición que vuelve a un análisis serio y eficaz (Lacan, 2010a, pág. 99), plantea que la única garantía de la función paterna reside en que aquel que la ejerza brinde una versión que le sea propia (Lacan, 1974a, pág. 39). Es decir, cualquiera puede ejercer la función, pero para que se realice en un modelo se requiere que la versión que se efectúe sea propia. Y lo que oficia de sustento, para dicha realización singular de la función, es su “pèreversion” (Lacan, 1974a, pág. 39): la manera singular con la que se las arregla con una mujer en tanto objeto *a* causa del deseo.

Para esta investigación, la proximidad temporal de estos planteos da cuenta de un momento en el pensamiento de Lacan. De una búsqueda que se vislumbra en estos desarrollos respecto a lo que puede considerarse como el sustento en el que se soporta el ejercicio de una función.

Ahora bien, en la lectura no solo se destaca una proximidad temporal; sino, también, la presencia de una articulación lógica que devino sumamente fecunda para el tema que se aborda en la tesis.

Ya ha sido situado que cuando el ejercicio de la función analítica encuentra su soporte en un Ideal, los efectos en su realización son los siguientes:

Por un lado, su intervención se ve orientada hacia el plano de la identificación. Aquel que la ejerce se ofrece como una referencia Ideal que brinda las coordenadas morales en torno a las cuales el paciente debe adaptarse. La intervención del analista en el lazo transferencial es degradada a una pedagogía moral, a partir de la cual se anula

cualquier posibilidad de abordar aquello que está por fuera del campo de la identificación: la realidad sexual del inconsciente.

Por el otro, cuando el Ideal sustenta el ejercicio de la función, la versión que se ofrece de ella es de orden anónimo. En la medida en que está forzado por la adaptación a estándares supuestamente admitidos que la regulan, en dicha realización no hay lugar para la singularidad de aquel que la ejerce. Se trataría, en estas coordenadas, de una versión cualquiera de la función, sustentada en una serie de ordenamientos que comandarían universalmente el proceder de un analista en el lazo transferencial.

Si se tienen en cuenta estos argumentos: en la medida en que no hay ningún Ideal que establezca quién ni cómo podría realizar la función, ni experiencia práctica que pueda dar cuenta del pasaje a la posición de analista, ni saber académico que pueda adquirirse para volverse competente en la función; la cuestión que parece desprenderse en la enseñanza de Lacan es que cualquiera podría volverse analista.

Posición solidaria a la que se encuentra en su escrito: *Variantes de la cura-tipo* (Lacan, 2007b), cuando sitúa que un analista no se recluta de ninguna Elite, sino que: “(...) se recluta en el común de los hombres” (Lacan, 2007b, pág. 326).

Se trata, aquí, de una de las consecuencias que introduce el “vuelco lacaniano” (Miller, 2022, pág. 78) en una de las principales aristas de la comunidad analítica: la formación del analista: Un analista deviene tal a partir de su propia experiencia de análisis. El ejercicio que realiza de su función no está sustentado en un aprendizaje de la teoría psicoanalítica; sino que es su propio análisis, tal como sitúa Miller en *Perfección del psicoanálisis* (Miller, 2022), “(...) una experiencia que pone al sujeto en condiciones de asumir la posición del psicoanalista” (Miller, 2022, pág. 77).

Sin embargo, tal como es situado en la *Nota italiana*, el análisis del analista es necesario, pero no suficiente en lo que concierne a su ex-sistencia (Lacan, 2012b, pág. 328). Si lo que su propia experiencia de análisis le permite cernir, su condición no-cualquiera de desecho, no entusiasma su función: puede haber análisis, pero analista ninguna probabilidad.

Pues bien, en este sentido, se trata de la misma lógica que se encuentra en el *Seminario 22: RSI* (Lacan, 1974a) respecto al ejercicio de la función paterna. Un padre tampoco se recluta de ninguna Elite, no hay ningún Ideal en el que pueda autorizarse a

ejercer su función de padre, ni que le diga cómo tiene que hacerlo. Cuando la función se apoya en un Ideal, los efectos delimitados son de orden estereotipante o psicóticos.

Pero, si bien cualquiera puede ejercer la función, lo que Lacan destaca es que es necesario que la versión que ofrezca en su realización no sea cualquiera. Es decir, se trata de una especie de paradoja lacaniana en lo que respecta al ejercicio de una función: Sí, cualquiera puede ejercer la función, pero solo en la medida en que no lo haga como un cualquiera. La única garantía de la función, sitúa en el Seminario RSI, es que aquel que la efectúe realice una versión que le sea propia (Lacan, 1974a, pág. 39).

En el caso de la función paterna, lo que le permite a aquel que la ejerce brindar su propia versión de la función es su *pèreversion*. Es decir, lo que rescata del anonimato a la función paterna, es su propia manera de desenvolverse con el objeto que causa su deseo.

En cuanto a la función analítica, no es claro. Solo hay pistas.

Si se toma la orientación que brinda en *El triunfo de la religión*, el asunto a determinar es aquello que puede considerarse como sustento en el ejercicio que realiza un analista de su función. Es decir, no sólo qué le puede permitir a aquel que la ejerce brindar su propia versión de la función; sino, también, un sustento que le permita a la función analítica orientarse hacia lo cual tiende.

Un sustento que no repercuta en cuerdas filosóficas y vuelva a un análisis serio y eficaz (Lacan, 2010a, pág. 99)

5.5. La singularidad del analista: su *sinthome*

En definitiva, a lo que se vio confrontada esta tesis, es a una cuestión que Jacques-Alain Miller plantea en su curso: *El lugar y el lazo* (Miller, 2013). En donde indica que, en el lazo transferencial, para el analista no solo está presente el *partenaire-paciente*, sino también lo está el “*partenaire-psicoanálisis*” (Miller, 2013, pág. 16).

La tesis que el autor sitúa es que el lugar que ofrece un analista en la transferencia está condicionado por su lazo al psicoanálisis, por el respeto que un

analista tiene por el psicoanálisis a partir de las consecuencias que extrajo de su experiencia (Miller, 2013, pág. 16).

Siguiendo esta orientación y las diversas referencias que la investigación permitió extraer, con el objeto de dar cuenta lo que esta tesis considera el sustento del ejercicio de la función analítica; se decidió dedicar un capítulo entero a una de las últimas formulaciones que se puede encontrar en la enseñanza de Lacan respecto al fin de un análisis. Se trata del *Seminario 24: L'insu que sait de l'úne-bévue s'aile à amourre* (Lacan, 2021a), en donde plantea que la consecuencia que un fin de análisis permite extraer es: “saber darse maña con el propio síntoma” (Lacan, 2021a, pág. 11).

En la clase del 16 de noviembre de 1976, Lacan se pregunta respecto a qué se identifica uno al fin de un análisis. Luego de situar que lo que se cristaliza en una identidad es una identificación (Lacan, 2021a, pág. 10), intenta cernir en torno a qué gravita la identificación terminal de un análisis.

Lo primero que descarta es que esta pueda encontrar su soporte en el analista, tal como se desprende de la teoría de Michael Balint. Tampoco, advierte, se trata de una identificación del tipo histérico, en tanto esta última es una identificación participativa que gravita en torno al síntoma del Otro.

Lo que propone, en cambio, es que la identificación terminal de un análisis tiene como partenaire sexual al síntoma que la propia experiencia de análisis permitió demarcar. Un síntoma que ya no es entendido como un elemento simbólico que un análisis de lenguaje puede resolver, sino que es considerado a partir de las dos interconexiones entre los registros real y simbólico con las que lo conceptualiza su función en el último tramo de su enseñanza:

Por un lado, la función del síntoma da cuenta de la irrupción de lo real en lo simbólico a través de la presentificación de la falla inherente a toda articulación signifiante. Es decir, el síntoma presentifica un imposible que irrumpe, que hace mella, en la dialéctica que sostiene el lazo con el Otro. El real que presentifica el síntoma, como señala en *La tercera*, es lo que impide que las cosas anden bien (Lacan, 2010c, pág. 84)

Por otro lado, se señaló que el síntoma no solo da cuenta del avance de lo real sobre el registro simbólico; sino, también, de un efecto de lo simbólico en lo real

(Lacan, 1974a, pág. 12). La función del síntoma, dice aquí, está soportada en una letra (Lacan, 1974a, pág. 38); que esta investigación caracterizó por:

- su contingencia, en tanto se ha traducido a partir de la extracción azarosa de un S1 del enjambre inconsciente;
- su singularidad, en tanto es inconmensurable, aislada de toda cualidad;
- su irreductibilidad, en tanto es imposible de negativizar por el desarrollo dialectico, no puede resolverse por un análisis de lenguaje.

En estas coordenadas, se ubicó que un psicoanálisis consiste en la “demarcación” (Lacan, 2021a, pág. 11) de la letra de goce que soporta la función del síntoma. Lo posible de la demarcación del síntoma surge como respuesta de una identificación que resulta imposible: el síntoma da cuenta de un cuerpo gozante que se tiene, que el parlêtre porta y con el cual le es imposible identificarse.

Debido a ello, el fin de un análisis, en lugar de situarse a partir de una identificación con el síntoma, la cual es imposible; privilegia la identificación a un desenvolvimiento respecto a la alteridad irreductible del cuerpo sexuado. Una identidad que de ningún modo da cuenta de una esencia, en tanto no se trata de algo que el analizado sea; sino que está soportada en un desenvolvimiento singular frente a una existencia irreductible.

El *sinthome* es un concepto cuya formalización teórica Lacan lleva a cabo un año antes, en su *Seminario 23: El sinthome* (Lacan, 2006), para dar cuenta de una solución que se efectúa en el punto donde se produce la falla en el anudamiento. Una respuesta singular, que soporta la identidad al final de un análisis, en tanto está caracterizada por “empalmar” (Lacan, 2006, pág. 70) con la letra de goce que soporta la función del síntoma.

De este modo, en tanto se efectúa como una respuesta a la letra de goce del síntoma, el desenvolvimiento que soporta la identidad al final de un análisis lleva las marcas de la singularidad del analizado. Es una solución inconmensurable que no podría ser replicable por otros, en tanto responde a la letra de goce que soporta el síntoma demarcado.

En segundo lugar, se ubicó que, además de singular, el *sinthome* da cuenta de un desenvolvimiento de carácter ético. Lo que diferencia al *sinthome* del fin de un análisis

respecto a sus otros estatutos, es que es una solución que no está soportada en el desconocimiento que proporciona el fantasma. Es un saber-hacer que no está al servicio del desconocimiento y la estereotipia que proporciona el fantasma en el lazo con lo altero. Por ello, es definido como un saber-hacer-allí con el síntoma, en tanto es un saber-hacer que no desconoce, a partir de la partícula “allí”, lo inédito e imposible de estandarizar.

Si se siguen estos argumentos se desprende que, al final de un análisis, la identidad está soportada en la identificación a un desenvolvimiento singular, que se efectúa como una respuesta ética respecto a las dos modalidades lógicas de lo real que el síntoma presentifica: lo imposible de la identificación con el cuerpo que se porta; y la contingencia de la extracción de una letra de goce irreductible y singular que soporta la función del síntoma.

Finalmente, si la pregunta que se planteó al comienzo de este apartado se refería a lo que se puede considerar como sustento singular del ejercicio de la función analítica; el desarrollo realizado permitió discernir que, al final de su enseñanza, Lacan entiende que el sinthome es la mayor consecuencia que un analista extrae de su propio análisis.

Un desenvolvimiento singular que responde de manera ética a la alteridad del cuerpo sexuado, una respuesta que no desconoce el real que su partenaire, el síntoma, presentifica.

En calidad de sustento, la singularidad del sinthome del analista podría ofrecerse como soporte para una reconfiguración inédita de la función. Un sustento que, al implicar un desenvolvimiento que le es singular, soporta una versión que le es propia a cada analista. Al mismo tiempo, en tanto da cuenta de una posición que no desconoce lo real, podría brindarle a la función una orientación ética hacia lo cual tiende: lo real.

5.6. El papel del sinthome en la función analítica

A partir de estos argumentos, la propuesta en la que concluye la presente tesis es que el sinthome del analista cumple el papel de sustento en el ejercicio de su función.

El *sinthome* es la respuesta que la demarcación del síntoma permitió efectuar. Una solución que no solo se caracteriza por su singularidad, en tanto responde a la inconmensurabilidad de una letra de goce; sino, también, por un desenvolvimiento ético frente a la alteridad del cuerpo sexuado.

El cuarto capítulo de este trabajo estuvo dedicado a la corroboración de esta tesis. En la medida en que se trata de una cuestión que atañe a aquel que ejerce la función analítica, para dar cuenta de esta propuesta la investigación escogió servirse de los testimonios de pase de diversos AE del Campo freudiano.

Una propuesta que retoma la vía introducida por Lacan en su *Seminario 19: ...o peor* (Lacan, 2012f); cuando señala que a través de los testimonios de pase se podría recopilar las aberraciones que llevaron a alguien, a pesar de saber lo que es un psicoanálisis, a querer ser un psicoanalista (Lacan, 2012f, pág. 190).

Cuestión que también es situada por Serge Cottet, en el octavo Congreso de la AMP, a partir de su presentación titulada: *Sobre el deseo del analista en el pase* (Cottet, 2012). En ella, a partir del informe del pase perteneciente al periodo 2007-2010, destaca que la singularidad del analista tiene efectos en el ejercicio de la función analítica. Efectos que podrían ser discernidos en la lectura de los testimonios de pase de cada AE:

“Cuanto más el pasante toca a la singularidad de su estructura, más aborda los casos clínicos de su práctica sin el confort de un saber hacer estandarizado. Se puede notar un momento de mutación en su práctica con los analizantes: una reconfiguración de la misma, un desenlace de su angustia, un riesgo tomado con audacia e invención. Los pasantes evitan entonces recurrir al sintagma de un deseo puro, como a la conformidad de su compromiso con un ideal de pureza; al contrario, es la impureza del acto lo que tiene interés para nuestra investigación; estamos ante un deseo impuro en tanto que está contaminado por el síntoma privado, de hecho por el fantasma” (Cottet, 2012, pág. 326)

Las conclusiones a las que arriba Serge Cottet en su lectura del informe sobre el pase se ubican en coordenadas solidarias a las que se plantearon en esta tesis. A través de los testimonios de pase, Cottet cierne algo que incumbe a los efectos que introduce la singularidad del analista en el ejercicio de su función; advirtiendo una distinción que se encuentra en el desarrollo de la presente tesis:

La función analítica no opera de la misma manera cuando se autoriza en un plano Ideal, que cuando lo hace soportada en la impureza de una singularidad: el sinthome que contamina la función deseo del analista.

Los testimonios de los cuales se sirvió la tesis pertenecen a analistas de diferentes Escuelas del Campo freudiano: Graciela Brodsky, Anne Lysy, Ram Mandil, Silvia Salman y Leonardo Gorostiza. Su abordaje estuvo organizado en torno a una clave de lectura: el papel de sustento que cumple el sinthome del analista en la realización de su función.

Lo primero que fue posible extraer de este desarrollo es que, efectivamente, el sinthome del analista está presente en el ejercicio de la función analítica. En todos los testimonios abordados podía comprobarse que, el desenvolvimiento singular y ético que había efectuado frente a la alteridad sexual del síntoma, estaba presente en el ejercicio del deseo del analista. En tanto se trata de una solución que toma por partenaire la irreductibilidad de la alteridad sexuada, no podría descontarse su presencia en el ejercicio de la función.

A partir de ello, se ordenaron los efectos que introduce dicha presencia según las dos vertientes que su etimología brinda respecto al papel del sustento en una función: un soporte del cual se agarra aquel que la ejerce en su realización, así como lo que le brinda a la función una orientación hacia lo cual tiende.

Por un lado, el sinthome es el soporte de la realización que lleva a cabo cada analista de su función. La singularidad del analista, presente a través de su desenvolvimiento sinthomático, habilita una mutación en su práctica que la aleja del confort estandarizado que el Ideal proporciona.

La singularidad de su desenvolvimiento frente a la alteridad sexuada es el sustento que le permite a cada analista ofrecer su propia reconfiguración de la función. Es el punto de apoyo a partir del cual puede brindar una versión que le es propia, habilitando una práctica inédita del deseo del analista que está soportada en un sustento singular. Se aprecia, en cada testimonio, que el sinthome es soporte de un estilo singular en la realización que, al mismo tiempo, da cuenta de la imposible estandarización de dicho ejercicio. Es decir, una versión singular del deseo del analista, sinthomatizada, que da cuenta que su ejercicio no se autoriza en ningún Ideal universal.

Por otro lado, fue posible advertir que el sinthome, además de soportar una reconfiguración singular del deseo del analista, le ofrece a la función analítica una orientación hacia lo cual se dirige. En tanto se trata de un desenvolvimiento ético que no desconoce las dos modalidades lógicas que el síntoma presentifica, deviene un sustento que puede orientar al deseo del analista, sin horror, hacia lo real. Orientando la intervención de su deseo hacia lo que se desconoce en las ficciones fantasmáticas que envuelven el lazo con el Otro.

Siguiendo a Lacan cuando plantea, al final de su enseñanza, que la intervención del analista perturba la defensa (Lacan, 2021b, pág. 14); Jacques-Alain Miller sitúa que: “(...) para entrar en el siglo XXI nuestra clínica deberá centrarse sobre el desmontaje de la defensa, desordenar la defensa contra lo real” (Miller, 2014). Pues bien, para que la función analítica pueda estar orientada hacia el real que la defensa desconoce, el deseo del analista debe contar con un sustento que no desconozca aquello en torno a lo que se efectúa la defensa: lo real.

Finalmente, a partir de estos argumentos, lo que esta tesis propone es que es el sustento que ofrece el sinthome al deseo del analista no solo soporta el estilo, la versión singular que cada analista efectúa de su función; sino que, en tanto se trata de un desenvolvimiento ético frente a lo real, puede brindar la orientación hacia lo cual tiende su ejercicio: lo real.

Capítulo 6. Conclusiones finales

6.1. El interrogante

Finalmente, este trabajo de investigación llega a su último tramo: el capítulo final de la tesis. Aquí, se expondrán las conclusiones a las que la elaboración realizada permitió arribar, las respuestas a los interrogantes planteados en la introducción y las líneas de investigación a las que este trabajo ha dado apertura.

Tal como lo indica su título: “*No-cualquiera. El papel del sustento en la función analítica*”; la tesis estuvo centrada en la tarea de delimitar conceptualmente aquello que cumple el papel de sustento en el ejercicio que un analista realiza de su función.

Una fórmula que fue extraída de una conferencia de prensa que realiza a fines de 1974, cuya publicación fue titulada: *El triunfo de la religión* (Lacan, 2010a). En ella, Lacan se refiere a la tarea de delimitar qué es lo que se operativiza como sustento en el ejercicio de la función analítica. Una barandilla, que no repercute en cuerdas filosóficas, de la cual se agarra un analista para no patinar en su realización de la función. Una condición que tiene el valor de volver a un psicoanálisis serio y eficaz (Lacan, 2010a, pág. 99).

La etimología de la palabra sustento permitió distinguir dos vertientes de lo que puede considerarse como su papel en el ejercicio de una función:

Por un lado, el verbo sustentar proviene del latín: *sustentare*, el cual significa soportar. Es una palabra que está compuesta por el prefijo *subs* –sus- (por debajo) y la raíz *tenere* (sujetar, agarrar o poseer). A partir de esta primera coordenada, el sustento referiría a lo que soporta, por debajo, la realización de la función; algo de lo cual se sostiene, aquel que la ejerce, al momento de hacerlo.

A su vez, *tenere* tiene una raíz indoeuropea (*ten*) de la cual deriva, en latín, el verbo *tendere* (tender, dirigirse a). Si se sigue esta segunda vertiente de su etimología, el sustento podría tener, además, el valor de brindarle a una función su orientación. Es decir, el sustento también podría ser aquello que dirige a la función hacia lo cual tiende.

Bajo estas coordenadas, se dedicó el presente trabajo de investigación a la tarea de delimitar aquello que opera como sustento en la realización de la función analítica. Un sustento que soporta el ejercicio que cada analista realiza de su deseo y le brinda a su intervención una orientación hacia la cual se dirige.

6.2. La tesis

La tesis que se planteó frente al interrogante demarcado fue la siguiente: el *sinthome* de un analista es lo que cumple el papel de sustento en el ejercicio que realiza de su función.

La identificación con el *sinthome* es la fórmula con la que Lacan conceptualiza el final de un análisis a la altura de su *Seminario 24: L'insu que sait de l'úne-bévue s'aile à mourre* (Lacan, 2021a). A partir de ella da cuenta que, al final, la identidad no encuentra su soporte en la identificación a una esencia que responda por el ser; sino a un desenvolvimiento singular respecto a una existencia irreductible que un análisis permitió demarcar: la alteridad del cuerpo sexuado.

“Saber darse maña con el propio síntoma, este es el final del análisis” (Lacan, 2021a, pág. 11).

Tal como fue desarrollado en el tercer capítulo de esta investigación, el *sinthome* que se efectúa al final de un análisis da cuenta de un desenvolvimiento singular respecto a la alteridad sexual. En tanto es una solución que empalma con la singularidad de la letra de goce que soporta la función del síntoma, el *sinthome* es una respuesta que se caracteriza por su inconmensurabilidad. Es decir, el desenvolvimiento *sinthomático* no podría ser replicable, es lo más singular de alguien que haya finalizado la experiencia de su análisis.

Al mismo tiempo, dicho *sinthome* da cuenta de un desenvolvimiento ético respecto a la alteridad del cuerpo sexuado. En la medida en que se trata de una solución que lo toma como *partenaire*, no desconoce las dos modalidades lógicas de lo real que el síntoma presentifica: lo imposible y lo contingente.

En primer lugar, la función del síntoma presentifica un real en el encadenamiento simbólico a través de la irrupción de un imposible que le hace mella. En este sentido, su función es dar cuenta de lo que no anda, de lo imposible.

En segundo lugar, la fijeza e insistencia de la función del síntoma está soportada en una letra de goce que fue extraída en forma contingente de un enjambre de S1. Una escritura en el cuerpo que lo vuelve una alteridad irreductible con la cual la identificación es imposible. Un cuerpo sexuado con el cual es imposible hacerse uno y con el cual solo resta saber darse maña.

El *sinthome* del fin de un análisis se diferencia, así, de sus otros estatutos en tanto es un desenvolvimiento que no está soportado en la estereotipia que el fantasma determina con lo altero. En este sentido, en la medida en que tiene como partenaire al síntoma que un análisis le permitió demarcar, es una solución ética que no desconoce el real que presentifica la alteridad de un cuerpo sexuado. Un “saber-hacer-ahí” en el que la partícula “ahí” testimonia el lazo, de dicho desenvolvimiento, con lo contingente y lo imposible.

Si el análisis del analista es necesario, a nivel de su formación, no es sólo porque el deseo surja de dicha experiencia; sino porque la solución alcanzada, a su final, es el sustento a partir del cual se autoriza a su ejercicio en la transferencia. El sustento *sinthomático* del deseo del analista es su desenvolvimiento ético y singular respecto a la alteridad sexual.

6.3. Un sustento que no sea un Ideal

Antes de abordar las implicancias clínicas que introduce un sustento *sinthomático* en la función analítica, es necesario referirse a los efectos que promueve su operativización a partir de un sustento Ideal.

Tal como fue situado en diversos momentos de esta tesis, Lacan es consecuente a lo largo de su enseñanza respecto a que no hay ningún Ideal, ningún más allá (Lacan, 2010b, pág. 238), en el que un analista podría autorizarse al ejercicio de su función. Cuando cumple el papel de sustento, el Ideal introduce en la función analítica una ritualización que fue apreciada, por esta investigación, en dos niveles:

Por un lado, el sustento Ideal afecta a la concepción que se hace un analista de su función en la transferencia, en tanto la reduce a operar a nivel de la identificación. Un campo que, organizado por la lógica del Ideal, sirve al desconocimiento de la causa sexual en torno a la cual gravita la demanda de amor que se le dirige.

En consecuencia, la participación del analista en la transferencia se ve degradada a una función terapéutica. Es decir, a practicar un tratamiento centrado en la adaptación del yo del paciente a los Ideales del propio analista. Una reconfiguración de la escena transferencial que deja sin efecto la potencia del descubrimiento freudiano, en tanto degrada al psicoanálisis a una suerte de reeducación emocional y moral organizada en torno a los Ideales del propio analista.

Por otro lado, se pudo apreciar que el sustento Ideal introduce una suerte de estereotipia en el ejercicio de la función. Es decir, el Ideal no solo afecta a la concepción que un analista se hace de su función en la transferencia, sino también al ejercicio que hace de ella.

Cuando la función cuenta con un sustento Ideal, lo que se manifiesta es un cuestionamiento incesante por parte del analista respecto a lo que tiene que hacer frente a la demanda de un paciente. Cuestión que testimonia el grado de auto-ri(tuali)zación a la que se ve sometida su práctica cuando está comandada por la suposición de un Ideal que pueda organizarla. Se trata de la suposición de una conducta Ideal, un “cómo hay que hacer”, a la que, aquel que ejerce la función, debería estar forzado a adoptar.

El analista deviene, así, el operador de slogans cuyo rigor teórico desconoce pero que acata, en tanto establecen la conducta que se espera de él para ejercer su función. En este sentido, cuando el Ideal opera como sustento de la función, la práctica del analista se ve reducida a reflejar las condiciones estandarizadas que dicho Ideal impone: cómo debería intervenir un analista: qué hacer frente a determinado cuadro clínico, qué intervenciones no realizar, cómo debe vestirse, dónde puede intervenir, cuándo, cuánto debe durar una sesión, etc.

Rituales en los que se sostiene su función y que imposibilitan cualquier margen posible para la inventiva del analista. Estancando, así, la potencia y las posibilidades de aplicación de su función en contextos Ideales y estereotipados.

6.4. Implicancias clínicas del sustento sinthomático en la función analítica

Para dar cuenta de las “mutaciones” (Miller, 2012a, pág. 178) que introduce el sustento sinthomático en el deseo del analista, esta investigación se ha servido de los testimonios de pase de diversos AE pertenecientes a Escuelas del Campo Freudiano. El eje que comandó su abordaje fue delimitar no solo la presencia del sinthome del analista a nivel de su deseo; sino, también, advertir las consecuencias que introduce un sustento sinthomático en el ejercicio de la función analítica.

Bajo esa orientación de trabajo, las implicancias clínicas extraídas fueron ordenadas a partir de las dos referencias etimológicas que esta investigación cernió respecto a la palabra sustento: El sustento como soporte de la realización de la función; y el sustento como lo que le aporta, a dicha realización, una orientación hacia lo cual tiende.

Respecto a la primera vertiente, efectivamente fue posible apreciar el papel del sinthome como soporte de la realización que hace cada analista de su función. Cada AE define a la función analítica a partir de las coordenadas que su propio sinthome le ofrece. Es decir, la solución alcanzada al final de un análisis sustenta una versión de la función que le es propia a cada uno de ellos.

El sinthome opera, así, como el soporte de una nominación singular en el deseo del analista. Le permite a cada uno encarnar una reconfiguración singular de la función analítica, distanciada de cualquier versión estereotipada de su ejercicio. En la medida en que la versión no está soportada en un Ideal, es posible apreciar la presencia de un estilo a nivel de su ejercicio: un desenvolvimiento singular frente a lo inédito y lo altero que se presentifica en la transferencia.

La segunda vertiente delimitada refiere a la orientación que le brinda el sustento sinthomático a la función analítica. Es decir, lo que le ofrece al deseo del analista una dirección hacia la cual tiende su intervención.

A diferencia del Ideal, el sinthome implica un desenvolvimiento ético que no desconoce las dos modalidades lógicas de lo real que el síntoma presentifica: lo imposible y lo contingente. En este sentido, en tanto sustento, le ofrece a al deseo del analista una orientación ética hacia lo que la defensa desconoce: lo real.

En la medida en que le brinda a la función una dirección, el *sinthome* del analista es entendido como una “brújula” (Brodsky, 2014) de la cual un analista se agarra para no extraviarse respecto a lo real; una “certeza” (Lacan, 2010b, pág. 135) que le permite a la función dirigirse hacia lo que el Ideal desconoce. Un sustento que, para orientar la intervención de la función hacia el “desmontaje de la defensa” (Miller, 2014), debe permitir enfrentar sin horror aquello que la defensa vela: lo real.

Bajo dichos argumentos, esta tesis propone que el *sinthome* del analista es lo que cumple el papel de sustento en el ejercicio de su función. Es el sustento que ofrece soporte a la versión singular que cada analista realiza de la función: un estilo en el ejercicio del deseo; así como lo que le brinda una orientación, a partir de su carácter ético, hacia lo cual se dirige su intervención: lo real.

6.5. Futuras líneas de investigación

Respecto a los interrogantes que este trabajo de tesis ha dejado abiertos, con el objeto de ser retomados en una investigación futura, se destacan dos líneas principales de trabajo:

La primera atañe al psicoanálisis en intención. Ha quedado como un tema abierto, en tanto requiere un estudio en profundidad de los textos freudianos, la articulación de la tesis aquí desarrollada con una lectura que esboza en uno de sus escritos técnicos. Una idea que aún permanece oscura en la teoría analítica, pero que atañe a una cuestión fundamental para la formación de un analista.

En su texto de 1915: *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia* (Freud, 1986a); Freud plantea que las mayores dificultades en la práctica no deben ser situados en torno a la interpretación del material reprimido, sino respecto al “manejo de la transferencia” (Freud, 1986a, pág. 163).

La lectura de Freud es que, para un analista en formación, lo más dificultoso de su tarea en la transferencia reside en el manejo que está implicado. Un desenvolvimiento, respecto a lo que se juega en la palestra transferencial, que compete a cada analista y que, por lo tanto, no podría ser estandarizable.

A pesar que el *sinthome* no forma parte del corpus teórico de la obra de Freud, se plantea el siguiente interrogante: ¿Puede considerarse al “manejo de la transferencia” como un antecedente freudiano del papel del *sinthome* como sustento de la función analítica?

Se trataría, así, de dar comienzo a una investigación que aborde en profundidad el concepto freudiano, permitiendo trazar la solidaridad lógica que envuelve al “manejo de la transferencia” con el *sinthome* del analista, en tanto desenvolvimiento singular frente a la alteridad del síntoma.

Si el presente trabajo de tesis ubica que el *sinthome* del analista es lo que opera como sustento en el ejercicio de su función: ¿podría concebirse que el manejo de la transferencia es un desenvolvimiento *sinthomático* frente a la irreductible alteridad del cuerpo sexuado que la escena transferencial presentifica?

La segunda línea de investigación que este desarrollo ha dejado abierta refiere al psicoanálisis en extensión. Esta tesis considera de importancia, para la actualidad del movimiento analítico, el ejercicio de un abordaje crítico del estancamiento del papel del psicoanálisis en el mundo. Es decir, llevar a cabo un ejercicio de lectura crítica del papel cada vez más reducido del psicoanálisis, frente a los avances de otras prácticas, en los diversos escenarios del mundo.

La tesis ha puesto en relieve que el sustento del deseo del analista no se encuentra en ningún Ideal, sino en el desenvolvimiento singular y ético que efectúa el *sinthome* del analista. Más bien, se señaló que la operativización de la función a partir de un soporte Ideal, conlleva a una estereotipia en la práctica del analista que deriva en un estancamiento de su inventiva.

A partir de esta clave de lectura se podría interpretar el aplastamiento de la potencia del discurso analítico en los diversos escenarios del mundo, por la limitación forzada de su práctica a coordenadas Ideales. Es decir, se trataría de un abordaje que tenga por objeto no solo interpelar a los analistas respecto a la restricción de su práctica a coordenadas estereotipadas que se encuentran sustentadas en un Ideal; sino, también, interpelarlos respecto a su responsabilidad en la incidencia del discurso analítico en el mundo de hoy.

Capítulo 7. Bibliografía general

- Aramburu, J. (2000): *El deseo del analista*, Buenos aires, Editorial Tres haches.
- Barros, M. (2014): *Intervención sobre el nombre del padre*, Buenos Aires, Grama ediciones
- Boxaca, L. y Lutereau, L. (2015): *Impurezas del deseo*, Buenos Aires, Letra viva editorial.
- Brodsky, G. (2014): “El brote amargo de bambú”, en *Revista Freudiana N°71*: <https://freudiana.com/el-brote-amargo-de-bambu/>.
- Brodsky, G. (2013): “La estructura clínica”, en *Revista Lacaniana N°14*, Buenos aires, Grama ediciones.
- Castellanos Santiago (2019): *Ensamblajes y piezas sueltas*, Buenos Aires, Grama ediciones
- Cottet, Serge (2012): “Sobre el deseo del analista en el pase”, en *El orden simbólico en el Siglo XXI*, Buenos Aires, Grama ediciones.
- Corominas, J. y Pascual, J. A. (2001): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Editorial Gredos.
- Esqué, Xavier (2003): *El síntoma al final de un análisis se hace practicable*, en https://wapol.org/fr/las_escuelas/TemplateArticulo.asp?intTipoPagina=4&intPublicacion=4&intEdicion=2&intIdiomaPublicacion=5&intArticulo=49&intIdiomaArticulo=1,
- SPES (1944): “Diccionario abreviado latino – español, español – latino”, España, Publicaciones y ediciones Spes.
- Freud, S. (1986a): “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia”, en *Obras completas*, Vol. XII, Amorrortu editores.
- Freud, S. (1986b): “Recordar, repetir y reelaborar”, en *Obras completas*, Vol. XII, Amorrortu editores.
- Freud, S. (1975): “Psicología de las masas y análisis del yo”, en *Obras completas*, Vol. XVIII, Amorrortu editores.
- Freud, S. (1985): “Fragmento de análisis de un caso de histeria”, en *Obras completas*, Vol. VII, Amorrortu editores.

- Freud, S. (1986c): “Totem y tabú”, en *Obras completas*, Vol. XIII, Amorrortu editores.
- Gorostiza, L. (2011): “Del instante del fantasma al deseo del psicoanalista”, en *Revista Lacaniana de Psicoanálisis N°11*, Buenos Aires, Grama ediciones.
- Gorostiza, L. (2013): “El padre después del pase”, en *Revista Lacaniana N°15*, Buenos Aires, Grama ediciones.
- Heinmann, Paula (1950): “Acerca de la contratransferencia”, en *Revista Uruguaya de Psicoanálisis N°4*.
- Indart, Juan C. (2019): “Un dios dentro de uno mismo”, en *La Ciudad Analítica*, Año 2, N° 2, Publicación del ICdeBA, Buenos Aires, Grama ediciones.
- Lysy Anne (2012): “Luz y olitas”, en *El orden simbólico en el Siglo XXI*, Buenos Aires, Grama ediciones.
- Lysy Anne (2010): “¡Hay que hacerlo!”, en *Revista Lacaniana N°10*, Buenos Aires, Grama ediciones.
- Naparstek, Fabián (2012): “El padre humanizado”, en *Revista Enlaces N°18*, Buenos Aires, Grama ediciones.
- Lacan, Jacques [1974] (2010a): *El triunfo de la religión*, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Lacan, Jacques [1958] (2011a): “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en *Escritos 2*, Buenos Aires, S. XXI.
- Lacan, Jacques [1958] (2011b): “Del Trieb de Freud y del deseo del analista”, en *Escritos 2*, Buenos Aires, S. XXI.
- Lacan, Jacques [1951] (2007a): *Intervención sobre la transferencia*, en *Escritos 1*, Buenos Aires, Siglo XXI ed.
- Lacan, Jacques [1955] (2007b): “Variantes de la cura- tipo”, en *Escritos 1*, Buenos Aires, Siglo XXI ed.
- Lacan, Jacques [1967] (2012a): “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el analista de la escuela”, en *Otros Escritos*, Buenos Aires, Paidós.
- Lacan, Jacques [1974] (2012B): “Nota italiana”, en *Otros Escritos*, Buenos Aires, Paidós
- Lacan, Jacques [1938] (2012c): “Los complejos familiares en la formación del individuo”, en *Otros Escritos*, Buenos Aires, Paidós.

- Lacan, Jacques [1969] (2012d): “Nota sobre el niño”, en *Otros Escritos*, Buenos Aires, Paidós.
- Lacan, Jacques [1976] (2012e): “Prefacio a la edición inglesa del Seminario 11”, en *Otros Escritos*, Buenos Aires, Paidós.
- Lacan, Jacques [1976] (2012f): “Apertura de la sección clínica”, en *Otros Escritos*, Buenos Aires, Paidós.
- Lacan, Jacques [1975] (2012g): “Joyce el síntoma”, en *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós.
- Lacan, Jacques [1974] (2010c): “La tercera”, en *Intervenciones y textos 2*, Buenos Aires, Manantial.
- Lacan, Jacques [1966] (1985a): “Psicoanálisis y medicina”, en *Intervenciones y textos 1*, Manantial, 1985a.
- Lacan, Jacques [1953] (2008a): “Función y campo de la palabra y el lenguaje”, en *Escritos 1*, Buenos Aires, S. XXI ed.
- Lacan, Jacques [1957] (2008b): “Instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud” en *Escritos 1*, Buenos Aires, S. XXI ed.
- Lacan, Jacques [1953-1954] (1981): *El Seminario. Libro 1, Los escritos técnicos de Freud*, Buenos Aires, Paidós
- Lacan, Jacques [1954] (1981): *El Seminario. Libro 2, El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Buenos Aires, Paidós
- Lacan, Jacques [1955] (1984): *El Seminario. Libro 3, Las psicosis*, Buenos Aires, Paidós
- Lacan, Jacques [1958] (2009): *El Seminario. Libro 5, Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós
- Lacan, Jacques [1960-1961] (2017): *El Seminario. Libro 8, La transferencia*, Buenos Aires, Paidós
- Lacan, Jacques [1962-1963] (2006a): *El Seminario. Libro 10, La angustia*, Buenos Aires, Paidós
- Lacan, Jacques [1964] (2010b): *El Seminario. Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós
- Lacan, Jacques [1971-1972] (2012f): *El Seminario. Libro 19, ...o peor*, Buenos Aires, Paidós

- Lacan, Jacques [1972-1973] (2019): *El Seminario. Libro 20, Aún*, Buenos Aires, Paidós
- Lacan, Jacques [1974-1975] (1974a): *El Seminario 22: RSI*, Sesión del 21/1/1975, Inédito
- Lacan, Jacques [1975-1976] (2006): *El Seminario. Libro 23, El sinthome*, Buenos Aires, Paidós
- Lacan, Jacques [1976-1977] (2021a): *El Seminario 24: L'insu que sait de l'úne-bévue s'aile à amourre*, Clase del 16/11/1976, en *Revista Lacaniana N° 29*, Grama ediciones.

- Laurent, Éric (2006): *Blog Note del síntoma*, Buenos Aires, Tres Haches.
- Laurent, Éric (2012): *Hablar con el propio síntoma, hablar con el propio cuerpo*, conferencia para ENAPOL VI.
- Laurent, Éric (1998): “El modelo y la excepción”, en *Colección Diva N° 8*
- Laurent, Éric (1994): “La familia moderna”, en *Registros, año 4, 1994*
- Laurent, Éric (2016): “El análisis de niños y la pasión familiar”, en *Revista Enlaces N° 22*, Buenos Aires, Grama ediciones.
- Laurent, Éric (2010): “El niño como real del delirio familiar”. En *Kuperwajs, I. (Comp.), Psicoanálisis con niños 3, Tramas lo singular*, Buenos Aires, Grama ediciones.
- Money-kyrle (1961): “Contratransferencia normal y alguna de sus desviaciones”, en *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Montevideo
- Mandil, Ram (2017): *La bolsa, (el vacío) y la vida. Una experiencia de análisis*, Buenos Aires, Editorial Tres haches.
- Miller, Jacques-Alain, *Los cursos psicoanalíticos de J.-A. Miller:*
 - , *El partenaire-síntoma*, Paidós, 2008.
 - , *El lugar y el lazo*, Paidós, 2013
 - , *Sutilezas analíticas*, Paidós, 2012a.
 - , *El ultimísimo Lacan*, Paidós, 2012b.
 - , *Todo el mundo es loco*, Paidós, 2015.
 - , *Extimidad*, Paidós, 2010.

- Miller, Jacques-Alain (1988a): “Prologo de Guitrancourt”, en Documentos institucionales CIEC Cordoba, <http://www.cieccordoba.com.ar/institucion/documentos-institucionales/53-prologo-de-guitrancourt>
- Miller, Jacques-Alain (2011a): “El ser, es el deseo”, en <https://congresoamp2020.com/es/articulos.php?sec=el-tema&sub=textos-de-orientacion&file=el-tema/textos-de-orientacion/el-ser-es-el-deseo.html>
- Miller, Jacques-Alain (1998b): *El hueso de un análisis*, Buenos Aires, Editorial Tres Haches
- Miller, Jacques-Alain (2011b): “Consideraciones sobre los fundamentos neuróticos del deseo del analista”, en *Revista Freudiana N°63*, 2011b
- Miller, Jacques-Alain (2012c): “Lo real en el siglo XXI”, en *El orden simbólico en el Siglo XXI*, Buenos Aires, Grama ediciones
- Miller, Jacques-Alain (2014): “Conferencia de presentación del tema del IX° Congreso de la AMP, en *Lacanianana N°12*, Buenos Aires, Grama ediciones.
- Miller, Jacques-Alain (2022): “Perfección del psicoanálisis”, en *Cómo terminan los análisis. Paradojas del pase*, Buenos Aires, Grama ediciones.
- Rabinovich, D. (2007): *El deseo del analista. Libertad y determinación en psicoanálisis*, Buenos Aires, Ediciones Manantial.
- Salman, S. (2010): “Ánimo de amar”, en *Lacanianana N°7*, Buenos Aires, Grama ediciones
- Salman, S. (2012a): “Encontrarse en el lugar del sinthome”, en *Lacanianana N°13*, Buenos Aires, Grama ediciones.
- Salman, S. (2012b): “Restos de un análisis”, en *El orden simbólico en el Siglo XXI*, Buenos Aires, Grama ediciones
- Schejtman, Fabián (2013): *SINTHOME: Ensayos de clínica psicoanalítica nodal*, Buenos Aires, Grama ediciones
- Schejtman, Fabián (2008): “Síntoma y sinthome”, en *Revista Ancla N°2*, Buenos Aires, Ancla ediciones.
- Torres, Mónica (2001): “De la identificación al síntoma y retorno”, en *Revista Virtualia*, año 1, número 2.
- Zlotnik, M (2016): *El padre modelo*, Buenos Aires, Grama ediciones.

